

# CAMILA SOSA VILLADA

## LAS MALAS

*colección rara avis*



TUSQUETS  
EDITORES

# CAMILA SOSA VILLADA

## **LAS MALAS**

*colección rara avis*



TUSQUETS  
EDITORES

Las malas

*colección rara avis*

CAMILA SOSA VILLADA

LAS MALAS

Sosa Villada, Camila

Las malas / Camila Sosa Villada. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

: Tusquets Editores, 2019.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-670-578-3

1. Literatura. I. Título.

CDD A863

© 2019, Camila Sosa Villada

Todos los derechos reservados

© 2019, Tusquets Editores S.A.

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Primera edición en formato digital: marzo de 2019

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del

“Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la

reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-578-3

## Prólogo

A los cuatro años, cuando Camila Sosa Villada era todavía Cristian Omar, aprendió a escribir su nombre completo, pero se negaba a hacer pis de parado.

Su padre pasó del orgullo a la furia y le ofreció ahí mismo un panorama instantáneo de lo que tendría que enfrentar el resto de su vida: vergüenza, miedo, intolerancia, desprecio e incompreensión, si no se doblegaba al mandato paterno, al mandato cultural. La futura Camila no se doblegó precisamente y comenzaron los castigos, las horas encerrada en su cuarto, el extraordinario proceso que empezó a ocurrir ahí adentro. «Mi papá y mi mamá siempre supieron lo que hacía en ese encierro: escribir y vestirme de mujer. Eso los expulsó de mi mundo y a mí me salvó de su odio: mi romance conmigo misma, mi mujer prohibida».

Lo primero que conocí de Camila Sosa Villada fue una charla TEDx que dio en Córdoba, trece minutos extraordinarios que empezaban con un pronóstico brutal que le hizo su papá: «Un día van a venir a golpear esa puerta para avisarme que te encontraron muerta, tirada en una zanja». Ese era el único destino posible para un varón que se vestía de mujer: prostituirse y terminar en una zanja. El resto de aquella charla de Camila era sobre las travestis de la legendaria zona roja del Parque Sarmiento, en Córdoba Capital, a las que fue a espiar una noche, muerta de miedo, recién llegada de su pueblo para estudiar periodismo en la universidad. Esas travestis que la vieron tan tiernita y vulnerable, que la adoptaron esa misma noche. Con ellas, dice Camila, «aprendí cuánto valía mi cuerpo y cuál era el precio que debía ponerle. Con ellas aprendí a defenderme y a mirar dos veces a una persona antes de emitir un juicio. Yo no estaría acá, hoy, si ellas no me hubieran defendido de policías y clientes de mierda. Estaría en una zanja, seguramente».

Cuando llegó de su pueblo a la capital a los dieciocho, Camila cursaba de día

la facultad, trabajaba de noche en el Parque Sarmiento y escribía un blog llamado *La novia de Sandro*. Escribía a mano el blog, en la parte de atrás de los apuntes de la facultad, al llegar de madrugada a su cuarto de pensión, y después iba a un cyber y lo tipeaba. Un día descubrió los talleres de teatro que había en la universidad. Poco después abandonó Comunicación Social y se sumergió en la

actuación. El día en que empezó su carrera como actriz borró entero el blog, para ocultar ese pasado.

Permítanme volver un instante a los tiempos de Mina Clavero. Cuando tenía trece años, Cristian Omar escribió una historia de amor sobre su profesor de gimnasia. La escribió en femenino, se bautizó a sí misma Soledad y se la mostró a su única confidente en el mundo, una compañerita de grado, que por supuesto la traicionó y fue con los papeles a la dirección del colegio. El castigo fue un mes de encierro, y por supuesto la destrucción de la historia. Por esa misma época descubrió que su madre y su padre se escribían cartas donde se decían cosas que jamás se habrían dicho mirándose a los ojos. Las descubrió pero no pudo leerlas: su madre las quemó antes.

Con aquel blog pasó exactamente lo contrario. Un fan anónimo lo había copiado, antes de que ella lo borrara. Y cuando Camila ya había tenido sus papeles consagratorios en la película *Mía*, la miniserie *La viuda de Rafael* y el unipersonal *Carnes Tolendas*, se lo mandó por mail. Camila se sentó a leerlo y de golpe vio su pasado desde otra perspectiva, desde el otro lado del telescopio.

«Cuando empecé a travestirme me daba vergüenza mi barba áspera, mi nariz torcida, mis dientes chuecos. Me daba vergüenza tener que hacerme tetas con las esquinas de un colchón. Me daba vergüenza mi falta de estudio, mi falta de mundo, mi torpeza para expresarme. Incluso mis virtudes me daban vergüenza, porque habían nacido de mis errores, de mis carencias». Ahora, en cambio, lo que veía en los textos de ese blog era la actitud inquebrantable, revolucionaria, ejemplar, de esa hermandad de travestis mal miradas, mal queridas, mal tratadas, mal pagadas, mal juzgadas, mal habladas.

Ese fue el origen de este libro, esa es la alquimia que ocurre en sus páginas: la transformación de la vergüenza, el miedo, la intolerancia, el desprecio y la

incomprensión, en alta prosa. Porque *Las malas* es un relato de infancia y un rito de iniciación, un cuento de hadas y de terror, un retrato de grupo, un manifiesto político, una memoria explosiva, una visita guiada a la fulgurante imaginación de su autora y una crónica distinta de todas, que viene a polinizar la literatura.

En su ADN convergen las dos facetas del mundo trans que más repelen y aterran a la buena sociedad: la furia travesti y la fiesta de ser travesti. Y en su voz literaria conviven las tres partes de la santísima trinidad de Camila: la parte Marguerite Duras, la parte Wislawa Szymborska y la parte Carson McCullers. La apropiación de Lorca y Jean Cocteau que Camila hizo en el escenario vuelve a suceder en estas páginas con lo que supo mamar de la Duras, Wislawa y Carson, sin perder en ningún momento esa tonada cordobesa esencial que tiene. Para

decirlo francamente, *Las malas* es esa clase de libro que, en cuanto terminamos de leer, queremos que lo lea el mundo entero.

«Tuve que inventarme mis propios papeles porque nadie había pensado en roles para travestis como yo», dijo alguna vez Camila. «Mi primer acto oficial de travestismo fue escribir, antes de salir a la calle vestida de mujer», dijo en otra oportunidad. «Yo quiero mostrar el cuerpo de una travesti desvestido, no el que se ve en la pornografía, para que se entienda hasta qué punto en mi existencia todo es una gran contradicción y convivencia», le oí decir hace poco. Pero mi frase favorita de todas las tuyas es: «¿Pensaron alguna vez que la poesía podía tener una forma tan concreta?».

En el final tremendo de aquella charla TEDx, Camila decía que había aceptado darla por una sola razón: la necesidad de pedir disculpas a aquella hermandad de travestis. Porque nunca las buscó, y no las vio nunca más cuando dejó la prostitución, años después, cuando volvió a leer aquel blog que creía borrado para siempre, ya era tarde para encontrarlas. La vida travesti: un año de ellas equivale a siete años «normales». En un mundo «normal», en un mundo de mierda, Camila y sus hermanas no tendrían la menor chance de encontrarse otra vez. Pero acá, en *Las malas*, logra reunir las a todas, en su más absoluto esplendor y estremecedora desnudez, y cuando las tiene a todas abrazadas les dice: «¿Pensaron alguna vez que la poesía podía tener una forma tan concreta?».

JUAN FORN

LAS MALAS

Para Claudia Huergo y Carlos Quinteros

*Todas íbamos a ser reinas.*

GABRIELA MISTRAL

Es profunda la noche: hiela sobre el Parque. Árboles muy antiguos, que acaban de perder sus hojas, parecen suplicar al cielo algo indescifrable pero vital para la vegetación. Un grupo de travestis hace su ronda. Van amparadas por la arboleda. Parecen parte de un mismo organismo, células de un mismo animal. Se mueven así, como si fueran manada. Los clientes pasan en sus automóviles, disminuyen la velocidad al ver al grupo y, de entre todas las travestis, eligen a una que llaman con un gesto. La elegida acude al llamado. Así es noche tras noche.

El Parque Sarmiento se encuentra en el corazón de la ciudad. Un gran pulmón verde, con un zoológico y un Parque de diversiones. Por las noches se torna salvaje. Las travestis esperan bajo las ramas o delante de los automóviles, pasean su hechizo por la boca del lobo, frente a la estatua del Dante, la histórica estatua que da nombre a esa avenida. Las travestis trepan cada noche desde ese infierno del que nadie escribe, para devolver la primavera al mundo.

Con este grupo de travestis también está una embarazada, la única nacida mujer entre todas. Las demás, las travestis, se han transformado a sí mismas para serlo. En la comarca de travestis del Parque, ella es la diferente, esa mujer embarazada que repite desde siempre el mismo chiste: tomar por sorpresa la entrepierna de las travestis. Ahora mismo lo hace y todas ríen a carcajadas.

El frío no detiene la caravana de travestis. Una petaca de whisky va de mano en mano, papeles de cocaína visitan una a una todas las narices, algunas enormes y naturales, otras pequeñas y operadas. Lo que la naturaleza no te da, el infierno te lo presta. Ahí, en ese Parque contiguo al centro de la ciudad,

el cuerpo de las travestis toma prestado del infierno la sustancia de su hechizo.

La Tía Encarna participa del aquelarre con un entusiasmo feroz. Está exultante después de la merca. Se sabe eterna, se sabe invulnerable como un antiguo ídolo de piedra. Pero algo que viene de la noche y del frío convoca su atención, la separa de sus amigas. Desde la espesura algo la llama. Entre las risas y el whisky que viene y que va de una boca pintada a otra, entre los bocinazos de los que pasan buscando un turno de felicidad con las travestis, La Tía Encarna distingue un sonido de otra procedencia, emitido por algo o alguien que no es como el resto de las personas que aquí vemos.

Las otras travestis siguen la ronda sin prestar atención a los movimientos de Encarna. Anda desmemoriada La Tía, cuenta una y otra vez las mismas viejas anécdotas. Las cosas más recientes y cercanas no tienen lugar en su memoria.

Llega un momento de la vida en que ningún recuerdo está a salvo. Desde entonces anota todo en cuadernitos, pega notas en la puerta de la heladera, como una manera de ganarle al olvido. Algunas piensan que está volviéndose loca, otras creen que ha dejado de recordar por cansancio. Muchos golpes ha padecido La Tía Encarna, botines de policías y de clientes han jugado al fútbol con su cabeza y también con sus riñones. Los golpes en los riñones la hacen orinar sangre. De manera que nadie se inquieta cuando se va, cuando las deja, cuando responde a la sirena de su destino.

Se aleja un poco desorientada, hostigada por los zapatos deacrílico que a sus ciento setenta y ocho años se sienten como una cama de clavos. Camina con dificultad por la tierra seca y el yuyal bravo que crece al descuido, cruza la avenida del Dante como un silbido hacia la zona del Parque donde hay espinas y barrancas y una cueva en la que las maricas van a darse besos y consuelo, y que han apodado La Cueva del Oso. A unos metros está el Hospital Rawson, el hospital que se encarga de las infecciones: nuestro segundo hogar.

Zanjas, abismos, arbustos que lastiman, borrachos masturbándose. Mientras La Tía Encarna se pierde entre los matorrales, comienza a suceder la magia. Las putas, las parejas calientes, los levantes fortuitos, aquellos que logran



encontrarse en ese bosque improvisado, todos dan y reciben placer dentro de los autos estacionados a la bartola, o echados entre los yuyos, o de pie contra los árboles. A esa hora, el Parque es como un vientre de gozo, un recipiente de sexo sin vergüenza. No se distingue de dónde provienen las caricias ni los lengüetazos. A esa hora, en ese lugar, las parejas están cogiendo.

Pero La Tía Encarna persigue algo así como un sonido o un perfume. Nunca es posible saberlo cuando se la ve ir detrás de algo. Paulatinamente, eso que la ha convocado se revela: es el llanto de un bebé. La Tía Encarna tantea en el aire con los zapatos en la mano, enterrándose en la inclemencia del terreno para verlo con sus propios ojos.

Mucha hambre y mucha sed. Eso se siente en el clamor del bebé y es la causa de la tribulación de La Tía Encarna, que se adentra en el bosque con desesperación porque sabe que en algún lugar hay un niño que sufre. Y en el Parque es invierno y la helada es tan fuerte que congela las lágrimas.

Encarna se acerca a las canaletas donde se esconden las putas cuando ven acercarse las luces de la policía y por fin lo encuentra. Unas ramas espinosas cubren al niño. Lloro con desesperación, el Parque parece llorar con él. La Tía

Encarna se pone muy nerviosa, todo el terror del mundo se le prende a la garganta en ese momento.

El niño está envuelto en una campera de adulto, una campera inflable verde.

Parece una lora con la cabeza calva. Cuando intenta sacarlo de su tumba de ramas se clava espinas en las manos y las pinchaduras comienzan a sangrar, tiñen las mangas de su blusa. Parece una partera metiendo las manos dentro de la yegua para extraer al potrillo. No siente dolor, no repara en los cortes que le hacen esas espinas. Continúa apartando ramas y finalmente rescata al niño que aúlla en la noche. Está cagado entero, el olor es insoportable.

Entre las arcadas y la sangre, La Tía Encarna lo sujeta contra el pecho y comienza a llamar a los gritos a sus amigas. Sus gritos deben viajar hasta el otro lado de la avenida. Es difícil que la escuchen.

Pero las travestis perras del Parque Sarmiento de la ciudad de Córdoba escuchan mucho más que cualquier vulgar humano. Escuchan el llamado de La Tía Encarna porque huelen el miedo en el aire. Y se ponen alerta, la piel de gallina, los pelos erizados, las branquias abiertas, las fauces en tensión.

–¡Travestis del Parque! ¡Vengan! ¡Vengan que he encontrado algo! –grita.

Un niño de unos tres meses abandonado en el Parque. Cubierto con ramas, dispuesto así para que la muerte hiciera con él lo que quisiera. Incluso los perros y los gatos salvajes que viven ahí: en todas partes del mundo los niños son un banquete.

Las travestis se acercan con curiosidad, parecen una invasión de zombies acercándose hambrientas a la mujer con el bebé en brazos. Una se lleva las manos a la boca, unas manos tan grandes que podrían cubrir el sol entero. Otra exclama que el niño es precioso, una joya. Otra inmediatamente se vuelve sobre sus pasos y dice:

–Yo no tengo nada que ver, yo no vi nada.

–Así son –responde otra, queriendo decir: así son estos putos bigotudos cuando el zapato aprieta.

–Vamos a tener que llamar a la policía –dice una.

–¡No! –grita La Tía Encarna–. ¡A la policía no! No se puede llevar a un niño con la policía. ¡No hay castigo peor!

–Pero es que no lo podemos tener –argumenta una voz que apela a la razón.

–El niño se queda conmigo. Se va a casa con nosotras.

–¿Pero cómo lo vas a llevar, si está todo cagado y lleno de sangre?

–Adentro de la cartera. Cabe entero.

Las travestis caminan desde el Parque hasta la zona de la terminal de ómnibus con una velocidad sorprendente. Son una caravana de gatas, apuradas por las circunstancias, con la cabeza muy baja, ese gesto que las

vuelve invisibles. Van a la casa de La Tía Encarna, la pensión más maricona del mundo, que a tantas travestis ha acogido, escondido, protegido, asilado en momentos de desesperanza. Van ahí porque saben que no se podría estar más a salvo en ningún otro lugar. Llevan al niño en una cartera.

Una de ellas, la más joven, se anima a decir en voz alta lo que todas se han comunicado ya con el pensamiento:

–Está frío para dormir en el calabozo.

–¿Qué decís? –pregunta La Tía Encarna.

–Nada, eso: que está frío para dormir en el calabozo. Y más por secuestrar a un bebé.

Yo voy muerta de miedo. Camino detrás de ellas casi corriendo. La visión del niño me ha vaciado por dentro. Es como si de repente no tuviera órganos ni sangre ni huesos ni músculos. En parte es el pánico y en parte la determinación, dos asuntos que no siempre van de la mano. Las chicas están nerviosas, de sus bocas salen vapor y suspiros de miedo.

Ruegan a todos los santos que el niño no despierte, que no lllore, que no grite como gritaba hace un momento en el Parque, como un chanco en el matadero.

Se cruzan en el camino con autos conducidos por borrachos que les gritan barbaridades, patrulleros que bajan la velocidad al verlas, estudiantes trasnochados que salen a comprar cigarrillos.

Tan sólo con agachar la cabeza las travestis logran el don de la transparencia que les ha sido dado en el momento de su bautismo. Van como si meditaran y reprimieran el miedo a ser descubiertas. Porque, ¡ah!, hay que ser travesti y llevar a un recién nacido ensangrentado adentro de una cartera para saber lo que es el miedo.

Llegan a la casa de La Tía Encarna. Un caserón de dos plantas pintado de rosa que parece abandonado y las recibe con los brazos abiertos. Entran por un pasillo sin decorar y van directamente al patio, rodeado de puertas de

vidrio por las que asoman rostros de travestis con muchísima curiosidad en la mirada. De las habitaciones de arriba llega una voz en falsete que canta una triste canción que se extingue con el alboroto. Una de las muchachas prepara un fuentón, otra corre a la farmacia de turno por pañales y leche en polvo para recién nacidos, otra busca sábanas y toallas limpias, otra enciende un porro. La Tía Encarna le habla al niño en voz muy baja, inicia la letanía, le canta bajito, lo embruja para

que deje de llorar. Desnuda al niño, se quita ella también el vestido cagado y así, medio desnuda junto a sus amigas, lo bañan sobre la mesa de la cocina.

Algunas se atreven a bromear, a pesar de estar con el culo fruncido, como quien dice, por ese delirio de llevarse al niño con ellas. De rescatarlo y quedárselo como una mascota. Comienzan a preguntarse cómo se llamará, de dónde habrá salido, quién habrá sido la mala madre que lo abandonó en el Parque. Una se atreve a decir que, si la madre tuvo el coraje de tirarlo así a una zanja, seguramente no le había puesto nombre. Otra dice que tiene carita de llamarse El Brillo de los Ojos. Otra la hace callar por poética y les recuerda que hay peligro.

La policía va a hacer rugir sus sirenas, va a usar sus armas contra las travestis, van a gritar los noticieros, van a prenderse fuego las redacciones, va a clamar la sociedad, siempre dispuesta al linchamiento. La infancia y las travestis son incompatibles. La imagen de una travesti con un niño en brazos es pecado para esa gentuza. Los idiotas dirán que es mejor ocultarlas de sus hijos, que no vean hasta qué punto puede degenerarse un ser humano. A pesar de saber todo eso, las travestis están ahí acompañando el delirio de La Tía Encarna.

Eso que sucede en esa casa es complicidad de huérfanas.

Una vez limpio el niño y enrollado en una sábana como un canelón, La Tía Encarna suspira y descansa en su cuarto, adornado como la habitación de un sultán. Todo es verde allí, la esperanza está en el aire, en la luz. Esa habitación es el lugar donde la buena fe nunca se pierde.

Poco a poco la casa va quedando en silencio. Las travestis se han retirado, unas a dormir, otras a la calle nuevamente. Yo me tiro a dormir en un sillón

en el comedor. Le han dado una mamadera al niño muerto de hambre y se han cansado de mirarlo, de ensayar nombres, de adjudicarse parentescos. Cuando se cansó de llorar, el niño se dedicó a miraras, con una curiosidad inteligente, directo a los ojos de cada una. Eso les había causado impresión, nunca se sintieron miradas de esa forma.

La casona rosa, del rosa más travesti del mundo (en cada ventana hay plantas que se enredan con otras plantas, plantas fértiles que dan flores como frutos, donde las abejas danzan), se ha vuelto silenciosa de repente, para no asustar al niño. La Tía Encarna desnuda su pecho ensiliconado y lleva al bebé hacia él. El niño olfatea la teta dura y gigante y se prende con tranquilidad. No podrá extraer

de ese pezón ni una sola gota de leche, pero la mujer travesti que lo lleva en brazos finge amamantarlo y le canta una canción de cuna. Nadie en este mundo ha dormido nunca realmente si una travesti no le ha cantado una canción de cuna.

María, una sordomuda muy joven y un tanto enclenque, pasa a mi lado como un súcubo y abre la puerta de Encarna sin preguntar, pero con muchísima delicadeza, y se encuentra con aquel cuadro. La Tía Encarna amamantando con su pecho relleno de aceite de avión a un recién nacido. La Tía Encarna está como a diez centímetros del suelo de la paz que siente en todo el cuerpo en aquel momento, con ese niño que drena el dolor histórico que la habita. El secreto mejor guardado de las nodrizas, el placer y el dolor de ser drenadas por un cachorro. Una dolorosa inyección de paz. La Tía Encarna tiene los ojos derribados hacia atrás, un éxtasis absoluto. Susurra, bañada en lágrimas que resbalan por sus tetas y caen sobre la ropa del niño.

Con los dedos unidos en montoncito, María le pregunta qué hace. Encarna contesta que no sabe qué es lo que está haciendo, que el niño se le ha prendido a la teta y ella no tuvo el coraje para quitársela de la boca. María, la Muda, se cruza los dedos sobre el pecho, le da a entender que no puede amamantar, que no tiene leche.

—No importa —responde La Tía Encarna—. Es un gesto nada más —le dice.

María niega con la cabeza, reprobando, y con la misma delicadeza cierra la

puerta de la habitación. En la oscuridad se golpea los dedos del pie con la pata de una mesa y se tapa la boca para no gritar. Los ojos se le llenan de lágrimas. Al verme en el sillón, me señala el cuarto de La Tía y con el mismo dedo se dibuja círculos en la sien, para decirme que Encarna se ha vuelto loca.

Un gesto nada más. El gesto de una hembra que obedece a su cuerpo, y así el niño queda unido a esa mujer, como Rómulo y Remo a Luperca.

Desde el sillón que me han concedido para dormir esta noche, recuerdo lo que se dijo siempre en mi casa sobre mi nacimiento. Mi mamá estuvo dos días en trabajo de parto, sin poder dilatar y sin soportar los dolores. Los médicos se negaban a realizar una cesárea, hasta que mi papá amenazó de muerte al doctor encargado del asunto. Le puso una pistola en la sien y le dijo que, si no operaba a su mujer para que naciera el niño, estaría muerto antes de terminar la noche.

Eso fue lo que dijeron de mí después: que había nacido bajo amenaza. Mi papá repetiría conmigo la misma actitud, una y otra vez, a partir de entonces.

Todo lo que me diera vida, cada deseo, cada amor, cada decisión tomada, él la amenazaría de muerte. Mi mamá, por su parte, decía que desde mi nacimiento debía tomar lexotanil para dormir. Esa habrá sido la razón de su desgano, de su pasividad ante la vida de su hijo. Todo lo contrario de lo que sucede ahora detrás de esa puerta, en el cuarto que continúa con la luz encendida. Un resplandor verde enceguece a la muerte y la amenaza con vida. Le advierte que debe retroceder, olvidarse del niño encontrado en el Parque, le advierte que ya no tiene jurisprudencia en esa casa.

Desde mi sillón, cubierta con los abrigos de las otras travestis de la casa, me duermo con la canción de cuna que Encarna entona para el niño. El relato mil veces escuchado de mi doloroso nacimiento se diluye como el azúcar en el té. En esa casa travesti, la dulzura puede hacer todavía que la muerte se amedrente. En esa casa, hasta la muerte puede ser bella.

Si alguien quisiera hacer una lectura de nuestra patria, de esta patria por la que hemos jurado morir en cada himno cantado en los patios de la escuela,

esta patria que se ha llevado vidas de jóvenes en sus guerras, esta patria que ha enterrado gente en campos de concentración, si alguien quisiera hacer un registro exacto de esa mierda, entonces debería ver el cuerpo de La Tía Encarna. Eso somos como país también, el daño sin tregua al cuerpo de las travestis. La huella dejada en determinados cuerpos, de manera injusta, azarosa y evitable, esa huella de odio.

La Tía Encarna tenía ciento setenta y ocho años. La Tía Encarna tenía cortaduras de todo tipo, hechas por ella misma en la cárcel (porque siempre es mejor estar en enfermería que en el corazón de la violencia) y también fruto de peleas callejeras, clientes miserables y ataques sorpresivos. Incluso tenía una cicatriz en la mejilla izquierda que le daba un aire ruin y misterioso. Sus tetas y sus caderas cargaban unos moretones eternos, a causa de las palizas recibidas cuando había estado detenida, incluso en tiempos de los milicos (ella juraba que en la dictadura había conocido la maldad del hombre cara a cara). No, me retracto: esos moretones eran por el aceite de avión con el que había moldeado su cuerpo, ese cuerpo de *mamma* italiana que le daba de comer, pagaba la luz, el gas, el agua para regar aquel patio hermosamente dominado por la vegetación, aquel patio que era la continuación del Parque, tal como el cuerpo de ella era la

continuación de la guerra.

La Tía Encarna había llegado a Córdoba muy joven, cuando todavía se podía navegar en bote el río Suquía sin enterrarse en la basura. Se había rodeado de travestis toda su vida. Nos defendía de la policía, nos daba consejos cuando nos rompían el corazón, quería emanciparnos del chongo, quería que nos liberásemos. Que no nos comiéramos el cuento del amor romántico. Que nos ocupáramos de otros business, nosotras las emancipadas del capitalismo, de la familia y de la seguridad social.

Su instinto materno era teatral, pero dominaba su carácter como si fuera auténtico. Exageraba como una madre, controlaba como una madre, era cruel como una madre. Tenía el umbral de la ofensa muy bajo y se resentía con facilidad.

En Formosa se había acollarado a un camionero chaqueño con el que habían comenzado bien la historia. Ella era joven, recitaba de memoria poemas de

Gabriela Mistral y juraba que su sueño era ser maestra rural, pero los camiones eran su vida. «Ser puta de camiones es otra historia, es otro el paisaje. Los camioneros son tipos importantes en el camino, son cosa seria», decía. Incluso en Córdoba, ya tranquila, instalada en el Parque, alejada voluntariamente y para siempre del pasado, muchas veces retornaba a los pueblos de la ruta donde los camioneros hacían sus paradas.

Se había inyectado aceite de avión en las tetas, en las nalgas, en las caderas y en los pómulos. Decía que, además de ser económico, resistía mejor las embestidas. Pero las zonas inyectadas se le habían llenado de unos moretones desagradables y el líquido se había desplazado en cualquier dirección, dejándola llena de bultos y pozos como la superficie lunar. Por eso se obligaba siempre a trabajar con la luz muy baja.

En la rodilla izquierda tenía dos feas cicatrices de balazos, que así como habían entrado habían salido, y en los días de lluvia era frecuente verla ir rengueando hasta la cocina por un vaso de agua para tomar un analgésico, porque el dolor la hacía temblar.

Los días de lluvia eran una fiesta: no se salía a trabajar. O, si ya habíamos salido y se largaba el chaparrón, nos tomábamos entre todas un taxi a su pensión.

En el camino los taxistas se descostillaban de la risa con nosotras, había que oírlos reír en ese momento para darnos cuenta de que éramos realmente divertidas, valiosas, que hacíamos cosas buenas también.

Jugábamos a las cartas, mirábamos películas porno o alguna novela en la televisión, aconsejábamos a las nuevas. Luego de la llegada del bebé, también

nos volvimos expertas en la niñez. Pero guardábamos el secreto. María, la sordomuda, se encargaba de cuidarlo cuando la madre adoptiva tenía que hacer alguna diligencia. Nadie debía saber que en la casa había un niño. Así era nuestro grado de inconsciencia. Pero también de responsabilidad. Sabíamos que, en cualquier otro lugar, ese niño no recibiría afecto, sencillamente, y en casa de La Tía Encarna era amado.



Finalmente lo habíamos bautizado luego de una votación democrática. Por mayoría, elegimos llamarlo El Brillo de los Ojos. Y estaba muy bien llamarlo así, porque La Tía Encarna, y todas en realidad, recuperábamos el brillo en la mirada cuando estábamos con él.

De manera que, apenas entrar a aquella casona rosa, preguntábamos:

«¿Dónde está El Brillo de los Ojos?» e íbamos a alzarlo y decíamos: «Qué bonito El Brillo de los Ojos», o hablando entre nosotras decíamos: «Cuando El Brillo de los Ojos sea grande», y era un lenguaje muy nuestro. A veces simplemente preguntábamos dónde estaba María y alguna respondía: «Ahí, hablándole al Brillo de los Ojos», y nos asomábamos y nos parecía asombrosa la velocidad de las manos de María para hablarle al niño, que la miraba embobado y le devolvía el brillo a su mirada.

El Brillo de los Ojos era moreno, macizo, con los ojitos rasgados como un chino triste. A medida que pasaban los días iba poniéndose fuerte, lloraba menos, se atrevía a sonreírnos. Yo colaboraba con canciones, lo dormía en mis brazos. «Vaya con la tía Camila», decía La Tía Encarna cuando se cansaba de tenerlo en brazos, y me lo entregaba y yo me lo llevaba a pasear por la casa. A veces me sentaba en la terraza y pensaba: un niño, un esposo, una casa, un patio, flores en las macetas, una biblioteca, recibir a los amigos el fin de semana, dejar la prostitución, reconciliarme con mis padres.

Los días de lluvia también eran una fiesta en mi infancia, en Mina Clavero, el pueblo testigo de cómo empecé a convertir el cuerpo del hijo de un matrimonio de buscavidas en una travesti.

Cuando llovía en verano y podía quedarme en mi casa y no ir a trabajar. Por haber nacido en la pobreza, yo estaba destinada a trabajar. «Tiene que aprender a ganarse la vida desde chiquito», decía mi papá. Y me colgaba del hombro una conservadora llena de helados y me mandaba a la costanera del río a venderlos.

La palabra era vergüenza. No podía sentir una vergüenza mayor que esa: la constatación de la pobreza. Mendigar a la gente para que me compraran helados, aprendiendo ya entonces las astucias del comercio que después

pondría en práctica para vender mi cuerpo: decir lo que los clientes quieren oír. En ese maldito pueblo con ese maldito río.

Por eso la lluvia siempre será una bendición. Porque cuando llovía no tenía que ir a la costanera, a vender helados a los turistas, que eran y son lo peor que ha existido alguna vez. Como en casa éramos pobres, el trabajo infantil era una cosa muy digna, y yo trabajaba para pagar el uniforme del colegio, los útiles, mientras mis compañeros de escuela estaban de vacaciones. A los nueve años, soportaba la lástima con que los turistas miraban al pobre niño maricón que vendía helados, los progresistas que pensaban que estaba siendo explotado, como aquel muchachote que un día me invitó a meterme en su carpa y me mostró su pito enorme, duro, perfecto, y me preguntó si me gustaba y yo le dije que sí, y él me invitó a acariciarlo pero con cuidado porque mordía, y yo dejé a un costado la caja de telgopor llena de helados y él me dijo que sacara uno y untara su pito, y mi boca se congeló y me dio miedo y el sabor no me gustó, y todo se volvió un desastre porque el helado había chorreado sobre su pubis y lo había dejado pegajoso, entonces él me dijo que no servía para nada, que era algo que escuchaba con frecuencia de boca de mi papá, y me echó de la carpa diciendo que ni se me ocurriera abrir la boca, y yo me alejé del río contando los pocos billetes que había ganado con los helados y volví a casa fingiendo que estaba enfermo. Y, efectivamente, sólo con decir esas palabras la fiebre subió y pude quedarme en cama tres días recordando el olor a humedad dentro de la carpa, el perfume del chongo, su pene hermoso y el sabor horrible que yo no me explico todavía por qué nos gusta tanto si sabe tan insípido.

«Las pijas no tienen gusto a nada», decía La Tía Encarna. Te acariciaba y te decía: «Agachá la cabeza cuando quieras desaparecer, pero mantené la frente alta el resto del año, nena». Y era como una madre, como una tía, y todas nosotras estábamos de pie ahí, en su casa, mirando al niño robado al Parque, en parte porque ella nos había enseñado a resistir, a defendernos, a fingir que éramos amorosas personas castigadas por el sistema, a sonreír en la cola del supermercado, a decir siempre gracias y por favor, todo el tiempo. Y perdón también, mucho perdón, que es lo que a la gente le gusta escuchar de las putas como nosotras.

Así que, desde que conocí a La Tía Encarna, yo tomé por costumbre mentirle

mucho al vulgo y le digo por favor y gracias a cualquiera, y perdón también, en todos los colores, y la gente se siente bien y te deja de molestar por un momento.

Cada perrada de la gente es como un dolor de cabeza que dura días. Una migraña potente que no se aminora con nada. Todo el día los insultos, la burla.

Todo el tiempo el desamor, la falta de respeto. Las avivadas criollas de los clientes, las estafas, la explotación de los chongos, la sumisión, la estupidez de creernos objetos de deseo, la soledad, el sida, los tacones de los zapatos que se quiebran, las noticias de las muertas, de las asesinadas, las peleas dentro del clan, por hombres, por chismes, por dimes y diretes. Todo eso que parece no detenerse nunca. Los golpes, por encima de todo lo demás, los golpes que nos da el mundo, a oscuras, en el momento más inesperado. Los golpes que venían inmediatamente después de coger. Todas habíamos pasado por eso.

La Tía Encarna nos decía que lo menos importante del mundo era el pene de los hombres. Que nosotras teníamos el nuestro propio entre las piernas y bien podíamos agarrarnos de él cuando atravesáramos momentos de carne débil. Que había que trabajar para nosotras, no para pagarle ningún caprichito al chongo. Y

que, cuando nos acostáramos con un garrón (así les decíamos a los que nos cogíamos por gusto y no por dinero), le hiciéramos pagar de alguna manera por nuestro cuerpo.

También nos decía que la pena era muy honda a los ciento setenta y ocho años. A veces sentía que las piernas le pesaban como bolsas de cemento, que los órganos se le volvían de piedra dentro del cuerpo y el corazón se le iba poniendo duro y en desuso. Lloraba por los límites a los que estábamos confinadas.

También se lamentaba de las injusticias. Como en el caso de María la Muda, a quien prácticamente había resucitado, cuando la encontró, acurrucada en un tacho de basura, desnutrida, cubierta de piojos, y se la llevó a vivir con ella. Le había dado una familia, las travestis más viejas fueron las madrinas, el

bautismo fue como una película neorrealista.

A los trece años, luego de una semana en aquella casona rosa, María había sido bautizada como travesti. La ceremonia fue en el patio. Mientras comían turrón y tomaban sidra, la flor de uno de los cactus se había abierto de golpe, ahí, delante de los ojos de todas, y empezó a despedir un olor a carne podrida que las dejó desconcertadas. Una de ellas preguntó en voz alta cómo podía ser que una flor oliera de esa forma, y otra que era una sabionda contestó que algunas flores son polinizadas por las moscas y por eso tienen que oler a carne podrida: para atraerlas. Pero no por eso dejan de ser hermosas y magnéticas, capaces de dejar

mudas a un grupo de travestis que ejercen su íntimo ritual de bautismos y fidelidades.

Aquella fue la era de las flores en nuestro clan, a pesar de la condena a muerte de la que éramos víctimas. Fue la era de olernos entre nosotras como perras y polinizarnos. La llegada del Brillo de los Ojos había convertido nuestro resentimiento en ansia de mejorar. La Tucu se fue a anotar en un secundario para adultos, porque no se quería morir sin llevarle a la madre el diploma y decirle:

«Mirá, acá tenés, ¿ves que pude hacer algo por mí?». Pero la habían tratado tan mal en la escuela donde se inscribió que después de su primer día de clase había aparecido llorando por el Parque y se había puesto a gritar que esa noche iba a coger sin forro hasta hartarse, total nada importaba nada. La Tía Encarna le había sobado la cara a cachetadas esa noche y la había mandado a la pensión a descansar.

La cura para todos nuestros males era el descanso. Para cualquier enfermedad del cuerpo o del alma, La Tía Encarna recetaba reposo. Era el regalo más grande que jamás nos había hecho alguien en la vida: dejarnos descansar y ocuparse ella de la vigilia.

Orbitábamos a su alrededor. En su casa siempre había algo para comer y, como en ese entonces pasábamos hambre seguido, ella nos recibía con los brazos abiertos y el pan sobre la mesa. Yo hacía de día una vida de estudiante mediocre, y era mucha la pobreza, ahora puedo decirlo, era mucho el hambre.

El hecho de alimentarse solamente con pan deforma el cuerpo, lo pone triste. La ausencia de color en la comida es triste y desmoralizadora. Pero en la casa de La Tía Encarna las alacenas estaban siempre llenas; si te faltaba algo, ella te lo daba: harina, azúcar, aceite, yerba, lo que no podía faltar en ninguna casa. Y a todas nos decía que tampoco podía faltar en nuestra pieza una imagen de la Virgen del Valle, que era morena y rebelde y tan poderosa que torcía destinos.

A La Tía Encarna le habíamos conocido un único amor: un romance tranquilo y duradero con un hombre sin cabeza. Por esos años habían aparecido en la ciudad cantidad de refugiados de guerras libradas en África. Llegaron a nuestro país con la arena del desierto todavía pegada a sus zapatos y se decía que habían perdido la cabeza en combate. Las mujeres enloquecieron con ellos porque su ternura, su sensualidad y su disposición al juego eran legendarias.

Habían sufrido muchas penurias en la guerra, casi las mismas que las travestis en la calle, y eso los había convertido en objeto de deseo y héroes de guerra al mismo tiempo. Los Hombres Sin Cabeza hicieron cursos acelerados de castellano para poder hablar nuestra lengua, y fue así como supimos que habían perdido la cabeza y ahora pensaban con todo el cuerpo y sólo recordaban las cosas que habían sentido con la piel.

Los Hombres Sin Cabeza llegaron con su novedosa dulzura y decepcionaron tiernamente a las mujeres que los esperaban con las piernas abiertas y el sexo en flor, porque ellos prefirieron a las travestis de la región. Nosotras no sabíamos por qué nos habían elegido, pero hubo muchas que se casaron y envejecieron junto a sus amados decapitados. Ellos dejaban en claro que se enamoraban de nosotras porque a nuestro lado era más fácil compartir el trauma, dejarlo trepar por las paredes o recluirlo cuando hacía falta. Pero las mujeres tomaron como una ofensa aquel desaire e hicieron correr comentarios ladinos y mal intencionados sobre nuestros huéspedes, que al fin y al cabo estaban así por haber peleado por un mundo mejor. Decían que hacer el amor con uno de ellos era como ir a la playa, una después no podía sacarse la arena del culo por días y días. Pero a nosotras no nos importaba lo que decían.

La Tía Encarna lo había conocido en Hangar 18, el boliche gay más

pecaminoso que existió en nuestra ciudad, el antro más sacrílego y dionisiaco donde nos encontrábamos las brujas, maricas y lesbianas de entonces. La relación entre Encarna y su Hombre Sin Cabeza había comenzado como un arreglo comercial de lo más próspero, porque cuando se conocieron La Tía estaba en la plenitud productiva de su cuerpo. Los clientes no significaban para ella el menor desgaste. De manera que bien podía acostarse con diez hombres por noche, algo que sucedía muy a menudo, y despertarse al otro día fresca y enérgica como un viento de verano, abrazada a su Hombre Sin Cabeza, que vivía

holgadamente en su propio departamento gracias a una pensión por veterano de guerra. Los Hombres Sin Cabeza provenían de regiones incomprensibles para nuestra escasa cultura, no lográbamos entender por qué se habían producido esos conflictos sangrientos que los habían expulsado hasta nuestra ciudad, pero eran todo lo que toda travesti esperaba de la suerte. Aunque, claro, escaseaban, pues muchos terminaban en manicomios o decidían emigrar a pueblos junto al mar.

Los pocos que se quedaron en Córdoba se aquerenciaron pronto y ese punto de fuga se cerró para siempre.

Aquel noviazgo sin edad representaba una bendición inusual en la vida de las travestis. Él no sólo amaba a Encarna sino a todo lo que la rodeaba, incluidas nosotras, sus hijas putativas. Ver a La Tía Encarna en brazos de aquel hombre nos daba la esperanza de que también a nosotras nos acariciarían así alguna vez.

El Hombre Sin Cabeza era la delicia de todas nuestras reuniones y alguna vez hasta se animó a invitarnos a cenar a su departamento. Fuimos todas, no sólo por no desairar a La Tía Encarna, que era más rencorosa que santo milagrero y más brava que los dioses griegos, sino porque queríamos ver con nuestros propios ojos su callada hospitalidad, sus pinturas a la acuarela, su perro bravo dormido a los pies de la cama, su biblioteca inacabable, que nunca jamás podríamos leer ni aunque nos sobrara el tiempo, porque los libros estaban en un idioma incomprensible para nosotras.

Yo lo quería especialmente porque una noche nos salvó, a María la Muda y a mí, de las fauces de dos policías, muy cerca de la casona rosa. Uno ya se

había puesto violento y me tenía doblada contra un automóvil porque habían recibido aviso de que dos travestis andaban robando en el mercadito del barrio. El Hombre Sin Cabeza apareció como una prolongación de la sombra que lo ocultaba, se acercó con su natural amabilidad, habló dos minutos aparte con los policías y ellos nos dejaron ir. La palabra de un hombre decapitado valía más que la nuestra.

Según Encarna, cada mañana El Hombre Sin Cabeza rezaba a sus dioses antes de que el sol asomara por entre los edificios y, con aquella actitud gloriosa de decapitado místico, recibía la inyección de vida que significaba el primer rayo de sol de la mañana. Luego se deslizaba hasta la cocina y ponía la pava al fuego mientras ordenaba los ingredientes del mate tal como le gustaba a su tirana novia: un dedo de té de burro, un dedo de peperina, la yerba colada, sin polvillo, una cucharada de miel y un jirón de cáscara de naranja. Luego partía a la panadería y volvía con medialunas recién horneadas que se desmoronaban en los manteles. Llegaba siempre en el momento preciso en que la pava estaba lista

para el primer mate del día.

Entonces iba a despertar a La Tía Encarna, como si en realidad no la trajera del sueño sino de un hechizo de cuentos de hadas. Ella remoloneaba en la cama y se dejaba atender con devoción. «Qué hermosa estás, mi amor», eran las primeras palabras que escuchaba nuestra madre adoptiva cada vez que despertaba ahí. Y con eso era suficiente para contrarrestar el horror del mundo.

Un sortilegio breve con el cual sobrevivir día a día a nuestras muertes, a la muerte de nuestras hermanas, a las desgracias ajenas, siempre tan propias.

En algún momento llegaron incluso a anunciar que se iban a casar y yo fui elegida madrina de bodas. Los casaría nuestra curandera, nuestra Machi Travesti, la única autorizada para officiar una boda tan importante, la que nos orientaba el espíritu y la carne y era tan capaz de desvanecernos con sus brebajes de raíces, lianas y cactus como de hacernos viajar al origen de nuestro dolor, además de inyectarnos silicona líquida, todo por el mismo precio.

Pero los planes de la boda se pospusieron, no tanto por decisión de él como de ella, que siempre andaba tratando de salvar al mundo, a aquel pequeño mundo rosa travesti que ella se había construido para rodear su soledad. La Tía Encarna podía pasar una noche en vela sentada en una comisaría hasta lograr sacar del calabozo a alguna de nosotras, y era igualmente capaz de pasarse un día entero tratando de extirpar algún virus de nuestro cuerpo o algún pelo encarnado en el bigote. Pero el amor seguía intacto entre ella y El Hombre Sin Cabeza. Él llegaba de visita cada viernes por la tarde, a la hora en que los niños salían de la escuela vecina, y por eso siempre asociábamos su llegada a las risotadas y los gritos infantiles que se oían por la vereda. Se quedaba hasta el lunes por la mañana y luego desaparecía hasta el viernes siguiente.

En esas noches que estaba con nosotras, cuando La Tía Encarna se dormía y empezaba a roncar como un minotauro, él salía en puntas de pie de la habitación y se sentaba en el patio si hacía buen tiempo, o en la cocina con las hornallas prendidas si hacía frío. Ahí ponía su cuerpo decapitado a pensar, pues El Hombre Sin Cabeza era un insomne nato: bien sabido es que uno de los grandes defectos de su raza es la falta de sueño. Y nosotras, que ya lo considerábamos propio, nos aprovechábamos de su dulzura y le pedíamos que nos ayudara con el maquillaje para salir a yirar, y él recordaba siempre nuestros cumpleaños y era más que atento a nuestras tristezas y dolencias.

El Hombre Sin Cabeza también tenía talento para la guitarra. Y demoraba nuestra partida al Parque cuando se ponía a tocar canciones tristes que nos hacían llorar lágrimas de mujer y preguntarnos por qué era tan larga la noche.

A

veces La Tía Encarna se sumaba y cantaba con jondura sus melodías aciagas. El mundo se detenía entonces. Pájaros muy oscuros se posaban sobre los muros y los balcones y todas nos quedábamos quietas, sin atrevernos a hacer ruido con nuestra respiración, sin siquiera parpadear por temor a cortar el hechizo. Ver a esos dos seres hacer música juntos era como verlos hacer el amor, de una manera tan diáfana que no necesitaba intimidad.

En la cocina, sobre la heladera, reinaba una imagen de yeso de la Virgen de Guadalupe, y una de esas noches en que nos demoramos por escuchar a La Tía Encarna cantar sobre la guitarra de su novio, María la Muda señaló



estupefacta a la Virgencita y nos quedamos todas impávidas ante el milagro: la santísima Guadalupana había comenzado a llorar con la canción y las lágrimas resbalaban sobre el esmalte que la recubría. Nunca supimos si fue la humedad de aquel día o la manifestación de la divinidad lo que obró el milagro, lo cierto es que fue apabullante y nos estrujó el corazón de belleza.

Se ve que él también se había emocionado porque un par de días después se presentó un escribano en la pensión y le hizo leer a La Tía Encarna unos papeles que parecían muy serios, donde se establecía que, si a su Hombre Sin Cabeza le sucedía algo, sería ella quien se quedaría con todas sus pertenencias. Fuimos testigos cuando La Tía Encarna firmó los papeles de su herencia, incluso le vimos un brillo de ambición en los ojos y una mueca de espanto en la boca por tener que poner su nombre de varón en esos papeles.

Nosotras conocíamos el afán de La Tía Encarna por la riqueza y aquel testamento no nos dejaba del todo tranquilas. Cuando se retiró el escribano y quedamos las de siempre, La Tía Encarna dijo que se sentía especialmente generosa y mandó traer una botella de champán, como si hubiera motivo para celebrar, justo en el momento en que el televisor que había en la cocina anunciaba la noticia de que Cris Miró había muerto, y todas guardamos silencio y tragamos saliva.

Yo tenía trece años apenas, todavía no comprendía lo que pasaba dentro de mí, no podía ponerle palabras a nada de eso. Y entonces apareció Cris Miró en la televisión. En los programas más importantes de esos años, porque era la primera vedete travesti de la Argentina, la primera que reconocieron los medios de comunicación. Cris se sentó en los sillones más caros de la pantalla, con las conductoras más rubias, más bobas, más conservadoras del momento. Y era la

más bella.

Tenía el pelo largo hasta la cintura, negro y encrespado, como un manto arrugado que le enmarcaba el rostro más hermoso jamás visto, un rostro con una soberanía, una paz, una amabilidad inconcebible en el horror de la televisión, que descubría por fin que las travestis existíamos. Yo asistí a su aparición siendo un niño todavía y pensé: *Yo también quiero ser así*. Eso quería para mí. El desconcierto del travestismo. La desorientación de esa

práctica. Fue tal la revelación que, contra viento y marea, yo también me dejé crecer el pelo, y me elegí un nombre de mujer y estuve atenta, a partir de entonces, al llamado de mi destino.

Todas la admirábamos, todas la amábamos. Era ejemplar. Era lo mejor de nosotras puesto a la vista de todos. Por eso la noticia de su muerte nos causó tanta tristeza y nos dejó mudas. Ya no pudimos beber el champán que había descorchado La Tía Encarna: había muerto nuestra Evita, nuestro modelo y referencia, la más famosa y la más buena de todas nosotras. Ninguna quiso hablar porque ninguna sabía qué decir de aquella muerte tan joven. Pero nos lo decíamos con la mirada. Qué absurdo que el mismo día en que La Tía Encarna se convertía en heredera de su Hombre Sin Cabeza nos dieran la noticia más triste del mundo.

Me acuerdo todavía de aquel silencio y de que La Boliviana dijo desde el fondo del patio que a ella no le gustaba nada Cris. Que tenía la mandíbula muy ancha, dijo. Todas le dijimos al mismo tiempo que se callara. Que desapareciera de nuestra vista.

Desde la llegada del niño a la pensión, todo empezó a cambiar entre La Tía Encarna y su Hombre Sin Cabeza. Nosotras pensamos que ahora teníamos nuestro Jesús y nuestra María y nuestro José, nuestra propia sagrada familia, una familia que se nos parecía y de la cual éramos hijas.

Nadie nos parecía mejor padre para el niño que El Hombre Sin Cabeza, porque los hombres como él venían de lejos, sabían historias, contaban lo que a una le interesaba saber del mundo. Eran la novedad que se agradecía tanto en la monotonía de nuestra existencia prostibularia. Esos hombres decapitados que traían valijas llenas de recetas de comidas exóticas, de plantas medicinales, de nuevas formas de sembrar en el agua y en el aire. De amar. Los hombres como él nos enseñaban lenguajes extranjeros, de caricias nunca vistas, que nos hacían

sentir la piel como una servilleta de papel muy fino, nos hacían sentir transparentes, como si, de repente, Dios pudiera mirarnos por dentro.

Pero La Tía Encarna se puso arisca y comenzó a chicotearle las visitas al Hombre Sin Cabeza, con su cola de bestia mala, envenenándolo con

comentarios hostiles por su bondad, por su libertad, por la excesiva amabilidad con que nos trataba a todas, como si quisiera que todas fuéramos sus novias. ¿Qué se pensaba él, se olvidaba de que había sido un cliente que había pagado por ella?

La primera vez que El Hombre Sin Cabeza quiso tomar al Brillo de los Ojos entre sus brazos ella lo midió con la mirada y le dijo que ningún hijo suyo iba a ser alzado por un decapitado. María la Muda, que estaba ahí, leyendo en los labios la discusión, la reprendió al instante. Pero La Tía Encarna ya había encontrado su personaje, ya había descubierto de dónde venía el agua y no estaba dispuesta a cortar el chorro. El Hombre Sin Cabeza, amable hasta el final, se limitó a retroceder hasta la puerta y preguntar qué hacía falta, que él tenía contactos para solucionar la situación si la decisión de adoptar al niño era definitiva, y cuando las guerras terminaran los llevaría a ambos a su país, a La Tía Encarna y al Brillo de los Ojos, a comer de los frutos del mairo, el árbol con que se alimentan Los Hombres Sin Cabeza y la razón por la cual son buenos como la miel del campo.

Pero, a cambio, recibió improperios, agravios, reclamos infundados y burlas a su buen temperamento. Él no se quebró. Soportaba. Soportaba. Soportaba. Hasta que una tarde La Tía Encarna decidió no abrirle la puerta y prohibió a las mujeres de la familia que cruzaran palabra alguna con él porque, si se enteraba de algún atisbo de traición de nuestra parte, nos desterraría, nos excomulgaría, nos exiliaría sin excepción. El Hombre Sin Cabeza se quedó un par de noches apostado bajo el farol de la vereda de enfrente. Luego se marchó en silencio y nunca más volvimos a verlo. Algunas, por piedad, rondamos su casa alguna tarde, con la ilusión de verlo con su delantal, preparando los manjares que sólo él nos cocinaba, pero no.

Pasaron los días y todo fue asentándose como el barro en el lecho del río. Las cosas se volvieron pesadas y familiares. La fascinación por El Brillo de los Ojos nos consoló por la partida de nuestro padrastro.

Y en el momento en que ya lo habíamos olvidado llamaron a la puerta a la hora de la telenovela, y al abrir nos encontramos con cinco Hombres Sin Cabeza, elegantes y dolientes, que preguntaron por La Tía Encarna. De inmediato fuimos a buscarla y ella salió con el niño en brazos, un poco para protegerse y otro poco para meterles miedo. Pero Los Hombres Sin Cabeza

sólo le entregaron un sobre

de cartón rojo donde estaba la última carta que el novio de La Tía Encarna había escrito para despedirse. En la carta le decía que de ninguna manera se sintiera culpable, que él ya estaba un poco aburrido de vivir, tan sólo eso, y que si ella lo rechazaba él ya no quería nada más. Que había sido feliz, que recordaba su piel llena de moretones como un mapa en el que se aprende a soñar con futuros viajes.

Le agradecía sobre todo las risas y el piso fresco del patio a la sombra de los jacarandás que crecían en macetas. Nunca había asistido a algo más hermoso que la tarde en que cantó para que el niño se durmiera al compás de su guitarra, bien valía irse con una sonrisa, aunque él no tuviera ni boca ni cabeza. Y, por último, la confirmaba en esa carta como heredera de todos sus bienes, de todos sus amigos y amores, la mujer más amada sobre la tierra, la bien querida, la inolvidable Tía Encarna, madre de todos los monstruos.

Los Hombres Sin Cabeza no fueron invitados a entrar, pero no les importó.

Ofrecieron sus condolencias y pusieron a disposición de la casa todos los contactos de los que eran capaces, dejaron anotados sus números de teléfono y partieron en procesión silenciosa y decapitada por las calles del barrio. Daba tanta pena todo aquello que lloramos hasta empaparnos los vestidos, porque nuestro padrastro, aquel padre elegido que no nos golpeaba ni nos juzgaba ni nos condenaba a la mediocridad había muerto, tan noble y tan enamorado como siempre. Pero él era elegante hasta en su dolor, discreto como una sombra.

Seguramente ya estaba en el cielo de las travestis, donde sería por fin recompensado por el desaire de su mayor amor.

La Tía Encarna fue la única que no lloró, pero le pidió a María la Muda que se llevara al niño a su cuarto, en la planta alta, y que le hiciera escuchar algún disco de Gal Costa. Se encerró en su habitación, se desprendió los botones del escote para liberar el corazón, se arrodilló al costado de la cama y ahí sí que lloró y lloró. Miraba por la ventana que daba al patio cubierto de hiedras y lloraba despacio, por la culpa de haber desairado unos días antes de su muerte al novio decapitado.

Afuera, en el patio, con las lágrimas que escurrimos de nuestros vestidos y que seguimos derramando por él, llenamos una pileta de plástico y nos dimos un baño largo y pacífico, en silencio, desnudas, mientras la tarde se iba poniendo roja y nuestro dolor la enrojecía aún más.

Laura era el nombre de aquella chica embarazada que nos acompañaba en nuestras noches de rondas prohibidas. La única que había nacido con una flor carnívora entre las piernas, no como nosotras que teníamos un animal dormido bien guardado en la bombacha, o una vagina abierta a bisturí limpio. Laura ya estaba embarazada cuando yo llegué al Parque. Un embarazo de cinco meses, bien llevado, que era doble en realidad y sobre el que reinaba la incógnita porque ella había decidido no saber el sexo ni la condición de hermandad de los dos niños que llevaba en el vientre.

La primera noche que la vi traía el pelo suelto y largo hasta la cintura, teñido desprolijamente, y se lo notaba cepillado una y otra vez para lograr un lacio electrizado que lo arruinaba todo. Pero eso no era lo hermoso del asunto. La belleza estaba en que Laura adornaba esa melena larga y reseca con yuyos y hojas de su improvisado lugar de trabajo: los sitios oscuros del Parque donde se dedicaba a la fornicación anárquica al aire libre. Le bastaba echarse de espaldas y procedía a los húmedos intercambios con los miles de hombres que la buscaban. Incluso en su estado de gravidez contaba con la supremacía de su vagina por encima de nosotras. Llegaba y se iba del Parque en bicicleta, y le gustaba trabajar temprano, nunca más allá de las tres de la mañana. «Seguimos siendo pobres», decía, mientras guardaba entre sus tetas la recaudación de la jornada.

Aseguraba que el embarazo la había salvado, que antes llevaba una vida de la que mejor no acordarse. Había estado presa casi dos años por narcotráfico. En la cárcel se tatuó en el antebrazo izquierdo, ella misma, las palabras *Maldita Vida*, decoradas con unas flores sencillas que se colaban por entre las letras. Laura conocía todos los vicios y todas las desventuras, había apuñalado al padre por la espalda cuando este despachaba a patadas en el rostro a su mamá (después lo arrastró hasta la vereda y lo dejó tirado ahí para que otro se hiciera cargo). Era tan joven como nosotras, no pasaba de los veintitrés. No sabía quién o quiénes eran los padres de esos dos hijos que llevaba dentro de sí, pero apenas supo que estaba embarazada se hizo el

análisis para asegurarse de que no tenía HIV y decidió cambiar de vida. Se había propuesto ahorrar todo el dinero posible para que, cuando los niños nacieran, ella no tuviera que volver a la calle.

No sólo se prostituía: en el canasto de su bicicleta traía comida para vender.

A veces eran café y medialunas, a veces empanadas o porciones de pizza fría.

Hubo noches de calor en que traía fruta, que mantenía fría con hielo y sal gruesa.

Nos escribía notitas que escondía en nuestras carteras sin que lo notáramos, y cuando estábamos distraídas nos sorprendía con un manotazo directo a nuestros penes: «A ver cómo está Camilita», «A ver cómo está Encarnita», «A ver cómo está Mariíta», y zas, te apretaba el sexo con su manito de nada. Nosotras nos desternillábamos de risa y agradecíamos su ternura brutal. Siempre era una fiesta ver llegar su bicicleta que sonaba como una caja llena de campanitas, su panza enorme que era como un augurio, su decisión de cambiarlo todo, su manera de demostrarnos que se podía prescindir de casi todo lo que nos habían dicho que era necesario.

A los dieciséis se había escapado de un correccional de menores saltando por los techos como un demonio confundido y se había hecho prostituta por instinto.

A los veintiuno le reventó los testículos a balazos a su exnovio y proxeneta, y desmayó a golpes a su suegra. El suicidio la tentó más de una vez y hasta llegó a ver la luz blanca al final del túnel en alguna de esas ocasiones. Pero ahí seguía entre nosotras, su pelo siempre salpicado de pastos flotando detrás de su bicicleta, como si fueran grillos.

El día en que nacieron sus hijos estábamos todas esperando en la habitación de al lado, un livingcito pintado de celeste, munidas de todos los talismanes de los que éramos capaces. Mirábamos el final de la novela en un televisor de doce pulgadas, más atentas al ritmo de las contracciones de nuestra parturienta.

Nadina, que era enfermero de día, sabía todo acerca de un parto porque se

había criado en el medio del monte y había ayudado a su madre a traer a varios hermanos al mundo, así como a cabras, terneros y perros atravesados. Estábamos nerviosas, la posibilidad de ver un parto nos tenía enloquecidas. Para algunas era la primera vez que veríamos una vagina así, de frente, y la posibilidad nos extasiaba, como cuando se está por hacer algo que nos va a cambiar para siempre.

Las horas pasaban, la madre sudaba, La Tía Encarna y El Brillo dormían en un sillón que les funcionaba de cama. Las reinas magas habíamos llegado con todo lo que teníamos: oro, mirra e incienso, pero también palo santo para alejar los malos pensamientos, y marihuana para que los niños sean divertidos, y licores para que bajen los duendes, y estampitas de la Difunta Correa para que

nunca falte la leche, y de San Cayetano para que nunca falte el trabajo, para que nunca se corte la vida que es bien vivida.

La exuberancia de nuestra fe se condensaba en el aire como el humo en un casino clandestino. Algunas cantábamos, otras le decían lo de siempre a la madre, que empujara, que hiciera un esfuerzo más, mientras le secaban la frente.

En los intervalos del dolor ella nos agradecía a todas las reinas magas por estar ahí, por haber seguido la estrella. El Brillo de los Ojos miraba tranquilo desde su sitio y eso nos tranquilizaba porque sabíamos que era clarividente.

Cuando la cabeza del primer bebé estaba por asomar y las manos de Nadina se aprontaban a recibir la vida yo pensé de pronto que no debían nacer. Quería decir todo lo contrario de lo que decían mis amigas: yo no quería que nacieran.

Lo que verdaderamente deseaba era que su madre los conservara dentro de sí para siempre, para que ellos no tuvieran que cargar con ella toda la vida. Quería decirles que aquí nada era seguro, que los hijos de las prostitutas no estaban a salvo. Mientras todas hacían fuerza por el nacimiento, yo pedía por dentro que el tiempo se detuviera. Pero los niños ya venían deslizándose por el pasillo de la vida y la apropiación de la cultura sobre ellos era inevitable. Deseara yo lo que deseara, la cultura lo podía todo. Aunque aquí tus padres

intenten asesinarle, aunque los amigos te olviden, aunque los hombres apunten y disparen.

Desde su sillón, con El Brillo en brazos, La Tía Encarna lloraba. «Yo también te parí», parecía susurrarle a su cachorro, «pero por un camino de ramas y de sangre. Yo también grité de dolor cuando te traje al mundo. Detenida frente a la muerte, troqué mi memoria por tu felicidad, mi salud por la tuya. Y los dioses escucharon, y me dijeron que eras mío. Y te tomé en mis brazos y te amamanté con ese río aceitoso que me brotaba del pecho, y el mar llegó hasta la ciudad y trajo consigo peces nunca vistos que cantaban para tu sueño canciones saladas como lágrimas, y la luna bajó muy cerca y yo agradecí al viento porque lo sentía en tu rostro, y agradecí a la arena porque era el patio de nuestra casa, y también estuvieron las reinas magas con sus regalos de morondanga, asustadas, con los dientes cantando de miedo en la boca. Viniste al mundo por un pasillo de sangre y de hielo, el aliento se hacía nieve en el aire, y vos, rey del invierno, ahí donde van a morir todas las cosas, hiciste renacer mi carne que estaba muerta completamente como un puñado de hierba seca. Tu nacimiento no es menos que este. Y yo no soy menos tu madre por no tener entre las piernas una herida abierta».

Y lloraba y lloraba La Tía Encarna, como si tuviera culpa por no haber sido madre de aquel modo, como estaba ocurriendo en el cuarto de al lado. Como si

la lastimara el hecho de que Laura estuviera pariendo y el parto fuera como eran todos los partos. O tal vez eran celos, porque nosotras nos habíamos olvidado un segundo de mirarla, porque ahí al lado algunas alentaban la vida. Y que no se terminara nunca aquello.

Pero para La Tía Encarna todas las travestis éramos Yerma. Todas estábamos resacas como una acequia olvidada, la única fértil, la única a la que alguien le había susurrado como un secreto esos dos pajaritos en el vientre, era Laura. Y en ese breve instante de su razonamiento, Laura era la enemiga. Pero nosotras qué íbamos a saber, si estábamos encantadas con la niña y el niño que vimos aparecer en brazos de Nadina, que lloraba como una novia en el altar, mientras Laura, desde la bañera llena de agua adonde había dado a luz, agotada por el dolor y el acontecimiento, decía que era el día más feliz de su vida porque estábamos todas ahí.



Los restos del nacimiento yacían a los pies de la bañera: las tripas y la sangre.

–Qué hermosa placenta –dijo una y todas estallamos en carcajadas que despertaron de su ensoñación a La Tía Encarna.

–¿Ya nacieron? –preguntó, y entonces se acercó con su niño en brazos y le dijo a la madre, con los ojos ahogados en lágrimas, que le habían nacido uno y uno, un casalito perfecto–. Ahora vas a tener con quien jugar –le dijo a su hijo y se volvió de nuevo al sillón, y todas nos quedamos calladas.

Nadina se quedó a cuidar a Laura y sus dos crías durante tres meses. De día era un correcto enfermero y de noche se convertía en una belleza de metro ochenta que dejaba azorados a los transeúntes que se cruzaban con ella.

Las primeras semanas fueron tranquilas, Nadina se encargaba de todo, la madre se recuperaba poco a poco de la locura del parto, las travestis se iban a trabajar y dejaban la casa en silencio. A comienzos del segundo mes nació entre Laura y Nadina el romance más natural y respetuoso que alguna vez vieron nuestros ojos. Nadina se había metido en el corazón de la madre por vía sanguínea, cada vez que se le aparecía vestida de enfermero: alto, silencioso, un hombre capaz de hablar en tres idiomas con una parsimonia de onnagata. Se quedó a vivir con nosotras como quien no quiere la cosa. Laura se había enamorado del enfermero, pero también de la compañera de ruta, que venía en el mismo cuerpo.

Acostumbrada a los hombres, a la enfermiza pasión por las braguetas, Nadina

al principio parecía negarse a ese sentimiento que le anidaba en la garganta y la boca del estómago. ¿Qué hacer con la certeza de que la mirada del otro dice lo mismo que la nuestra, que es posible por un momento amarse con alguien, que es posible salvarse, que la felicidad existe? ¿Cómo iba a saber alguien como Nadina, que había recibido amor sólo de machos golpeadores, que podía existir la suavidad y la ternura de un amor como el que Laura le ofrecía? Pero fue más elocuente la presencia de Laura y los bebés, y el improvisado José que llegó a sus vidas se entregó por completo a ellos y todo fue para mejor.

Laura no volvió al Parque. Para eso había ahorrado, para poder quedarse en

casa con sus hijos, a los que bautizó Nereo y Margarita. Ambos recibieron el apellido de Nadina, que los reconoció ante la ley como padre. Nadina tampoco volvió al Parque. Se dedicó a cuidar a viejos moribundos, como enfermero. Por las noches, aquellas dos mujeres se recostaban en la cama con los bebés en medio y miraban la novela y hablaban de nosotras, las que habíamos quedado en el Parque, y decían: mañana invitémoslas a cenar.

Todas las que creíamos conocer a Nadina y saberlo todo de las travestis no teníamos palabras para su historia con Laura. No queríamos ni imaginar cómo tenían relaciones, de sólo pensar en una vagina nos venía a todas un mareo y un escalofrío de rechazo. Pero ellas se amaban, cada noche, no sabíamos el secreto pero sabíamos que era así, por el saludable aspecto que exhibían la piel y el pelo de ambas.

A los tres meses, Nadina decidió llevarse a la familia a la casa de su difunta madre, en Unquillo, a unos cuarenta kilómetros de la ciudad. Y allá se fueron, a empezar de nuevo en las sierras que rodeaban la capital. Pusieron un negocio de artículos de limpieza. Cada tanto, Laura aparecía por el Parque con su mochila llena de comida, pero ya no para vender sino para compartirla con nosotras. Y

aunque había abandonado la costumbre de manotearnos la entrepierna, estaba más expansiva que nunca, como si el amor le hubiera quitado todas las capas de resistencia al mundo, porque sus hijos crecían fuertes y sanos.

Mientras tanto la vida seguía, y El Brillo también cobraba fuerza día a día. Lo poníamos al sol del invierno para que se cargara de vigor. La Tía Encarna estaba mansa, nos trataba bien, organizaba los ñoquis del domingo, no había vuelto al Parque a trabajar. Sabíamos que tenía una pequeña fortuna, engordada con la herencia de su novio muerto. Se contaba en voz baja que cierto varón, que quiso alguna vez arrebatarse una pieza del tesoro, se había quedado literalmente sin una mano, porque La Tía Encarna se la había cortado con un hacha. Ella misma había partido después al Hospital de Urgencias con el mutilado y más tarde fue

solita a la comisaría a declarar que todo tenía una explicación, que lo había hecho en defensa propia. Y les cayó tan bien a los policías que le tomaron declaración y la dejaron ir, no sin antes preguntarle por su parada, porque a

pesar de sus moretones y su mejilla cortada, La Tía Encarna era la ferocidad de la belleza. No la belleza entera, sino una fracción doliente e inolvidable: la más feroz.

La Tía tenía un puñado de joyas compradas a lo largo de su vida: unos cristales Swarovski, un anillo de oro rojo (el oro más lindo del mundo), un par de aros de esmeraldas, un rubí de verdad, una serpiente engarzada en diamantes.

A veces, para demostrarte su confianza, te tomaba de la mano y te llevaba a su cuarto verde, y sacaba de abajo de su cama la olla donde tenía las joyas y te decía: «Mirá, mirá cómo te resalta a vos el lapislázuli. Quién sabe cuando me muera te sorprenda con una herencia». Pero después te enterabas de que a las otras les había dicho lo mismo y entendías de qué iba todo aquello.

Se trataba de mendigar amor, ese monstruo espantoso. Todo se reducía, en el fondo, a la fiebre del amor. Pedir amor, suplicarlo de mil maneras, con las astucias más egoístas y más falsas que se pudiera concebir, todo valía. Pero nosotras nos mantuvimos a su lado igual. Cuando una puerta se cierra, se abre una ventana, pero hay que ser muy ágil para entrar o salir por la ventana. La muerte de su mejor novio envolvía a La Tía Encarna como un rebozo, y le complicaba la vida a todo el mundo como una niña malcriada. Pero quién de nosotras se atrevía a decirle algo. Además, el niño la había amansado con su sola existencia, tenía el conjuro exacto para cada herida. El Brillo de los Ojos le había devuelto la memoria. Se sentaba en la terraza a fumarse un porro y mirar fotos viejas y, como era tan vieja, sus fotos más antiguas eran de cartón grueso, ajado, con imágenes en sepia, donde ella lucía suntuosos vestidos de princesa. Siempre había sido monárquica La Tía Encarna.

A los cuatro, a los seis, a los diez años, yo lloraba de miedo. Había aprendido a llorar en silencio. En mi casa y con un padre como el mío, estaba prohibido llorar. Se podía guardar silencio, descargar la rabia mientras se hachaba leña, golpearse con otros niños del barrio, pegarle puñetazos a las paredes, pero nunca llorar. Y mucho peor, llorar de miedo. De manera que aprendí a llorar en silencio, en el baño, en mi cuarto, o camino al colegio. Era el uso privado de eso que sólo estaba permitido hacer a las mujeres. Llorar. Me regocijaba en ese llanto, me permitía ser la protagonista de mi melodrama marica.

¿Cómo no llorar con un padre que bebía siempre más allá del límite? ¿Qué otra cosa podía hacer más que aprender a llorar? Su violencia después del alcohol me aterraba. La casa vacía también. La casa sin mi mamá, la posibilidad de que hubiera muerto por la calle sin que yo lo supiera.

Mis papás se habían casado muy jóvenes. Tuvieron un noviazgo breve, que mi mamá recordaba con nostalgia porque en esos primeros meses él le parecía el hombre más atento y protector del mundo, recién separado, con dos hijos pequeños de su matrimonio anterior. Ella era huérfana de madre desde la adolescencia y no tenía padre. Había sido criada por sus abuelos en una casa donde tuvo que rebuscárselas como pudo, en una época en la que todo era injusto para las mujeres, especialmente para las mujeres huérfanas como mi mamá. La madre de mi mamá había muerto a causa de un aborto y el hombre que la obligó a abortar en aquellas condiciones vivió en la casa contigua a la de mi mamá hasta que ella se fue a vivir con mi papá y se convirtió en concubina.

El miedo lo teñía todo en mi casa. No dependía del clima o de una circunstancia en particular: el miedo era el padre. No hubo policías ni clientes ni crueldades que me hicieran temer del modo en que temía a mi papá. En honor a la verdad, creo que él también sentía un miedo pavoroso por mí. Es posible que ahí se geste el llanto de las travestis: en el terror mutuo entre el padre y la travesti cachorra. La herida se abre al mundo y las travestis lloramos.

Un día me desmayé en la calle, no supe por qué. Desde la adolescencia tenía desvanecimientos ocasionales. Esta vez me desperté con el brazo aterido, confusa y dolorida. Me había caído sobre mierda de perro y nadie me había levantado; la gente esquivaba el cuerpo de la travesti sin atreverse a mirarla. Me puse de pie, untada en mierda, y caminé hasta mi casa con la certeza de que lo

peor había pasado: el padre estaba lejos, el padre ya no incidía, no había motivo para tener miedo. La desidia de la gente ese día me ofreció una revelación: estaba sola, este cuerpo era mi responsabilidad. Ninguna distracción, ningún amor, ningún argumento, por irrefutable que fuese, podían quitarme la responsabilidad de mi cuerpo. Entonces me olvidé del miedo.

En las noches de mi infancia escuchaba a mis papás pelearse a golpes. Todo es espejo: busco la violencia, la provoco, estoy sumergida en ella como un baño bautismal. Soy una prostituta que anda por las calles de noche cuando las mujeres de mi edad duermen en sus camas. Camino por la calle, incluida en los planes de la violencia pero también en los planes del deseo. Participo de eso repitiendo la violencia que me vio nacer, el acostumbrado ritual de volver a los padres, de volver a ser los padres, de resucitar todas las noches ese muerto. Las noches en que mi mamá llora mientras espera a su esposo, las noches en que los clientes no llegan, los amantes engañan, los chongos golpean, las noches de mi mamá fumando a oscuras, mirando las sombras, las noches de meterse en el cuerpo todo lo que nos expanda, todo lo que nos endurezca, la armadura de la sombra, la sombra de no saber cuál es verdaderamente el enemigo en esta vaina.

La ignorancia que ataba a mi mamá a la enfermedad de ese matrimonio y a mí a la enfermedad de mi matrimonio con el mundo, la ignorancia que ahoga hasta el mareo, el derrumbe de mi madre que yo prolongué en mí, como un animal atrapado en una cueva. Mi mamá con un niño auestas que ya comenzaba a decepcionarla, pobre madre: el niño afeminado que no cedió a los cintazos, al castigo, a los gritos y cachetadas que intentaban remediar semejante espanto. El espanto del hijo puto. Y mucho peor: el puto convertido en travesti.

Ese espanto, el peor de todos.

Yo digo que fui convirtiéndome en esta mujer que soy ahora por pura necesidad. Aquella infancia de violencia, con un padre que con cualquier excusa tiraba lo que tuviera cerca, se sacaba el cinto y castigaba, se enfurecía y golpeaba toda la materia circundante: esposa, hijo, materia, perro. Aquel animal feroz, mi fantasma, mi pesadilla: era demasiado horrible todo para querer ser un hombre.

Yo no podía ser un hombre en ese mundo.

El niño maricón se queda en un rincón para mirar a su madre leer las revistas mientras fuma. Una mujer tan joven. Una mujer que, por la edad, bien podría ser su hermana. El niño ha escuchado a su madre llorar. El horror de un

matrimonio como aquel, basado en la fuga de la madre de su propia familia, la enorme responsabilidad que tiene el padre con una mujer como esa, una mujer que no sabe tomar decisiones, que no toma decisiones, o toma una única decisión: que el esposo decida por ella. Cómo no escucharla cuando lloraba, eso es imposible en la pobreza: todos los cuartos se comparten.

La mujer hojea tristemente las revistas donde aparece la vida que nunca tendrá, los privilegios de los que nunca gozará. Y llora: porque el marido le es infiel, porque el marido la maltrata, porque es imposible esa realidad, no es lo que soñaba, no coincide con su fantasía.

Desde su rincón, el niño la dibuja. Afuera, el monte hace su parte. Dan ganas de llorar. El niño no sabe consolar a la madre. Entonces la dibuja. Y mientras la mira, para poder copiarla en su cuaderno, parece decirle que se vaya, que se anime a irse lejos a vivir como jipi, que es lo que a ella le hubiera gustado. Que se busque otro hombre que no la insulte, que no la golpee, que disfrute de la comida que ella le prepara, que quiera a su hijo. Un hombre que no beba, por sobre todas las cosas, que no se convierta en un monstruo cada vez que se pasa con el vino. Un hombre que no le pegue a tu hijo, que no lo desprecie, que no le tenga asco y rabia y celos, que no lo torture si lo encuentra vistiéndose con tu ropa. Un hombre con quien hablar en la mesa, un hombre que no te obligue a estar en silencio cuando mira los noticieros, un hombre que duerma a tu lado, que no se caiga en las zanjas por borracho.

Cuando termina el retrato se lo acerca a su madre. Es hermoso, dice ella, sin mirarlo, y se pierde en las noticias de la revista.

Y luego, sin saber cómo, empieza mi camino. Comienzo a observar a mi mamá maquillarse frente al espejo, veo cómo transforma su rostro de mujer decepcionada en el rostro de la mujer hermosa que vio mi papá la primera vez y bastó para enamorarlo. La observo vestirse, embellecerse, completarse con perfume y rubor. Y la observo desvestirse después, por la noche, ponerse crema en el rostro y en las manos.

Mi papá está con su amante, con su otra familia. Nosotras sobrevivimos como podemos a su abandono. Mi mamá hace frente a su condición de ser un apéndice en la vida del esposo. Se ha convertido en la otra, la que recibe a su

amante de cuando en cuando. Pero yo la veo maquillarse y aprendo. Y cuando me quedo sola repito su ritual frente al espejo, me pruebo su ropa, soy un poco mi mamá yo también. Me pinto y veo el rostro de la puta que seré más tarde en el rostro del niño. Me miro al espejo y me deseo, así pintada con las pinturas de mi mamá, me deseo como nunca nadie me deseó.

Y hago algo más: me manoseo como una puta muy pequeña con mi vecino de enfrente. Tenemos la misma edad y jugamos al papá y a la mamá. Yo ya soy consciente de ser la mamá en todo este asunto.

Todas queríamos ser madres, era curioso hasta qué punto todas queríamos lo mismo.

Se ejerce la prostitución casi como una consecuencia. Durante toda tu vida te auguran la prostitución. El padre sentado a la punta de la mesa, entregado a devorar el seso de un cabrito con pan y vino, el padre que llena de grasa todo lo que toca y te repite una y otra vez cuál será tu destino:

—¿Sabe usted lo que tiene que hacer un hombre para ser un hombre de bien?

Tiene que rezar todas las noches, formar una familia, tener un trabajo. Difícil va a ser que consiga usted trabajo con la pollerita corta, la cara pintada y el pelito largo. Sáquese esa pollerita. Sáquese la pintura de la cara. A azotes se la tendría que sacar. ¿Sabe de qué puede trabajar usted así? De chupar pijas, mi amigo.

¿Sabe cómo lo vamos a encontrar su madre y yo un día? Tirado en una zanja, con sida, con sífilis, con gonorrea, vaya a saber las inmundicias con las que iremos a encontrarlo su madre y yo un día. Piénselo bien, use la cabeza: a usted, siendo así, nadie lo va a querer.

Comienzo a bailar en boliches de la ciudad y de otros pueblitos cercanos.

Somos dos chicas y yo. Tengo dieciocho años. Todavía me resisto a ser una puta que cobra por su trabajo, esto es más tolerable. Las chicas son un amor, guapas y solidarias, les da curiosidad mi existencia travesti, preguntan todo y yo les respondo con paciencia. Nos bautizamos Hembras. Somos una compañía de bailarinas de la noche. Sólo a veces hacemos striptease. Somos

jóvenes, tenemos cuerpos deseables. Lo sabemos y sacamos ventaja de eso.

La noche era más dañina que cualquier otra cosa en ese entonces. Vivir de noche envejece, entristece. La noche es la puerta abierta al mundo donde todo es

posible. Hay cosas que no pueden ocurrir a la luz del día. Y ahí ando yo, a mis dieciocho años, ganándome la vida en aquellos boliches, ligera de ropa, con pocos conocimientos de danza, pero con confianza en mi swing y coraje para afrontar todos los ritmos. Tengo la determinación de no convertirme en prostituta, creo que puedo lograrlo, no terminar como todas. Pero también me pregunto quién soy yo para no acatar el destino que todas acatan. Soporto las groserías del público, los manoseos irrespetuosos, la paga miserable, todo para no convertirme en un cliché. Quiero ser estúpidamente única, pero la verdad es que mi cuerpo ya ha comenzado a venderse, ya está en el mostrador: artículo más o menos deseable, dependiendo del cliente.

Creía que no había riesgo de ser mancillada en esa oferta descarada del cuerpo desde la tarima donde bailábamos. Pero yo ya había tenido sexo, con y sin consentimiento; yo ya estaba, como quien dice, curtida. Era un cuero seco, viejo y duro, dentro del cuerpo de una criatura de dieciocho años.

Al principio me travestía en casa de alguna amiga que, a escondidas de sus padres, me permitía la magia de convertirme en mí misma. Transformar en una flor carnosa a aquel muchachito tímido que se escondía en las maneras de un estudioso. La cosa comenzó a alcanzar proporciones inaceptables en un pueblo y, muy pronto, ninguna amiga estaba dispuesta a correr riesgos por mi capricho.

Entonces decidí no depender de nadie. Aprendí a coser. Con cualquier retazo que se me cruzara en el camino: sábanas viejas, cortinas en desuso, ropa descartada por mi mamá, mis tías, las abuelas, todo me servía. La ropa que hacía era rudimentaria y estaba torpemente cosida, pero ya no tenía que pedirle prestada a ninguna su ropa de niña buena. Me vestía como una puta, a los quince años. No me vestía, me desvestía con esas prendas recicladas. Esa fue mi primera independencia, mi primera rebelión. La siguiente fue conseguir un lugar donde cambiarme.



A pocas cuadras de mi casa, había una construcción abandonada, que estaba así desde que llegamos al pueblo. En esa casa a medio hacer encontré escondite para mi mundo de mujer, ahí dejaba mi ropa, mis zapatos, mi maquillaje, una linterna y velas, para poder escaparme cuando quisiera y dejar de ser Cristian.

En invierno la cosa era un poco más cruel, pero no importaba. En esa casucha desnuda y desprotegida, hecha carne con la helada, procedía a mi metamorfosis con felicidad, con euforia. El ritual comenzaba en la casa de mis viejos,

afeitándome las piernas debajo de la ducha. Continuaba con las mentiras necesarias para que me dejaran salir. Partía como un varoncito tímido de mi casa, bajo las amonestaciones de mi papá, que fijaba hora de retorno y protocolo de comportamiento, y cuando nadie me veía, me colaba en mi palacio de ladrillos sin revocar y procedía a convertirme en Camila.

El par de medias robado a mi abuela, el vestido que cosí con una cortina que olía a matamoscas, el maquillaje que descartaban mis compañeras, mis primas, mi mamá. El perfume que me escondí en el bolsillo cuando se distrajo la mujer de la farmacia. Los zapatos que logré comprar a escondidas, después de dos años de ahorrar cada moneda que me daba mi papá para el recreo. Era una ladrona, sí.

¿Qué otra opción tenía? ¿De qué otra manera hacer posible aquel ritual, si no era a través de robos, engaños, mentiras? No podría haber sobrevivido sin esos pequeños crímenes a la propiedad privada de quienes me rodeaban. Todos colaboraron sin saberlo con esa niña que salía de noche a pasear su culo joven por aquellas veredas que de día recorría vestida de varón, caminando como varón, protegida en ese varón que quería ser invisible.

Camila está hecha de pequeños delitos. Primero a la madre, a las tías y primas, después a mis compañeras de baile y después a los clientes. Sobre todo a los clientes.

Una noche, cuando tenía diecisiete, salí a bailar. Me escapé por la ventana de la cocina. Había dejado la ropa para cambiarme guardada en un bolso, en la construcción abandonada. También había dejado velas y una linternita. Y los

maquillajes. Era invierno. Los inviernos en aquel pueblo eran crueles, podía hacer quince grados bajo cero sin esfuerzo, las heladas caían como un manto asesino y silencioso en el valle.

Como era un maricón mentiroso, podía escaparme sin problemas cada vez que lo deseaba. Me quedaba despierta, en el medio de esa nada que era aquel pueblo en esos años, con los ojos abiertos clavados en mi quimera negra, esperando oír roncar a mis padres su sueño cansado. El sueño cansado, exhausto, después de la vigilia enteramente dedicada al sufrimiento de poner una piedra encima de la otra para tener un techo donde guardarse a sufrir igual que los que no tienen nada.

En cuanto los oía roncar salía en puntas de pie, con las zapatillas en la mano, y saltaba por la ventana al frío cortante de las calles. Me cambiaba a la luz de

dos velas, con la linterna encajada en un hueco de la pared. Me pintaba como podía, con un espejito de mano que le había robado a mi mamá en un descuido.

En esa época iba a bailar al mismo boliche donde iban todos mis compañeros de escuela. Mis compañeros rara vez me saludaban, mis amigas se escurrían discretamente entre la gente, el resto me empujaba cuando avanzaba entre ellos, alguno me ponía el pie para que me tropezara, otro me quemaba el vestido con un cigarrillo, pero yo seguía adelante, en sintonía con mi mundo, y me ponía a bailar en el único lugar que quedaba donde no me molestaban: los reservados.

Ahí donde mis compadres y comadres iban a besarse con descaro, ahí donde sucedían todas las cosas que realmente importaban en la noche, ahí bailaba yo.

Pero no en un rincón, no: bailaba de una punta a la otra de los reservados, entre los infieles, los calentorros y los desesperados, llena de vida, de desesperación, llena de una mujer que no iba a detenerse.

Esta rutina de escaparme de casa para travestirme duró casi dos años, desde los quince hasta pasados los dieciséis. En el medio me negaron la entrada al boliche donde iba: alguna zorra había dicho que me encontraron orinando de

parada en la pileta del baño de mujeres. Le creyeron a ella, por supuesto. El dueño me dijo no muy amablemente que no volviese, salvo que fuera vestido de varón. Empecé entonces a salir a pasear por el centro nomás, a que todos me vieran, a que toda esa turba de brutos serranos me viera bien vista, y después hacía el mismo camino a la inversa hasta terminar en mi habitación.

Esa noche, salí como todas las noches de aquel invierno a dar mi vuelta por el pueblo. Estaba estrenando unos zapatos de nobuk que eran como unos mocasines con taco alto, muy de moda en esos años; había sacrificado mis meriendas de un año para poder comprármelos. Pero en el camino se me rompió el taco del zapato izquierdo y tuve que emprender la retirada con los zapatos en la mano, pisando tan sólo con las medias aquellas veredas heladas.

No me había dado cuenta de que me seguía una camioneta de la policía.

Cuando me salí de la avenida por una de las calles laterales que llegaba hasta mi casa, el patrullero se detuvo a mi lado. Me preguntaron adónde iba y si tenía documentos. Yo respondí que a mi casa, que no tenía el documento y que se me había roto el zapato.

—Nosotros no podemos dejar que un menor ande a estas horas suelto en la calle. Te vamos a tener que llevar hasta tu casa.

El terror de imaginarme a mi papá en la puerta de calle mientras yo descendía del patrullero, en un vestido hecho a mano con las cortinas que misteriosamente habían desaparecido de casa. Les contesté que no había problemas, que ya llegaba, que mi casa quedaba a una cuadra, que muchas gracias, y abrí el portón de una casa al azar y me metí como si fuera la mía, hasta que oí desaparecer al patrullero.

Cuando se fueron seguí camino a casa, pero al doblar en una esquina, el patrullero aceleró desde la nada y volvió a arrimar su potencia a mi cuerpo travesti. Dentro iban dos policías y un civil.

—Vos sos el hijo de Sosa.

—Subí, te vamos a llevar a la comisaría.

–¿Tu papá no sabe que andás así vestido?

Respondí que no.

–Bueno, le vamos a tener que decir. No podés andar así, es una contravención.

Yo comencé a llorar.

–No llores y subí. No llores que no pasa nada –dijo el que manejaba. Y en vez de enfilar para la comisaría, enfiló directamente al río.

No dije una palabra hasta que detuvieron la camioneta. Ellos dijeron que me podían dejar cerca de casa sin que mi papá se enterara de una sola palabra de lo que había pasado esa noche, si yo era amable con ellos.

Yo pensé en todas mis compañeras de secundaria, locas de curiosidad por la primera vez, las muchachas que iban con sus secretos por los patios del colegio, secreteándose lo maravilloso que era hacer el amor por primera vez con alguien que te ama. Incluso mis compañeros hablaban de un dolor mágico que tenían las chicas, un dolor sagrado que era el dolor de la primera vez. Y ahí estaba yo, en medio de la noche, adentro de un patrullero, a punto de saber qué clase de dolor sagrado significaba perder la virginidad.

Esa noche debuté, con dos policías y un civil que sospecho también era policía. Tuve sexo con ellos por terror al castigo de mi papá. Preferí perder la virginidad, si es que supone una pérdida, a enfrentar la rabia paterna al enterarse de que su hijo salía a mariconear vestida de mujer. A la vista de sus amigos, de sus clientes, de los hijos de sus amigos y clientes, de los vecinos, de los hijos de los vecinos. Sin importarle una mierda la reputación de su padre.

Fue sencillo, rápido, económico y sin daños a terceros. Se turnaban. Fue en el asiento de atrás, para que hubiera espacio, y mientras uno lo hacía, los otros se fumaban un cigarro esperando su turno.

Cuando terminaron me llevaron tal como habían prometido hasta la esquina de casa y me bajaron con la orden escueta y sencilla de que nunca jamás

hablara sobre esa noche.

Esa semana en el colegio, me moví como un ánima que ha perdido su lazo con el más acá. Casi no podía caminar, en parte por el dolor, los músculos desgarrados, y en parte por el peso del secreto y de la culpa, la sensación de traición irreversible a mí misma. Pensaba que si realmente hubiera tenido coraje, tendría que haber ido a la comisaría con los zapatos en la mano y esperar a mi papá sentada en un banco hasta que me fuese a buscar. Dar la cara por todo lo que me pasaba por dentro. Sin embargo, cedí a la manipulación. Estuve ahí, participé de eso. Era mi decisión y tenía derecho a tomarla. No podía culparme por eso, pero lo hacía, elegía ser la culpable de mi propio dolor, de esa sangre que me salía del culo cada vez que iba al baño, por haber sido penetrada por primera vez por tres hombres consecutivos.

Desde ese día mi cuerpo cobró un valor distinto. Dejó de ser importante el cuerpo. Una catedral de nada.

Las Villada, las mujeres de mi familia, comenzaban muy jóvenes a trabajar como mucamas por hora. Algunas incluso trabajaban como mucamas cama adentro. Eran todas morenas y todas guapas. Pero mis abuelos criaron a sus hijas para ser mucamas, además de esposas y madres. Fue lo único que les enseñaron, además de ser buenas personas y no quedarse jamás con nada que no fuera suyo.

Nunca las alentaron a estudiar, nunca las alentaron a tener una vida independiente.

Es un recurso, el de usar el cuerpo como herramienta de trabajo. Las hay que se casan, las hay que van a limpiar las casas de otra gente. Gozan de libertad, saben que pueden hacer dinero rápido, que es sólo una cuestión de horas, poner el cuerpo y ya. Un delantalcito humilde y guantes de goma para no dejarse tocar por la mugre de los otros.

Entre las hermanas armaban cadenas de buenos patrones e iban recomendándose, se reemplazaban, se ayudaban, se buscaban a la salida del trabajo y volvían juntas en colectivo. Iban juntas a bailar, se contaban secretos.

Ninguna terminó el secundario. Pero habían sido instruidas para limpiar

inodoros ajenos, tender camas ajenas, cocinar para otras bocas. Y nunca robar nada, no tocar nada que no les fuese propio, no dejarse tentar. Algunas llegaron a escuchar de boca de sus patrones: «Te quiero como a una hija».

Años después, yo voy a terminar limpiando mugres ajenas también: las de mis compañeras de pensión. Para mi infortunio, no era la pensión de La Tía Encarna. Cuando llegué a Córdoba viví en un caserón sobre la calle Mendoza, un caserón de techos tan altos que se podía hacer dos plantas de cada cuarto. El mío tenía ventana a la calle y, para poder pagar el alquiler, llegué a un acuerdo con el dueño. Una vez a la semana limpiaba todo ese caserón, pieza por pieza, y también la vereda.

Una noche sucede. Vivo en aquella pensión de barrio en Córdoba Capital. Al salir de la universidad, caminando por una calle desierta, un auto frena a mi lado y el conductor me pregunta qué estoy haciendo. «Vuelvo de la facultad», le respondo, pero él no me cree, entonces abrevia el trámite y me pregunta cuánto cobro. Arriesgo un número, él acepta. Fue breve, intrascendente, ni siquiera recuerdo su rostro, ni su cuerpo. No es un asunto que merezca su efeméride. Al irme a dormir después no sentí nada, ni culpa ni placer ni enojo. Nada.

Quien duerme aquella noche es la mitad de mí misma. La otra mitad comienza a ser devorada por el destino que le han programado: ser puta.

Una ejerce la prostitución así. El padre ha hecho lo que pide el mundo: le ha pedido de todas las maneras a su hijo maricón que no sea la futura travesti, la gran puta. Que no viva, que negocie con Dios y viva sin vivir, que sea otro, que sea su hijo pero de ninguna manera que sea eso que quiere ser: eso que quiere manifestarse. Pero cómo ocultar esa revelación. ¿Cómo puede una ocultar eso que se da a conocer desde el corazón de la piedra, eso que estuvo oculto toda la vida dentro de esa piedra, esa forma para ser vivida, no sólo manifestada? Esa realidad imposible de rastrear, de saber cuándo comenzó, cuándo se decidió que fuéramos prostitutas.

Pero el cuerpo se adapta. Es como un líquido capaz de adaptarse a cualquier forma. Los músculos se endurecen o se engorda, se blindan. El blindaje es

total.

Los ojos se amurallan. No es posible ser esa prostituta sin antes proceder a una anestesia total.

Llega una noche en que se vuelve fácil. Es tan sencillo como eso. El cuerpo produce el dinero. Una decide el dinero y el tiempo. Y después se gasta el dinero

como se quiera: se despilfarra, tan simple es la mecánica para conseguirlo. Ya hemos tomado las riendas. Ya nos hemos hecho cargo de nuestra historia, de la decisión que han tomado todos y cada uno: que seamos prostitutas. No importa nuestra edad. No importa si María es sordomuda, si La Tía Encarna tiene ciento setenta y ocho años. No importa si somos menores, si somos analfabetas, si tenemos familia o no. Lo único que importa es la vidriera. El mundo es una vidriera. Nos prostituimos para comprar en cuotas todo lo que ofrecen sus escaparates.

Una sola noche y basta, una noche y el dinero viene a nuestras manos, a nuestras carteras. Al otro día pagamos el alquiler, tranquilizamos la coquetería.

Una noche y ya podemos ser como ellos, las hijas pródigas van a comprar, a saldar deudas, golpean las puertas de los negocios como bestias de consumo.

Pagamos al contado. No podemos deberle a nadie. Nos mantenemos aisladas, apenas una manada pequeña que merodea los márgenes del mundo. Juntamos dinero y se lo damos a ellos, los mismos que cada noche nos devoran. Es posible que se den esos banquetes gracias a nuestro aislamiento. Lo aprendo muy pronto, somos necesarias en el deseo, en el deseo prohibido de los habitantes de la tierra por nosotras. Debe estar prohibido como un castigo eterno, por decidir no cumplir con el mandato. Para castigarnos dicen: no las desearán. Pero no podría funcionar la vida sin nosotras ahí, por fuera de todo. Se derrumbaría la economía, la existencia salvaje devoraría todas las normas si las putas no dieran su amor carnal. Sin las prostitutas, este mundo se hundiría en la negritud del universo.

Antes de conocer a las travestis del Parque, mi historia se reduce a la

experiencia de la infancia y a ese travestismo por instinto al que me expuse siendo niña todavía. Hasta que me cruzo con ellas no sé nada al respecto, no conozco a otras travestis, no conozco a nadie como yo, me siento la única en el mundo. Y lo soy, en el mundo en que me desplazo de día: la universidad, las aulas de Comunicación Social y luego las del Departamento de Teatro de la Escuela de Artes. Mi mundo entero son los varones y las mujeres que conozco en la universidad, y los clientes por las noches.

Las salidas solitarias se vuelven frecuentes. No es sólo necesidad de dinero, es la curiosidad, el vértigo de derramarse en un destino. Voy en busca de los clientes, soy joven, sé contar historias y mentir, les hablo cuando cojo, les cuento historias pornográficas. Me subo encima de ellos, los cabalgo y les cuento que siendo muy muy niña un señor mayor me sentó en su falda y me hizo jugar a la amazona y el corcel. No hay nada que les retuerza más el morbo que fantasear con niñas abusadas. Explotan dentro de mí, que soy casi una niña, no he cumplido todavía la mayoría de edad. Una geisha comechingona, eso soy.

Encuentro esa veta en la contienda salvaje que es mi rubro.

Pronto empiezan a ocurrir pequeñas tragedias que empañan el negocio.

Pequeñas crueldades por parte de los clientes. Un regateo aquí, un billete falso allá, un golpe en un auto, una brutalidad en la cama. Mis compañeras de pensión comienzan a murmurar sobre la puerta que se abre a las tres de la mañana y mis vigiliias en el balcón de mi pieza a la caza de incautos. Entonces comienzo a buscar zonas rojas.

El Abasto es feroz. La Cañada es para las antiguas, las viejas llevan años ahí.

El Parque se ofrece como un lugar lleno de árboles que crecieron solos, árboles que fueron puestos ahí por el azar y echaron raíces profundas y dieron cobijo a los pájaros, sin la ayuda de nadie. Y a ellas, las putas travestis que son tan necesarias como los árboles.

Las veo de lejos reír a carcajadas. La que más ríe es La Tía Encarna. Me arrimo de a poco. Me siento en un banco que hay cerca de ellas. Las muchachas me observan, cuchichean, alguna me insulta.



Al cabo de un momento, Laura, la embarazada con pasto en el pelo, se acerca y me pregunta qué hago ahí. Yo disimulo, digo que espero a alguien. Ella no me

cree. Me pregunta mi nombre. Me pregunta si soy concha y entrecierra los ojos, afina la córnea para descubrir mi filiación. Cuando le confieso que soy travesti me abraza, me lleva casi a la rastra hasta el centro del grupo y me presenta.

La lluvia de chanzas y burlas es la manera de decir bienvenida. Nadie entiende eso: nadie entiende ni los límites ni los mecanismos de confianza y desconfianza en la intuición travesti. Esa misma noche, la noche que me aceptaron en el grupo, la noche de mi bautismo, por compasión, porque no podían creer lo pequeña que era, La Tía Encarna contó una de sus tantas vidas: cómo había llegado de España huyendo de Franco, con tal mala suerte que en la Argentina la recibió el golpe de Onganía. «Aquí tengo una bala», dijo, y se señaló la rodilla. «Y aquí tengo otra», y se señaló el muslo. Llevaba las balas puestas.

Me preguntó el nombre varias veces esa noche, parecía olvidarlo al instante de escucharlo, algo que es habitual. A las travestis no nos nombra nadie, salvo nosotras. El resto de la gente ignora nuestros nombres, usa el mismo para todas: putos. Somos los manija, los sobabultos, los chupavergas, los bombacha con olor a huevo, los travesaños, los trabucos, los calefones, los Osvaldo cuando mucho, los Raúlés cuando menos, los sidosos, los enfermos, eso somos. El olvido de mi nombre por parte de La Tía Encarna era una muestra más de esa amnesia general a los nombres propios de las travestis, aunque ella lo adjudicara a los golpes recibidos en la cabeza. Yo le repetía una y otra vez, Camila, Camila, y ella sonreía y decía que era un nombre muy bonito, muy de mujer, aunque yo sabía lo que significaba mi nombre: la que ofrece sacrificios.

Cuando les conté que era de Mina Clavero, unas se llevaron la mano a la boca para contener la sorpresa y otras dijeron conocer mi pueblo y dieron fe de la belleza de su río y de sus cerros. Me preguntaron cómo era ser travesti en un pueblo y yo contesté que era fatal, que era igual a morirse, pero que no había nada más alucinante en el mundo. Ser única, eso era alucinante. Me preguntaron qué tal los machos y yo contesté que muy brutos, guardándome

los secretos de mis derroteros sexuales. Entonces La Tía nos levantó en peso, dijo que era de maricas andar preguntando por los chongos, en lugar de preguntar lo importante: si quería calentarme el garguero con un trago de whisky o emparchar la somnolencia con un saque de cocaína.

Le habían matado al marido en España y, en el barco que la traía como polizona, cargando una maleta de cuero que había sido de su suegra, decidí no morir de tristeza, no arrojarse al océano y sobrellevar su existencia lo mejor posible.

–No te dejes pegar en los riñones, poné las piernas, el culo, los brazos, pero no te dejes pegar en los riñones –me dijo. Ella orinaba sangre desde hacía mucho tiempo. No iba al doctor porque decía que los doctores siempre trataban mal a las travestis, las hacían sentir culpables de todos los males que las aquejaban.

Inmediatamente noté que todas estaban a sus pies y que, en caso de peligro, ella era quien se ponía delante de los golpes. Me arrebujé bajo su ala, bajo sus plumas iridiscentes. Aquella pájara multicolor nos protegía de la muerte.

De a poco fui plegándome a aquella manada que se desplazaba furtiva hasta el Parque. Era la más pequeña, la más ingenua. No tenía idea de nada. Pero esas travestis daban su sabiduría como daban todo lo que tenían en la cartera a quien las tratara con respeto. El corazón travesti: una flor de la selva, una flor henchida de ponzoña, roja, los pétalos de carne.

La Tía Encarna se emborrachaba con licores de todos los sabores. Extrañaba su tierra, extrañaba España, y eso le causaba un sopor alcohólico que la hacía hablar despacio y decir incoherencias. Hasta la llegada del Brillo, la única cosa buena que le pasaba eran esos estados de alcoholismo hondo que la hacían a hablar de sus padres, de las campanas de la iglesia, de su esposo muerto a manos del franquismo. «Te quiero como a una hija», me dijo una vez. Y me estrechó como hacía mi mamá frente a la violencia de mi papá.

Todos admiran a los alcohólicos. Pero quien tiene un padre alcohólico y resentido le tiene miedo al espíritu del vino. El mío perdió su brillo en los vasos de vino blanco que se tomaba en esos bares de mala muerte del pueblo, rodeado de borrachos crueles que no le aportaban más que crueldad a su

existencia herida. Volvía desfigurado de alcohol por las calles del pueblo, en su auto destartado o en su bicicleta de heladero, con un ángel aparte que lo protegía, el duende del vino supongo, que lo había tomado como huésped.

Sólo una vez rodó a una zanja y ahí se quedó dormido, con la bicicleta encima. Mi mamá y yo fuimos a ayudarlo a ponerse en pie, muertas de vergüenza, y de cansancio, a la vista del pueblo que aprovechaba para señalarnos con su dedo acusador. Estábamos marcadas por el alcoholismo de mi papá, éramos una familia vergonzosa. Aunque, a pesar de su alcoholismo, a pesar del horror, él se levantaba cada mañana antes que el sol para salir a trabajar.

Inexplicablemente, su cuerpo resistía todo ese veneno que se inculaba sin precauciones cada noche hasta desvanecerse.

Mi papá y mi mamá sentían vergüenza de mí. Les avergonzaba tener un hijo gordo y afeminado que no sabía defenderse, que prefería quedarse encerrado mirando televisión o leyendo un libro a jugar al fútbol con los muchachotes del barrio. Cuando venían visitas, él se encargaba de poner el tema sobre la mesa como un castigo. Eran los peores momentos de mi vida, cuando venían mis medio hermanos a pasar las vacaciones, o cuando venían mis primos, porque yo siempre era el peor: «¿Ves? Él sí sabe defenderse. Él sí sabe jugar al fútbol. Él sí tiene una novia».

Pero yo también sentía vergüenza de ellos. Vergüenza de nuestra miseria, de nuestra distancia de la belleza, de las borracheras de mi papá paseadas por el pueblo como una bandera, de tener que trabajar desde los ocho años vendiendo cosas por la calle, por la necesidad de mi padre de que su hijo sirviera para algo.

Yo no pertenecía a aquella familia, estaba desterrada por ser quien era, yo no pertenecía al núcleo que formaban ellos dos.

Y por fin llegó el día del bautismo del Brillo de los Ojos. Se hicieron tortas, se cocinaron manjares, la mesa estaba repleta de bocaditos de todos los colores y sabores, en las copas se derramaba champán, clericó y sidra para las más gronchas, y gaseosas y jugos para las más niñas. Las guirnaldas sobre las cabezas, las travestis con sus mejores galas, los chongos muy educados,

porque sólo habíamos invitado a los menos adictos, a los que salían bien en las fotos.

María la Muda estaba encerrada en su cuarto y no quería salir. Desde que había llegado el niño a la casa, María no daba abasto con sus responsabilidades.

La Tía Encarna le había ofrecido un sueldo fijo para que lo cuidara y estuviera siempre a disposición, con el beneficio adicional de no cobrarle más el alquiler.

Para María, eso significaba dejar la calle y estar tranquila en casa hasta que el niño creciera, o lo reclamara la policía, o La Tía Encarna se decidiera a devolverlo al mundo.

La propuesta era tentadora, pero también suponía perderse las charlas durante la espera en el Parque, los vicios compartidos, los clientes apuestos y generosos, la explanada donde manifestar nuestro salvajismo. Durante muchos días María rumió la propuesta e hizo cuentas, las borró y volvió a hacerlas otra vez, hasta que fue a La Tía Encarna con la propuesta mejorada. Sí, sería la niñera del Brillo de los Ojos, a cambio de renunciar a ser prostituta, tal y como le había pedido la dueña de casa, pero también quería dos cosas: el prendedor con forma de

serpiente y el derecho a ser visitada en su cuarto por un noviecito que la festejaba, un basurero joven que la volvía loca.

La Tía Encarna aceptó el trato, le dio el prendedor y María pasó a cuidar del niño día y noche. Como María era de paciencia corta, La Tía Encarna necesitaba todos sus artificios de autoridad para amedrentarla. Pero todas pensábamos que era una suerte que hubiera entre nosotras una mujer como ella, porque era la única capaz de mantener la casa un poco sobre la tierra, no mucho, por el peso de su razón, por su instinto de ahorro, su política de no tirar nada que pudiera reutilizarse. Además, le caía en gracia al niño, que vivía entre nosotras sin haber sido presentado aún a las Diosas Travestis que nos protegían desde nuestro cielo.

María le hablaba en su lenguaje de señas y El Brillo no podía más que mirarla

con asombro y diversión. Podíamos oír la cascada de su risa desde cualquier rincón cuando estaba con María, la risa se desplazaba por el aire y nos tocaba, y era tan alegre, tan decididamente viva, que inmediatamente sintonizábamos con su energía. Pero también es cierto que María le hacía bien a cualquiera. Si es cierto que el bien se propaga y se contagia, María la Muda era capaz de hacer felices a las personas.

Como era ella la que conocía arte y parte del funcionamiento de la casa, se nos complicaba muchísimo ser diligentes y efectivas en el desarrollo de la celebración. Y La Tía Encarna nos tenía en ascuas con sus exigencias y sus demandas: «De ese lado no se pone el vaso, y de ese lado no se sirve el vino, y cómo vamos a quedarnos sin bebida en la mesa, y a qué hora condimentan las guarniciones, y quién va a abrir la puerta, y quién atiende ese maldito teléfono».

Bastaba que nos tardáramos un minuto más de lo esperado para que nos echara en cara que las travestis éramos todas tontas por lo mucho que nos pegaban en la cabeza, y a ver dónde estaba María que era la única despierta entre toda esa caterva de hijas bobas que había adoptado.

Me mandaron a mí a buscarla a su cuarto, que para mi gusto era el más lindo de toda la casa, incluso más que la habitación de La Tía Encarna, que era como estar en el corazón de una esmeralda. Las cortinitas de sus ventanas, el grito de su espíritu puesto en esas cortinas de tul con terminación en voladitos que amenazaban con levantar vuelo, el espejo del ropero que ella había cubierto casi enteramente con fotos de Ricky Martin, los ositos de peluche sobre la cama, la foto de su madre en un marco de madera patinado en color pastel y la ropa interior repartida por todo el cuarto como una declamación, como un grito de lo travesti que era María.

«Era como un cabrito»: así describía La Tía Encarna su primer encuentro con

María. Yo también, cuando la miraba, pensaba inmediatamente en los cabritos que habían sido mis mascotas en casa hasta que mi papá los carneó, en una época en que el hambre apretaba el garguero. Como era sordomuda, María emitía esos quejidos que eran como de cabrito doliente. A mí me había parecido inconcebible que no estuviera en aquel bautismo de circo al que todas habíamos llegado con nuestros regalitos humildes. ¿Cómo era posible

que no estuviera allí, con La Tía Encarna y El Brillo, recibiendo a las visitas? Pero no. Se había encerrado en el cuarto y no quería salir. No sirvió de nada rogarle que bajara porque el bendito bautismo estaba por comenzar y La Tía Encarna ya nos estaba volviendo locas. Fue inútil.

Cuando por fin entré, María estaba convertida en un cuerpito de nada, acurrucada en la cama. Me hacía gestos llorosos para que me fuera y balbuceaba en su idioma de cabrito. Pero cuando una travesti llora y te dice que te vayas, es mejor quedarse, porque el dolor de las travestis, las pocas veces que asoma de verdad el dolor de una travesti, es como un hechizo: somete al espectador a un estado de lisergia triste, de pena fosforescente. María finalmente cedió y me llamó a su lado, y se levantó la blusa toda bañada en lágrimas, como debe haber estado el manto de la Virgen María cuando vio morir a su hijo en la cruz, y me mostró todo su costillar izquierdo, del que brotaban unas plumas minúsculas de color gris, como de gallina bataraza.

Lloraba desconsoladamente y a mí lo único que se me ocurrió fue pasarle la mano por las plumas, pensando que se las había pegado con fana. Pero no. Para probarme que las plumas salían de ella, se arrancó una y me la puso frente a los ojos, y del hueco en la piel le había brotado una lágrima de sangre. Yo pensé que iba a convertirse en santa ahí mismo, que ese era su destino. ¿Cómo podía ser que no nos hubiéramos dado cuenta de que teníamos a una santa frente a nuestros ojos? María, la prostituta sordomuda, enclenque, de lenguaje de quejidos, la bella María que babeaba y nos pedía que la afeitáramos nosotras porque ella siempre se cortaba, era la santa de nuestra iglesia.

El problema fue que María no creía lo mismo. Estaba aterrada. En la pizarra mágica que usaba para comunicarse con nosotras, escribió: KIEN ME BA QUERER ASI. Qué podía responderle. El hombre que no quisiera a una mujer que prometía ser pájaro era un hombre estúpido y olvidable. Ella borró en la pizarra y escribió: KOMO BOY ATRABAJAR. Le dije que yo trabajaría por las dos, aunque la promesa fuera completamente falsa. Ella negó con la cabeza y enterró su rostro en las almohadas ribeteadas con puntillas de plumetí. SOI UN

MOSTRO, escribió casi sin mirar la pizarra. Yo le saqué la pizarra de la

mano y

me quedé a su lado acariciándole el pelo y diciéndole que era peor demorarse, porque La Tía Encarna subiría a ver qué mierda pasaba y la expondría al frente de todas con sus gritos de matriarca.

Pero su destino de pájaro era un dolor insoportable para María la Muda y yo, con mi poca inteligencia, no sabía calmarla, aunque le hablaba lentamente para que pudiera leer mis labios, y repetía una y otra vez que todo iba a estar bien, que se estaba convirtiendo en pajarito nomás, que la llevaría al médico, que no podía ser nada grave, entrenada como estábamos todas en consolar las enfermedades propias y ajenas, diciéndole que no se preocupara, que las plumas eran bonitas, que no se le notaban bajo la blusa, que bajáramos al patio, que nos estaban esperando para el bautismo, que el bebé estaba hermoso como un pan recién salido del horno, que había gente agradable, que nada podía salir mal.

Hasta que al fin María me abrazó y salimos al mundo. Teníamos veintiún años las dos.

Al bajar a la fiesta nos encontramos con que habían puesto al niño en el medio del patio, en su moisés hecho de ramas mansas. A su lado estaba La Tía Encarna llorando como una plañidera y del otro lado de la cuna estaba la sacerdotisa que oficiaba el bautismo, vestida en animal print, como un leopardo acechando al niño, con sus postizos color rojo enarbolados en un moño sobre la mollera y las uñas gigantes rozando los bordes del moisés. Era un bautismo importante. La Machi no bautizaba a un niño porque sí. Nadina y Laura lo habían intentado con sus hijos pero La Machi había argumentado que no estaban listos todavía para ser presentados a las Diosas.

La Machi era una bravísima travesti paraguaya que le había arrancado la mitad del pene a un policía, con los dientes, porque había querido violarla. Antes de empezar la ceremonia bebió un líquido azul oscuro que parecía tinta, de un vaso muy fino de cristal labrado. Lo alzó con la punta de los dedos, las uñas tintineando contra el cristal, y cantó una canción en quechua que aseguraba la sonrisa de la tierra para recibir al niño. Así le daba la bienvenida a nuestra comarca travesti, y le auguraba que habría de ser feliz y fuerte, que el viento que soplara en su cara lo haría más bonito y que su

muerte le sobrevendría durmiendo plácidamente, porque habría conocido el amor.

El Brillo de los Ojos, bautizado en primavera, fue el favorito de las travestis, el niño que más obsequios recibió de las reinas magas, para quienes hasta lo más

simple y barato tenía el aura de lo sagrado. El niño encontrado en una zanja, hijo de todas nosotras, las hijas de nadie, las huérfanas como él, las aprendices de nada, las sacerdotisas del goce, las olvidadas, las cómplices. Bautizado por una puta paraguaya vestida enteramente de depredadora, que le sopló bendiciones sobre el rostro, que alzó con sus uñas postizas las lágrimas que habíamos derramado algunas y con esas lágrimas bendijo la frente del niño, y El Brillo en ningún momento lloró. Al contrario, sonreía, y a la mitad del ritual se tiró un pedo insolente que a todas nos hizo despanzurrar de risa, y luego vino el brindis y las charlas de siempre, y María parecía haber olvidado su tristeza por devenir pájaro.

En momentos así, una desea ser capaz de recordar. En momentos así, una se encomienda a la memoria.

La noticia del bebé encontrado por La Tía Encarna había ido alcanzando a todas nuestras hermanas, que se aparecieron desde los rincones más lejanos a conocerlo. Las morenas del norte, macizas y dulces como el maíz, que se divertían cantando coplas subidas de tono cuando caía la tarde. Las extranjeras, que decían estar de paso y no habrían podido perdonarse irse de este país sin conocer al hijo de La Tía Encarna y sacarse una foto con él, como tías legítimas.

Las hijas pródigas, que en una disputa se habían marchado heridas, o que La Tía Encarna había excomulgado de la familia por algún rencor atravesado sin fundamento. Todas convocadas por El Brillo de los Ojos, para celebrar su adopción clandestina sin mucho que ofrecer más que nuestra ternura.

Juramos todas, sobre la mano de La Tía Encarna, que nunca diríamos nada a nadie del Brillo de los Ojos. No juramos con sangre porque el bicho rondaba siempre y teníamos mucho miedo de morirnos así. Pero era como si en verdad hubiéramos sellado con sangre ese pacto de silencio, porque éramos



hijas de una misma madre, una misma bestia nos había parido, todas habíamos bebido de la misma leche: la de nuestra madre, que paría zorras y prostitutas, que paría cerdas.

Tan yermas, agrias, secas, malas, ruines, solas, ladinas, brujas, infértiles cuerpos de tierra.

El Brillo de los Ojos ya está bautizado. Si muere irá al cielo de las travestis.

La Tía Encarna está como hechizada. Hay que verla recoger los restos de la fiesta, ir y venir con bandejas, separar las sobras, lavar las copas, barrer el piso, descolgar los farolitos chinos que iluminaron la herejía. No podíamos amar más a nuestra madre. No había nada más hermoso que ella. Cómo ignorar nuestro amor por ella y por nuestras madres de sangre, esos monstruos que enloquecieron nuestras vidas. Esa mujer ahí parada, que cargaba con el odio del mundo sobre su espalda, era más que digna de nuestro amor, así fuera una perra, así fuera una déspota, una solitaria desesperada capaz de todo. Esa mujer nos dio de comer cuando todo el mundo nos perseguía. Y ahora tiene un hijo legítimo, su adopción ha sido legitimada por la historia. Lo ha bautizado y ahora limpia las esquirlas de la fiesta.

Tal como un último emperador pasa los primeros años de su vida, así vivirá El Brillo en esta pensión pintada de rosa, usurpados los patios por los geranios y las rosas chinas, alejado de la violencia que reina en la ciudad. Si acaso hay violencia en esta casa, somos nosotras quienes la traemos en el cuerpo. Estamos contaminadas de ella. Por eso La Tía Encarna nos pide que nos quitemos los zapatos para entrar a su casa, que los dejemos al costado de la puerta, en ese mueblecito de mimbre. Nuestros zapatos conviven en el exilio mientras adentro, descalzas y curiosas, nosotras nos reímos de ellos, porque algunos de esos zapatos eran enormes, muy feos, talle 45 o 46, había unos que parecían transatlánticos amarrados en el muelle de La Tía Encarna.

Lo cierto es que, durante un tiempo antes de la desgracia, puede decirse que la violencia de la calle no entró en aquella casa: quedó agazapada en las suelas de nuestros zapatos, para preservar al niño, para salvarlo. No puede culpársenos, teníamos derecho a la ingenuidad.

Soy un niño todavía, no podría sobrevivir solo en el mundo. Por las noches rezo. Me han enseñado a rezar y yo tengo fe, porque soy pequeño todavía. Me han dado un dios que cabe en un rosario.

Un día estoy en una reunión familiar y mi papá dice: «Si tuviera un hijo puto o drogadicto, lo mataría. ¿Para qué tener un hijo así?», pregunta a todos en la mesa. Y todos coinciden, dicen sí sí sí, claro, para qué tener un hijo así. Mi mamá también coincide con él. Yo, que entiendo todo lo que se teje alrededor de mi femineidad, entiendo también su amenaza. Noches atrás escuché que le preguntaba a mi mamá por qué yo era tan afeminado para hablar y ella contestó que no sabía.

Ahora que lo escucho anunciar su deseo de matarme tengo mucho miedo. Ya lo vi apuntarme con un arma directamente a los ojos. Ya lo vi golpear a mi mamá, ya vi cómo mi mamá acepta todo de él con una sumisión de animal desvalido. Por eso rezo. Para que esta pesadilla, la pesadilla de mi vida, termine.

El deseo de morir viene de muy niño, un prematuro fantasma del suicidio con el que me entiendo desde pequeño. Sé que está ahí, lo identifico con claridad, lo distingo de entre todos los deseos posibles, aún sin saber que me libraré de él al convertirme en travesti, que, contrario a lo anunciado, la salvación serán un par de tacos y un lápiz de labio color rosa viejo.

Pasaré muchas noches reza que te reza, para que al despertar la vida sea otra, para que mañana sea diferente. Al comienzo rezo para cambiar, para ser como ellos quieren. Pero a medida que me interno en esa fe cada vez mayor, empiezo a rezar para despertarme al otro día convertida en la mujer que quiero ser. En la mujer que siento dentro de mí con tanta franqueza que las horas se me van rezando por ella. Cuando me enamoro de mis compañeritos de escuela, rezo para que me vean como una nena. Cuando comienzo a florecer, rezo para que las tetas me crezcan durante la noche, para que mis padres me perdonen, para que me nazca una vagina entre las piernas.

Pero no. Entre las piernas tengo un cuchillo.

Llegamos al mediodía en un destartado camioncito color púrpura, donde

transportamos los muebles de mala muerte que fueron cosechando mis padres en seis años de convivencia. Apenas unas sillas y unas mesas, unas camas viejas, un ropero enorme que era el mueble más valioso de la casa, unos aparadores viejos y tacitas de porcelana, varios juegos de tacitas de café que mi mamá colecciona y que son preciosas, la evidencia de su buen gusto, además de una ensaladera de vidrio heredada de su abuela.

La casa a la que nos mudamos está al costado de la ruta que une San Marcos Sierras con Cruz del Eje. El pueblo es apenas un caserío distribuido a ambos lados de la ruta. El monte amenaza con comerse las casas. Cruzan el pueblo y lo dividen en dos las vías de un ferrocarril que ha muerto. Ni la dicha de ver pasar un tren nos queda. Yo no entiendo por qué tuve que dejar a mis amigos de la escuela, a mi amante prohibido, además de la tranquilidad de estar cerca de mis abuelos, para terminar ahí. Nadie me ha preguntado nada, y cuando los interrogo me dicen que no moleste. Que ahora viviremos ahí.

Para llegar a la casa hay que bajar por un sendero de tierra desde la ruta y volver a subir por una escalera de piedras que desemboca en una galería hecha de adobe. El piso de la casa es de adoquines de madera. Mi papá dice que la casa es de mucho valor. Logró comprarla en una jugada desesperada antes de que su amante y su socio lo estafaran definitivamente y lo dejaran con una mano atrás y otra delante. La casa tiene un salón enorme al fondo, que mi papá alquila a una familia entera: abuelos, matrimonio y dos hijos, uno de ellos sordomudo.

Todavía no se han ido. El contrato era hasta que nosotros llegáramos, pero no se fueron, así que tenemos que convivir con ellos durante un tiempo. La casa no tiene baño dentro; hay una letrina en el patio.

Antes vivíamos en el garaje de la casa de mi abuela. No recuerdo por qué mi papá no estaba con mi mamá y conmigo. Pero un día apareció y a los pocos días estábamos cargando todo para mudarnos. Dejar la ciudad y la cercanía de mi abuela india para irnos a vivir al monte, a quién se le ocurre. Al menos cuando vivíamos en el garaje de la casa de mi abuela podíamos usar su baño, estábamos cerca, y yo me había encariñado con mi tía Rosa, que en realidad es mi tía abuela pero es mucho más joven que mi mamá. Ahora, por las noches, tenemos que orinar en un balde si no queremos aventurarnos afuera.

Y tenemos razón en no querer salir de noche para ir al baño. Alrededor está el monte y los vecinos nos aleccionan pronto sobre los peligros que acechan. Hay zorros, gatos monteses, víboras, arañas, hay una fauna entera dispuesta a devorarnos si nos distraemos.

Como compensación de esa casa que odio, hay un arroyo que pasa por el costado del patio. Es perfecto, se puede tomar de esa agua tranquilamente, el arroyo es el que nutre el pozo del que sacamos agua para todo: para beber, para bañarnos, para lavar la ropa. El milagro del agua.

Como nos mudamos durante el verano, a comienzo de año, el arroyo es un refugio esas primeras semanas. Me paso horas metido en el agua, cavando en la arena para lograr más profundidad. Mientras tanto, mis papás ponen en pie esa casa antigua de techos altísimos, vigas de madera donde se esconden los murciélagos. Mi cuarto tiene una ventana con rejas y postigos muy altos que yo nunca puedo abrir. Para que entre la luz tengo que pedir ayuda. Y, como soy invisible, mi cuarto está a oscuras todo el día.

El niño invisible y desplazado. El niño del monte. Montuno y maricón.

Mi papá cuenta que al visitar la casa por primera vez le informaron que había pertenecido a la familia de doña Paula Albarracín, la madre de Sarmiento, el padre del aula. Hay una placa que parece probarlo pero yo todavía no sé leer.

Nunca sabré si era cierto o no. Pero vivo en una casa que tiene una leyenda.

Mientras tanto, los inquilinos se mudan finalmente y nos quedamos solos.

Han pasado apenas unas semanas desde que llegamos al pueblo. Ya voy al colegio, una escuelita rural donde los siete grados tienen clases en el mismo salón, con el pizarrón dividido en siete y la misma maestra para los siete grados.

Poco a poco nos acostumbramos a esa nueva forma de vida. Hay dos despensas en el pueblo, con unos precios exorbitantes, que desmoralizan y angustian a mi mamá. El cura viene al pueblo una vez por mes a dar misa y el médico hace lo mismo, atiende en un cuartito al lado del almacén de ramos

generales.

Enfrente de nuestra casa viven doña Carmen y don Lalo con su hija adolescente. Son verdaderamente muy amables. A veces me dejan cruzarme a su casa y mirar televisión, dibujitos animados. Nosotros no tenemos luz eléctrica en nuestra casa de leyenda.

Cuando comenzamos a acostumbrarnos a esa rusticidad, a contar los autos que pasan por la ruta para no morir de aburrimiento, a orinar en baldes por miedo a asomarnos afuera de noche, cuando me acostumbro a la brutalidad de mis nuevos compañeros de escuela que me llaman Maricón en vez de decir mi nombre, mi papá anuncia que se va. Dice que tiene que trabajar y nos deja solas a mi mamá y a mí en Los Sauces, el culo del mundo. Mi mamá le dice: «Lo que pasa es que te vas con la otra». Él la golpea por atreverse a decir eso, y al otro

día hace dedo en la ruta y se va.

Durante muchos días mi mamá se la pasa llora que te llora y fuma que te fuma. Para encontrarla en esa casa oscura, sin luz, peligrosa, donde los murciélagos susurran canciones de cuna, me basta con seguir el rastro de humo de sus cigarrillos.

Me convierto en un mariconcito triste.

Por suerte los vecinos la adoptan como una hija y todo se hace más fácil. Mi mamá, que tiene veintisiete años, se hace amiga de la hija adolescente de los vecinos y ya no está tan sola. Pero yo, con mi mariconez auestas, no puedo hacer un solo amigo. Estoy condenado a la tristeza y a la soledad del campo. Al tormento de las chicharras y a los cielos rojos y a las alimañas nocturnas. Por suerte está el arroyo, el agua que todo lo lava, que todo lo lleva. A orillas de ese arroyo despliega su reino una colonia de nutrias. Son unas ratas gigantes, alargadas, de hermoso pelo gris oscuro, que rara vez salen del agua.

También está el chico más lindo de la escuela, que va a séptimo grado y que me sienta en su falda en los recreos y me dice Maricón, y a mí me encanta que lo haga. A veces me acompaña hasta el baño y hace que meta la mano dentro de su bragueta, que toque su viborita mansa, que es caliente y

hedionda y se le pone muy dura, y me enseña cómo masturbarlo. Somos afortunados los dos, nunca nos descubren. A los seis años ya he descubierto con pavor qué finales augura tanto manoseo.

El niño puto atraído por la carne.

A veces mi papá volvía y traía animales para cuidar. Al principio fueron unas gallinas. Al poco tiempo de tenerlas en el patio, cuando ya les habíamos armado un corral y aprendido a cuidarlas, un día amanecimos y las encontramos a todas muertas. Los vecinos nos recordaron que el monte estaba lleno de zorros y gatos monteses, que había que poner trampas o nuestros animales no sobrevivirían a los depredadores.

Mi papá tendió trampas alrededor de toda la casa. A veces encontraba un zorro atrapado, muriéndose de dolor y de ira. Otras veces era un gato montés. A todos les daba un golpe de gracia para evitar que sufrieran. Pero un día encontramos una nutria, que cayó por error en una de las trampas. Me dio terror su cara de odio. Ya no era ese animalito de pelaje metálico que se desplazaba con gracia en el agua: era una fiera con ansia de venganza. El odio de los

animales cuando caen en una trampa es especialmente nítido en su pelambre erizada. Podrían comerse viva a una familia entera si logran liberarse. Podrían comerse a mi mamá y a mi papá de un bocado y después a mí.

La ira de esos animales trampeados era la misma que se leía en los ojos de los lechones, cabritos y demás animales que mi papá mataba para vender la carne luego. Mi papá nos obligaba a participar a mi mamá y a mí en esas matanzas, nos hacía cómplices de su faena. Mi mamá sabía dar vuelta la cara mientras él le gritaba lo inútil que era, y le ordenaba que agarrara más fuerte de las patas, que sirviera para algo. Y cuando no era ella, era yo el inútil, el niño maricón que lloraba de impotencia.

Era tal la crueldad de esa vida que yo pensaba que a mi papá iba a pasarle algo realmente malo, que alguna vez iba a ser comido por alguno de esos animales, que iba a terminar igual de despanzurrado que ellos, debajo de un montón de pelo, plumas, escamas, entrañas sanguinolentas de todos los animales que había matado, de todo el daño que había causado, de todo el

odio que irradiaban esos pobres animales que morían dejando su último resuello en el esfuerzo por escapar, a veces de las manos de mi mamá y a veces de las mías, provocándome unas pesadillas insoportables por las noches, con sus chillidos y su desesperación y su agónico, interminable reclamo.

Vivir en el monte era vivir en el calor y la furia. El padre enseña el arte de la crueldad, la madre enseña el arte de la manipulación. El hijo sabe matar gallinas a los seis años.

Durante muchos años me quedó el temor a la mirada feroz de esos animales atrapados que saben que van a morir y desde adentro de sí mismos reciben la orden de hacer algo, la vida entera en sus colmillos, hirviendo de espuma y rabia.

Así era la mirada de mi papá cuando bebía. Había estado en esa sintonía de muerte durante tantos años que había terminado por impregnarse del mismo odio, la misma ira. Así como nos miraban los animales, así nos miraba también él, desde su propia trampa. La trampa de haber nacido en la familia en que había nacido.

Esa ferocidad en los ojos sólo la volví a ver años después, en una pelea entre dos travestis, una de las muchas noches de esos años de imitar la vida salvaje del monte. A veces una es víctima, a veces es victimaria. Esa vez estábamos todas

en la puerta de una disco gay, a punto de tomar un café en esos camioncitos-cafetería improvisados en la calle. No había amanecido todavía. De la oscuridad irrumpió un cuerpo expulsado por una fuerza superior a todo, una travesti que cae al asfalto y se retuerce para levantarse del piso, acomete a su contrincante y se la quiere comer viva, parece que la va a morder, se tiran trompadas ciegas como si tuvieran más brazos que Shiva, vuelan por el aire zapatos, carteras, aros, sangre, uñas, extensiones, pestañas postizas, dientes, quejidos roncós como los que daban los chanchos cuando mi papá les daba en la frente con el revés de un hacha para desmayarlos.

Las que intentamos intervenir recibimos patadas y arañazos. Cuando quiere intervenir la policía, es expulsada de la misma manera. Sólo queda esperar

que las agote la disputa, iniciada quién sabe por qué, por quién. Es pavoroso que dos travestis de pronto se desconozcan así, que se trencen de tal manera y queden las dos como con guantes de sangre seca en las manos, arrastradas por otras travestis que ligamos lo nuestro mientras intentábamos separarlas. Terminamos todas arañadas, golpeadas, salpicadas de sangre de alguna de las dos como precio de aquella ferocidad. Y desembocamos todas en la comisaría, llevadas a la fuerza a declarar, manoseadas en los autos, empujadas hasta el calabozo, deseadas y despreciadas por los policías como joyas barbudas.

Esa ferocidad en los ojos, la mirada de odio de aquellas dos travestis mientras peleaban: mi papá, cuando bebía de más, tenía esos mismos ojos. Todos los animales atenazados por las fauces de una trampa de hierro comparten esa mirada.

Hay otra mirada que se me ha grabado. Unos ojos que gritaban pero de ternura. Venía a cada inicio de mes, cuando cobraba. Venía apoyado en sus muletas, por completo fuera de eje, sus piernas débiles, deformes, su pecho perfecto, su rostro perfecto, las manos fuertes, los brazos fuertes de cargar todo el peso de su cuerpo, los brazos más bellos del mundo. Venía arrastrando su resentimiento por esa discapacidad que lo atormentaba aún más a causa de su belleza, como si fuera inadmisible que un rostro y un torso como esos vinieran acompañados de piernas tan inservibles.

Estaba endurecido, insensibilizado por su discapacidad, pero era tan guapo que quitaba el aliento. Pagaba sólo por oler entre mis nalgas, pero lo hacía con tanta voracidad como si me estuviera haciendo el amor. Se gastaba todo su

dinero en una puta como yo, la paga mensual que recibía como preceptor en un colegio secundario se le iba entre mis nalgas, por la posibilidad de sentirse hermanado conmigo, el dolor compartido de desear morir por ser como éramos en el mundo. Se quedaba ahí hasta que su respiración se convertía en vapor, mientras musitaba su rabia y me apretaba con fuerza los muslos y yo sentía que, si le hubiera pedido, él me habría hecho su esposa. No era posible imaginar un paraíso más cercano que las noches con él y su pene enorme como defensa del mundo exterior. Un hombre así, que venía con su sueldo en la mano, dispuesto a entregarlo todo, tan dulce y amargo como una fruta del



trópico.

Hasta que un día le dije que no quería cobrarle más, que siguiera viniendo cuando quisiese pero que ya no era necesario que me pagara, y él contestó ofendido que no quería nada por pena y se marchó y no volvió nunca más.

Tiempo después me lo cruzo por la calle: va vestido muy elegantemente, acompañado de sus padres, dos padres muy pequeños, ambos tenemos padres así, pero es esa dulzura que impregna toda la calle, los edificios, los árboles desteñidos. Podría reconocerlo en cualquier lugar del mundo: su dulzura cambia el aire, convierte el oxígeno en vectores de ternura. Va en silla de ruedas. Nos miramos y fingimos ser desconocidos el uno para el otro. Insisto aquí y ahora en que lo quise por esposo. Pero todo es diferente ya. Ni sus ojos ni los míos se atreven a recordar aquella costumbre caliente de la siesta, el vapor de la respiración entre las nalgas, el odio musitado ahí dentro como dentro del hueco en el tronco de un árbol.

Cada mes, Natalí se encerraba en un cuarto al fondo de la casa, vigilada por La Tía Encarna, con el niño en un brazo y la escopeta en el otro, la puerta asegurada con una cadena gruesa y un candado enorme.

Sucedía que Natalí era la séptima hija varón en su familia y las noches de luna llena se convertía en lobizona. Si no la cuidábamos así, después se hacía daño a sí misma, se convertía en alucinación de borrachos y pasto de noticieros y despertaba bajo los árboles con la ropa hecha jirones. Por haber nacido séptima hija varón, Natalí era ahijada del presidente Alfonsín, que había estado presente en su bautismo, y desde entonces toda su familia y la gente cercana eran radicales en lugar de peronistas, aunque hasta entonces les hubiera interesado un bleo la política.

Natalí lloraba lágrimas azules cada vez que escuchaba la canción de Julio

Iglesias que llevaba su nombre y decía que era capaz de cometer crímenes espantosos cada noche de luna llena si no se encerraba en aquel cuarto. Por eso se había mudado a lo de La Tía Encarna y por eso le pedía por favor cada mes que se encargara de encadenarla, doparla o desmayarla de un golpe en la frente si ella se ponía brava, porque bestializarse tiene consecuencias irreversibles para el cuerpo. Antes de salir a trabajar, nosotras íbamos a

hacerle un rato de compañía detrás de la puerta, le cantábamos y le preguntábamos si se sentía bien, pero ella sólo respondía con gruñidos, muy rara vez dejaba oír su voz de travesti whiskera, y en esos casos se limitaba a decir que jamás estaría todo bien y que la dejáramos en paz.

Pero no había paz para Natalí, antecesora de todas las travestis en la mutación de personalidad y responsable de contagiar de animalismo a María la Muda.

Pobre Natalí, murió joven, devastada por su particularidad, luego de envejecer aceleradamente, tal como envejecen las perras, las lobas y las travestis: un año nuestro equivale a siete años humanos.

Lo más triste era que el resto de los días Natalí se portaba como un sol con El Brillo de los Ojos, le soplabla la panza, jugaba con él a aparecer y desaparecer.

Era tan buena Natalí que se nos hacía imposible asociar a aquella bestia que mostraba los dientes y rugía desde la oscuridad del cuarto con la mujercita de rasgos mulatos que era la preferida de la pensión el resto del mes. Pero todas lo sabíamos: Natalí tenía una dentadura que podía masticar huesos humanos como si fueran fruta madura.

Habíamos terminado por organizar la rutina de la casa alrededor de su ciclo.

Decíamos que era como la menstruación de nuestra manada. Nos regíamos por el ciclo de la luna, sabiendo que no podíamos distraernos, porque no podíamos fallarle a Natalí. Cada mes la veíamos morir cuando retornaba de su forma lobuna, cada mes salía más deteriorada de su encierro. No podíamos hacer nada por ella, aunque era la más valiente de todas las travestis que he conocido, porque era dos veces loba, dos veces bestia.

En los últimos meses de Natalí, nos visitaban en el Parque dos hermanas travestis que vivían en los barrios altos de la ciudad, y que en realidad se travestían de noche solamente: durante el día mantenían la mascarada de varones. Eran niños ricos, niños bien. Donde fuera que estuviésemos, ellas se nos acercaban con toda su impunidad de clase, sus pasitos elegantes y

falsamente tímidos, como de penitentes, hasta integrarse a aquel aquelarre de

travestis que las recibía con desconfianza. Pero ellas enseguida abrían sus bolsos Chanel y sacaban botellas de alcoholes sofisticadísimos que robaban de la casa de sus padres cuando ellos estaban de viaje alrededor del mundo.

Esos alcoholes nos sabían un poco agrios y un poco fuertes, lo que suele ocurrir cuando se dilapidan determinados lujos en determinada gente. Nosotras no sabíamos apreciar los buenos licores, nos arruinaban el semblante. Estábamos acostumbradas al golpe seco del whisky barato, la ginebra, el ron, el anís, mezclados con clonazepan o cocaína, o con gaseosa si no había otra cosa. Toda nuestra ordinariez se ponía de relieve cuando ellas llegaban con sus licores caros y su piel lozana, sus maquillajes importados y sus pelucas de pelo natural, heredadas de sus tías, tan diferentes de nuestras cabelleras secas como pelaje de perra.

Las habíamos bautizado Las Cuervas, porque les gustaba juntarse con la carroña, pero en realidad intuíamos que estaban ahí por motivos que nunca íbamos a conocer: ¿cómo imaginar qué era lo que motivaba a esas dos a acercarse a una manada tan complicada como la nuestra, formada por chicas de la calle, huidas de hogares que sólo podían soportarse si nos desensibilizábamos hasta el punto de no ser, sencillamente? Y ellas, en cambio, vestidas con las blusas elegantes de su madre, tocadas por el halo de la perfumería más exquisita, venían a recordarnos la miseria de nuestras raíces: el plástico de nuestros manteles, la debilidad amarilla de nuestros muebles de pino, lo grasosas que eran esas colchas que habían cubierto a todos nuestros antepasados antes de cubrir nuestros cuerpos.

Desconfiábamos doblemente de ellas por su vida de varones. No voy a mentir, muchas de nosotras retornábamos a veces a nuestro aspecto masculino, emprendíamos ese regreso por el camino de la vergüenza, nos metíamos en nuestro cuerpo antiguo, en la imagen negada y a veces hasta odiada. Y Las Cuervas traían consigo ese aura de varón que nos revolvía el estómago de sólo tenerlas cerca. No era sólo el hecho de no salir del armario. Era que no salían por mera comodidad. Su comodidad dejaba en evidencia nuestra incomodidad: nosotras no habíamos tenido nunca la oportunidad de escondernos en el armario.

Nosotras habíamos nacido ya expulsadas del armario, esclavas de nuestra apariencia.

Por eso las odiábamos, en el fondo. Y por eso nos odiaban ellas a nosotras: por precisarnos, por serles absolutamente necesarias para recordarles sus privilegios. Aunque llegaran con regalos, aunque condescendieran a

obsequiarnos los perfumes que a su madre no le parecían suficientemente finos, o ropa de marca muy usada ya, o carteras rotas que habían tenido pasados esplendorosos. Con esas sobras establecían la distancia que nos separaba de ellas, aunque dijeran una y otra vez que querían ser como nosotras. Nos imitaban, pero eran incapaces de superar los obstáculos de clase. Hablaban nuestra lengua, porque por supuesto hablaban varios idiomas, imitaban nuestro andar y cogían con nuestros clientes, pero no les cobraban: lo hacían porque podían darse el gusto, porque no necesitaban ser mercancía. Simplemente jugaban a vivir una vida que no les era propia.

Y claro, con esa presencia que derrochaba glamur, a muchas de nosotras se nos subieron a la cabeza las aspiraciones, las pretensiones. María la Muda quiso vestirse como ellas y un día entró a comprar ropa en una tienda de moda del centro: las vendedoras se asustaron como si hubieran visto un muerto. Flaca, negra, con los brazos cubiertos de esos canutillos de plumas y su lenguaje de mugidos, por favor, que no se malinterprete, era una escena de pesadilla para esas empleaduchas tilingas de tres por cuatro. La pobre María sólo estaba tratando de entrar en otro mundo tal como Las Cuervas entraban en el nuestro cada vez que querían. Pero esa operación al revés era inaceptable: las vendedoras se rieron escandalizadas y hostiles, llamaron al guardia de seguridad y echaron a los empujones a María, que nunca más, hasta que fue pájaro, intentó cagar más alto que el culo.

La Tía Encarna, que tenía una lucidez animal, reaccionaba a la presencia de Las Cuervas mucho más fríamente que el resto de nosotras y poco a poco nos fue enseñando a ver realmente a esas dos extrañas que cuchicheaban a nuestras espaldas, que tenían para todo una respuesta obvia, que si nos cruzaban de día por la calle fingían necesitar urgentemente algo de sus mochilas para no tener que cruzar la mirada con nosotras, que llegaban al Parque en el auto que les había regalado su papá pero lo estacionaban a conveniente distancia, que opinaban que las travestis no teníamos visión de futuro y les bastaba un gesto para dejar en evidencia nuestro mal gusto. Esas dos extrañas, como bien decía La Tía Encarna, tenían algo muerto en la

mirada: algo que nos decía que no sabían perder, que nadie se los había inculcado en su crianza. Sólo les interesaba ganar, aprovecharse. Estaban con nosotras porque era la única manera que concebían de sentirse mujeres sin correr riesgos.

Pero se delataban igual. Con El Brillo de los Ojos, por ejemplo. Decían cosas hirientes sobre él con una ingenuidad que no tenían. Yo no les creía cuando se hacían las opas y María tampoco. Después del episodio de la tienda en el centro,

María les tenía más tirria que La Tía Encarna incluso. En el último cumpleaños de Natalí les volcó un balde de clericó encima de sus vestidos caros y sin gracia, que las hacían parecer dos solteronas oligarcas que salían juntas para no morirse solas. Ellas armaron un escándalo, la trataron de india de mierda. Entonces Natalí clavó sobre la mesa el cuchillo de carnicero con el que estaba cortando su torta y les susurró que repitieran lo que acaban de decir, si se atrevían que repitieran lo que habían dicho sobre su amiga. Ladinas como eran, ellas se excusaron al instante con sus modales de oligarcas: dijeron que éramos todas igual de indias, que nadie podía ofenderse con las demás cuando estábamos entre amigas.

A mí me había parecido peligroso dejar que conocieran al Brillo. Pero La Tía Encarna tenía las herramientas y los contactos para impedirles cualquier tramoya que se les ocurriera. Un día, medio en broma, medio en serio, les había dicho que si alguna vez la traicionaban con el temita de su hijo adoptivo, ella conocía bien la dirección de su casa y era perfectamente capaz no sólo de incendiarla sino de hacerle saber a toda Córdoba que ellas se travestían y hacían la calle con nosotras en el Parque. Lo dijo mirándolas a los ojos y sonriendo, un recurso que La Tía usaba mucho cuando trataba con ellas. «A ver, ¿qué se pierde si yo prendo fuego las mansiones de toda la gente como ustedes? Las familias fundadoras, las nobles familias que dejan gotear menudencias de su riqueza sobre el resto de las no tan nobles familias. ¿Qué se pierde y qué se gana?», preguntó al aire, pero con los ojos clavados en las pupilas de ambas Cuervas.

Y nosotras nos reímos pero nos preocupamos también, porque sabíamos que aquella amenaza era más que cierta, pero no estábamos seguras de que esas burguesitas lo supieran. Porque por muy esplendorosas que fuesen por fuera,

por dentro tenían todas las luces apagadas.

Deolinda Correa, santa popular, milagrosa, mito indio robado por los cristianos y conocido como la Difunta Correa, tiene diez años. Es huérfana de madre. Está sola en su casa en medio del campo, se acuesta a dormir, la vida es inmensa y ajena.

Su padre vuelve borracho. Entra en la habitación, la ve durmiendo y la confunde con su madre. Se inclina sobre ella y huele la transpiración de niña, que lo marea y asquea un poco, pero igual la besa en la boca. Deolinda despierta y se queda petrificada en la inmensidad de la vida y de la noche. Así conoce su

primer y gran secreto.

Algo comenzó en esa penumbra. Hablo de mi penumbra ahora, hablo de mí misma. Hablo de la sensación de estar tragando puñados de tierra de la mano de Dios.

Una noche encontramos a una compañera muerta, envuelta en una bolsa de consorcio, tirada en la misma zanja en donde había aparecido El Brillo de los Ojos. La descubrimos en una de nuestras escapadas de la policía, que otra vez andaba reclutando putas para llevar a sus calabozos y ejercer su crueldad.

Corremos, cruzamos como liebres la avenida del Dante, sobre nuestros zapatos de taco aguja y plataforma, saltamos arbustos y pozos que nos salen al paso, nos arrojam a la zanja, nos quedamos inmóviles como cadáveres y ahí nomás nos sorprenden el mal olor y las moscas.

La Tía Encarna desgarra la bolsa negra con las uñas y se topa con el rostro desfigurado de su amiga, ya invadido por una población de gusanos que la devoran. Encarna grita como para ser escuchada por Dios. ¡Por qué, por qué!

Toma la cabeza de la muerta entre las manos, la estrecha contra su pecho, las lágrimas bañan su rostro y también los nuestros. ¡Por qué, por qué! Con la cabeza de la muerta entre las manos da el primer golpe contra el suelo, como si quisiera reventarla de rabia. ¡Por qué, por qué! Saltan gusanos y se agitan las moscas. La Tía Encarna sigue golpeando la cabeza contra el suelo, y una

vez y otra vez pregunta, sorbiéndose los mocos y las lágrimas:

—¡Por qué no te defendiste! ¡Por qué no te defendiste!

María intenta calmarla pero La Tía Encarna la muerde furiosa y jura vengarse del que haya cometido aquella cobardía. Matar a una de nosotras. Matar a una travesti. Cometer un daño así.

Mientras tanto el niño crece, se alimenta, duerme en brazos de La Tía Encarna. Es moreno y enérgico. Sus demandas llenan la pensión y desesperan a todas. La Tía Encarna se ha puesto redonda, suave, vive de rentas, a su edad por fin puede decir que vive una vida tranquila. El olor agrio del bebé perfuma su

cama.

Ella lo ama. Todas lo amamos. El niño nos sonríe, duerme. Es como un pancito. Eso nos parece.

La Tía Encarna, que es devota de la Difunta Correa, dice que el niño es en realidad el hijo de la Difunta. Que la gente no se preocupa por esa parte de la historia porque al niño lo criaron un grupo de travestis que trabajaban en el Parque Sarmiento.

Sandra es la travesti más melancólica de la manada. A menudo hay que consolarla porque se pone triste por cualquier pavada. ¿Qué es esa fascinación por la tristeza que tanto la subyuga? Para nosotras es inaceptable dejarse ganar por la tristeza, creemos que es un error. Es cierto que hay que ser de piedra para no entrar en la tristeza, pero ella tiene una tristeza que no se va nunca: esa clase de tristeza que cruza fronteras, que se te infiltra siempre en el ánimo, que te transporta débil como la brisa, paso a paso.

Sandra llora delante de un cliente. El cliente se enoja y le pega con el revés de la mano. El mal tino del golpe lastima el rostro de Sandra. Su rostro se contrae de tristeza. El novio la golpea también, en la boca del estómago, por dejarse lastimar, por andar siempre en la luna. La tristeza de Sandra la obligaba a vivir con la violencia. ¿Cuántas veces se ha escrito aquí esa palabra?

Yo también he cruzado errática la ciudad, sin saber qué hacer, adónde esconderme. Porque el amor no llega. La juventud se me escurre entre los dedos y el amor no llega. Sufro por eso. Sufro también por el rechazo. Pero la falta de amor es peor. La solución: treinta pastillas, unos anticonvulsivos y una carta a mis padres. Cuando siento que me abandonan las fuerzas, la fuerza de existir tal y como la conocemos, algo en mí pide ayuda a mis vecinas de la pensión. El aliento para resistir, pienso. Porque atrás de la debilidad está la muerte.

Qué cobarde, qué prostituta negra y cobarde. Qué espanto la cobardía. Y qué cierto también ese grito oído desde adentro, el cuerpo que no está preparado para morir. Nunca más volveré a tener la determinación de interrumpirlo todo. Ahora sólo es el suave desear morir, de tanto en tanto, con una languidez burguesa que me llena de vergüenza.

Las travestis se ahorcan, las travestis se abren las venas. Las travestis padecen más allá de la muerte las miradas de los curiosos, los interrogatorios de la policía, los murmullos de los vecinos, sobre la sangre aún tibia y cremosa que unta la cama.

Sandra se compadecía de otra mujer que había en el Parque: la linyera que vivía debajo del Banco Provincia, en la Bajada Pucará, la crota de los perros y

las lanas y las horas de contemplación, desde el lugar privilegiado donde había asentado su caparazón. Porque ese lugar donde había puesto su carpa amarilla y violeta le permitía contemplar la muerte del sol en el oeste, mientras fumaba su pipa y le daba de comer a sus perras, apoyada en el carro con el que se ayudaba a caminar, pues la gordura le había embotado las piernas.

Silvia, la diabética, la madre de las perras y amiga de las travestis. La mujer que íbamos a visitar cada mañana cuando le amputaron las piernas por la diabetes. Nuestros tacones hacían vibrar los vidrios del hospital. Los doctores nos agradecían nuestros colores, nuestras joyas falsas, nuestros perfumes buscones, la dosis de gracia que ofrecíamos a las pacientes que decían lentamente adiós en la quietud de su agonía. La internación de la crota Silvia había sido providencial, cuando un infarto casi se la lleva en brazos al otro



barrio. Si no hubiera sido porque a Sandra se le ocurrió pasar a verla por su carpa a las tres de la mañana con una botella de vino, se moría ahí mismo. Pero se hubiera salvado de perder las piernas.

A La Tía Silvia le gustaba contarnos cómo había renunciado a todo, cómo se había hartado de todo. Pero ya no. Murió de neumonía el mismo invierno en que le amputaron las piernas. Un virus intrahospitalario, dijeron. Cuando fuimos a visitarla una mañana nos enteramos de la noticia. Fue como si tomara la decisión de morir dentro del hospital mientras se recuperaba. Entre los silbidos que soltaba su pecho y el burbujeo sanguinolento de su tos, pidió por sus perras, les dijo a las enfermeras que nos avisaran. Que les conservásemos aquel lugar. Que les armáramos una cama caliente y les dejásemos agua y comida todos los días.

Cumplimos con nuestra palabra, cuidamos a sus perras todo lo que pudimos.

Se acoplaron a nosotras con naturalidad, a pesar de la orfandad. Nos habíamos dividido la tarea de juntar comida, que no era más que lo que nos sobraba a nosotras, que ya éramos las sobras de la ciudad. Las perras se nos acercaban y lamían nuestras manos, algunas se ponían nerviosas y parecía que nos iban a morder, pero las otras las echaban para que no nos ensuciaran la ropa. Muchas veces nos salvaron de una paliza, aparecían de la nada en cuanto el aire se tensaba. Y así como aparecían regresaban adonde había estado la carpa de la mujer que les había dado asilo. Cada tanto tenían cachorros, que terminaban yéndose después de beber su leche.

Con el fin del invierno, La Tía Encarna ha comenzado un juego peligroso.

Todas lo advertimos pero su determinación es brava y nos amedrenta. No sabemos cómo decirle sin disgustarla que no es buena idea exponerse delante de todo el barrio a plena luz. Encarna sale a comprar víveres con el niño en un cochecito. Dice que necesita hacerlo, que necesita caminar bajo el sol con él. Ir a sentarse a una plaza y verlo dormir. Mostrar al mundo a su niño, ese niño encontrado en una zanja.

Es una imagen perturbadora para la gente en la calle. A veces salimos en grupo para no dejarla sola, pero es peor, como un peligro accesorio, un apéndice a todos los peligros que nos asedian. Los hombres miran muy

extraño a La Tía Encarna, y las mujeres la miran peor.

Ella lleva al niño en sus brazos y María la Muda va a su lado, con una mochila al hombro cargada con todo lo que El Brillo necesita. Se sientan en una plaza y se dejan envolver por el poder de la transparencia, el clima es benevolente, el resplandor del sol empieza a imprimirse en su piel, sobre las mejillas afeitadas y maquilladas.

–Es mi sobrino –dice La Tía Encarna cuando alguien la mira interrogativamente–. El hijo de mi hermana que vino de Formosa. Ella está en silla de ruedas, así que al niño lo paseo yo. –Y cuando le preguntan por el padre, dice–: ¿El padre? Se fue a probar suerte a España.

Y la gente al principio le cree, porque en esta época de crisis todo el mundo se va a España. Pero entonces le miran las manos grandes, la cara maquillada, la escrutan sin disimulo. Hasta que María se pone de pie y apura los trámites para el regreso a casa y logra que la cosa no pase a mayores.

Hasta que un día el kiosquero de la esquina nos grita: nos trata de putos robachicos. La Tía Encarna se vuelve entonces hacia María, le dice:

«Tenemeló», le entrega al Brillo de los Ojos, y a continuación se encarama sobre el mostrador del hombre y lo toma por las solapas de la camisa grasienta.

—Cuando el monseñor Quarracino dijo que los putos y las travas debíamos irnos a vivir a una isla, le tendríamos que haber hecho caso. Pero nos quedamos acá como unas idiotas —le dice, bien cerca de la cara, metiéndole tanto miedo que el mal hombre empieza a puchear y pide perdón como un cobarde.

Un día vamos todas a tomar sol a la Isla de los Patos, en Alberdi. Vamos en minifalda y musculosas muy cortas, o directamente en corpiño, atrevidas. Nos tiramos en el pasto y nos untamos Coca-Cola por todo el cuerpo para broncearnos mejor. Estamos cubiertas de azúcar y vienen las abejas. Somos las flores de la Isla de los Patos.

No. En realidad somos nocturnas, para qué negarlo. No salimos de día. Los rayos del sol nos debilitan, revelan las indiscreciones de nuestra piel, la sombra de la barba, los rasgos indomables del varón que no somos. No nos gusta salir de día porque las masas se sublevaran ante esas revelaciones, nos corren con sus insultos, nos quieren maniatar y colgarnos en las plazas. El desprecio manifiesto, la desfachatez de mirarnos y no avergonzarse por ello.

No nos gusta salir de día porque las señoras de la buena sociedad, las señoras de peinado de peluquería y cárdigan de hilo fino, nos denuncian por escándalo.

Nos señalan con sus dedos de arpías y nos convierten en estatuas de sal, prontas al desmoronamiento, a la avalancha de nuestras células desperdigadas como perlas de un collar arrancado de golpe.

No nos gusta salir de día porque no estamos acostumbradas, porque es imposible acostumbrarse al corsé de sus estatutos. Mejor quedarnos

durmiendo, encerradas en nuestros cuartos, mirando telenovelas o haciendo nada. No hacer nada durante el día, borrarse del mapa de la producción, eso es lo que hacemos.

Pero esta tarde hemos decidido ir a tomar sol. Los primeros soles calientes, los primeros calores, el coqueteo con los chongos, una teta que se escapa, que deja asomar el ojo carnívoro del pezón, el equipo de música a todo volumen, los helados comprados al heladero que nos dijo hermosas, las charlas con la peruana que se sentó a descansar a nuestro lado y también toma un poco de sol pero vestida.

Estamos ahí para ser escritas. Para ser eternas.

Hoy la calle está tranquila. Somos las únicas habitantes de toda la ciudad.

Quien nos vea esta tarde, tumbadas sobre el césped, tomando mates al sol, untadas en Coca-Cola, del color del caramelo líquido, va a soñar con nuestros cuerpos y nuestras risas, será una imagen insoportable, como la visión de Dios.

Es por el calor: la rabia que da el calor. Haber vivido tantos años sufriendo esos calores de infierno, esas siestas obligatorias en las cuales jugaba a que tenía una casa invisible, fresca, con sus ventanitas con cortinas, para resistir el calor del monte. Hacía tanto calor que mi mamá temía que el sopor nos devorara.

Dormíamos la siesta transpirando como animales, solas, con ganas de nada, comiéndonos la rabia de ser pobres en un lugar tan inhóspito, turnándonos para

ir a buscar agua a una canilla común, porque no se podía beber el agua del pozo.

Hacía tanto calor en ese pueblo que todo estaba enfermo: el agua, la tierra, la comida, los corazones, el ánimo. Desde entonces conservo esa rabia al calor.

El calor travesti era igual. La pasta de maquillaje que se hacía como un pegote, una máscara de barro caliente que tapaba todos los poros, para que no

se escapara el alma por ahí cada vez que recibíamos una agresión. Con la cara hecha máscara, la más bella de todas las máscaras, esos rasgos travestis más reales que nuestros propios rasgos, concebidos para otro mundo, un mundo mejor, donde poder ser esa máscara.

Mientras tanto éramos indias pintadas para la guerra, bestias preparadas para cazar en la noche a los incautos en las fauces del Parque, siempre enojadas, brutas incluso para la ternura, imprevisibles, locas, resentidas, venenosas. Las ganas perpetuas de prender fuego todo: a nuestros padres, a nuestros amigos, a los enemigos, las casas de la clase media con sus comodidades y rutinas, a los nenes bien todos parecidos entre sí, a las viejas chupacirios que tanto nos despreciaban, a nuestras máscaras chorreantes, a nuestra bronca pintada en la piel contra ese mundo que se hacía el desentendido, su salud a costa de la nuestra, chupándonos la vida por el mero hecho de tener más dinero que nosotras.

Así íbamos detrás de los clientes, obligadas al calor, a sentir que no había nada peor que ser una mariquita sofocada por el mundo caliente de los varones, donde todo se resuelve con patadas y trompadas. Con el secreto deseo de matarlos a todos, de acabar con el mundo de una vez, a ver si así acababa también la bronca acumulada por ese maltrato perpetuo.

Quizá venía de ahí el vicio de robarles dinero de las billeteras. No mucho: veinte pesos, cincuenta pesos, nada. Ninguna economía familiar se derrumbaría por eso. Es apenas un gesto. Soy joven y creo que es legítimo hacerlo. Que ese dinero me pertenece por estar en situación de desventaja en la escena en la que ambos estamos en ese momento, el cliente y yo. Después, en sus casas, seguramente echarán en falta ese dinero que yo voy a gastar en alguno de esos pequeños placeres con los que se es feliz en la pobreza. Iba mucho al cine en esa época. A veces compraba un libro. A veces alcanzaba para un camisón.

Aprendí eso de las otras travestis, era un saber transmitido. No podía ser de otra manera, después de ese precio miserable puesto a nuestro cuerpo y a nuestro talento para ejercer el oficio. No era una propina, porque no nos era dado con consentimiento. Y sin embargo era legítimo, en pago por aquella violencia invisible que caracterizaba toda transacción con un cliente. Porque toda nuestra

existencia era un delito. Yo era una ladrona de un metro sesenta, que metía mano en las billeteras con la velocidad de una chispa, cuando se dormían o cuando iban al baño. Es preciso aprender pronto: si se piensa más de la cuenta, el cliente sale del baño, te encuentra manoteándole dinero de la billetera y te golpea. Si no se piensa y en cambio se actúa, el tiempo alcanza para todo. A mí me salía bastante bien, hasta que un día uno de los clientes me mandó un mensaje por el celular: «¿Me robaste plata de la billetera?».

«Yo soy puta, no ladrona», le respondo. No sé bien qué quiero decirle. Él no vuelve más y es una pena, porque era guapo, pero se lo merecía, igual que los demás. Para que sepan que somos más caras que lo que sus mentes heterosexuales pueden imaginar.

La noche de mi cumpleaños es la noche más calurosa del año. Decido no trabajar pero sí pasar un rato a saludar a mis compañeras. En el camino, un cliente me hace una propuesta encantadora y acepto. Cuando finalizo las busco en el territorio habitual y las encuentro rodeadas de una caravana de universitarios que festejan que uno de ellos se ha recibido. Todos niños bonitos pintados como travestis, en una de esas obscenas camionetas 4x4 compradas por sus padres gracias al sudor de los pobres. Están todos borrachos, festejando y gritándonos los peores insultos que se le pueden dedicar a una persona. A su paso nos riegan con cerveza, aceleran, dan la vuelta completa al Parque y vuelven dispuestos a una nueva vejación.

Nosotras somos pocas, y a cada segundo nos ponemos más nerviosas y presentimos que todo va a terminar mal. Decidimos escondernos detrás del carrusel, tomar algo fresco en alguno de los carritos, en silencio, para no hacer más palpable el lastre de nuestro hastío. Yo pregunto en voz alta:

—¿No los matarían a todos?

Angie dice:

—Yo los cogería con un hierro caliente antes.

Sandra asiente con la cabeza, sin poder decir una palabra, por el miedo y la impotencia.

Así era la rabia que habían inoculado en cada una de nosotras. Tomar la ciudad por asalto: ese era nuestro anhelo. Terminar de una vez con todo aquel mundo fuera de nuestro mundo, el mundo legítimo. Envenenarles la comida, destrozar sus jardines de césped bien cortado, hervir el agua de sus piscinas,

destrozar a mazazos esas camionetas de mierda, arrancarles del cuello esas cadenas de oro, tomar sus preciosas caras de gente bien alimentada y rallarlas contra el pavimento hasta dejar expuestos los huesos.

Me pregunto qué habría pasado si, en vez de mandar la rabia a lo más hondo de nuestra alma travesti, nos hubiéramos organizado. ¿Qué pasó, en cambio?

¿Adónde nos llevó tragarnos el veneno? A morir jóvenes. Porque, salvo en esos súbitos y rabiosos estallidos fraticidas, las travestis no matábamos ni una mosca.

Desde que pisé por primera vez la casa de La Tía Encarna pensé que era el paraíso, acostumbrada como estaba a ocultar siempre mi verdadera identidad en las pensiones en que vivía, a sufrir como una perra con el pingo estrangulado en unas bombachas siempre un talle más chico. En aquella casita rosa, en cambio, las travestis paseaban desnudas por el patio que rebalsaba de plantas y se hablaba con toda naturalidad de las consecuencias del aceite de silicona, se confesaban entre risas los sueños inconfesables, se mostraban los moretones de las noches de guerra, el mate con la bombilla manchada de lápiz labial, el olor a sobaco mezclado con perfume, las novelas brasileiras siempre en la televisión, los recuerdos de infancias diezmadas que dejaban los corazones expuestos como a recién nacidos desnudos bajo la helada. Más de una se retiraba de pronto con la garganta estrangulada y sólo reaparecía vestida y lista, a la hora de ir a pecar.

Una tarde, cuando recién las conocía, estábamos tomando unos mates a las risotadas, ellas me aconsejaban trucos para tapar la barba con jabón blanco, qué hormonas debía tomar, dónde era más seguro inyectarse aceite de avión, y de repente se abrió la puerta de calle de golpe y entraron unas travestis fuertes como Amazonas cargando a una compañera ensangrentada. Yo atiné a decir que llamáramos a la policía, pero las chicas eran más sabias y decidieron ocuparse ellas de todo, a puro cariño. El novio de la golpeada se había enterado de que era seropositiva y de que le había contagiado el bicho,

así que se descargó con ella hasta dejarla inconsciente.

Debajo de la sangre y los moretones y los dientes rotos había una muchacha hermosa, yo la conocía. Venía del mismo valle de donde venía yo. Pero estaba muy deteriorada, el novio le había pegado mucho, la cara era un destrozo, le sangraban los oídos, casi no podía respirar porque tenía varias costillas rotas y unos temblores y convulsiones que metían miedo. Las travestis lloraban mientras

la curaban, por qué tanta maldad y salvajismo, por qué este mundo de mierda, por qué esta injusticia inmensa, por qué tantas miserias en nuestro camino. El dolor de una era el dolor de todas. Llorábamos como plañideras mal pagas mientras tratábamos de limpiar con alcohol iodado lo que podía limpiarse, cuando entró La Machi Travesti, a quien se le atribuía el poder de resucitar a las moribundas con su magia negra, aprendida en Brasil.

Era una travesti de pelo ralo, incapaz de adecentar el desorden de su apariencia, pero era tan dura que podríamos haber traspasado los muros de la Catedral usándola como topadora. La Machi nos hizo a un lado mientras nuestra amiga agonizaba por culpa de aquella paliza. A pesar de lo borracha que estaba, de los restos de lápiz de labios en los dientes, del olor a humo en los pocos pelos que colgaban de su cráneo, La Machi se abrió paso hasta la cama pidiendo silencio. Ahí habíamos depositado a la moribunda, en la cama de La Tía Encarna, que se había llevado al niño consigo y esperaba en la cocina, para ahorrarle al Brillo todo lo horrible de la vida.

La Machi empezó a hablarle a alguien invisible. «Le rezo a la Virgen porque es mujer y nos entiende más a nosotras», dijo mientras acomodaba las manos de la moribunda y ella soltaba un quejido que nosotras sentimos reptar por nuestro cuerpo, bajar al culo, apretar ahí. La Machi rezaba mientras le pasaba las manos por encima de todo el cuerpo, como leyéndola. Cada vez que alguna de nosotras hacía el más mínimo ruido nos dedicaba una mirada furibunda y seguía rezando en su lengua. Cuando le vino la primera arcada pidió trapos y agua fría. Después sacó un cigarro maloliente de la bolsa que le colgaba de la cintura y empezó a fumar mirándola, como si estuviera tomándose el tiempo de conocer el demonio que habitaba a la moribunda, para salir triunfante de la contienda.



De la misma bolsa que le colgaba de la cintura sacó un pedazo de carne seca, lo mordisqueó con los pocos dientes que le quedaban, y comenzó a recitar algo en voz muy baja y muy intensa mientras fumaba y echaba el humo y la ceniza encima de la moribunda, que tosía y se quejaba débilmente, como el cordero al ser desangrado. La Machi siguió impávida con su ritual, mientras nosotras no sabíamos qué hacer salvo ir pasando de mano en mano una botella de vino.

Sentíamos frío a pesar de la tarde cálida, un frío adentro del cerebro. Una se ofreció a poner la pava, otra dijo «¡Ay, sí!», como si la despertaran de la pesadilla. La Machi nos hizo callar, enojada, y siguió rezando y rezando hasta que le vino un eructo poderoso.

La plegaria crecía en intensidad y las arcadas y los eructos también, era difícil saber si estaba actuando o era verdad todo el numerito del exorcismo, sobre todo

viendo que la moribunda apenas podía respirar del dolor. Entonces La Machi respiró hondo, puso los ojos en blanco, escupió el pedazo de carne que se había metido a la boca, que ahora era una sustancia negra y viscosa, y comenzó a gritar: «¡Ahí está, ahí está el que le ha hecho tanto daño! ¡Ahí está el maligno, la víbora!». Y yo pensé que la única víbora que nos hacía daño era nuestro afán por tener una pija adentro, una pija que nos llenara y nos colmara y nos exigiera todo nuestro dinero y nos golpeará, porque así de brutas éramos también.

La Machi estaba dándole pisotones al pedazo de carne, hasta que se detuvo de pronto y dijo que sólo quedaba el trabajo más agotador: el trabajo de cuidarla.

Entonces se fue a la cocina, buscó una escoba y una palita, limpió el desastre y nos dejó con la moribunda. Su trabajo había terminado. Lo que quedaba era la magia de las travestis: limpiar con un paño y agua tibia las heridas, llevar a orinar a la moribunda, sostenerla mientras cagaba y temblaba, llevarla de nuevo a la cama, envolverla en cobijas, acomodarle el pelo, cantarle en voz baja. Una magia de índole más mundana. La que cualquiera podría hacer y no hace.

Recién cumplidos los quince años, le hacía un nudo en la cintura a la remera gigante que usaba para disfrazarme de ese hijo varón que mis padres querían que fuera y dejaba mi abdomen recién adelgazado a la vista de todos. La usaba con unos shorts muy apretados de mi infancia reciente, que auspiciaban esa exhibición obscena, de niño puto, de travesti precoz, de adolescente caliente. Sin saber muy bien qué hacer con mi sexualidad, desorientada completamente y sin poder hablar con nadie, experimentaba por las mías, ponía mi cuerpo sobre la mesa de disección para explorarlo palmo a palmo.

Me iba en bicicleta hasta las afueras del pueblo, a la ruta por donde pasaban los camiones. Sobre el lomo de mi bicicleta, que parecía una dragona de cromo cortando el aire de la mañana, paseaba mi juventud, exhibía ese cuerpo que nunca más volveré a tener, convirtiéndome en objeto, en carne preciada, para poder vivir la vida que hay que vivir a esa edad, la vida entera en exceso de sensualidad clandestina.

Ya era así en ese entonces, ya iba hacia eso. Masturbar a los choferes en las cabinas de sus camiones, estacionados de cualquier modo, manosearlos por billetes de poca monta, toda esa lucidez para seducir, engañar, falsear la edad, mentir que era mujer, oírlos suplicar, pedir por favor y luego irme en busca de otro y otro y otro. La adolescente que se trepa a los camiones para conocer la vida. Esa soy yo. Esa fui.

Y la otra vida. La vida blanca, la vida diurna, entrometida en el mundo de los heterosexuales de piel clara y costumbres respetables. La vida universitaria, que sucedía de espaldas a la noche. Esa rutina gris con la que me aferraba a la respetabilidad, a la opacidad de mis vecinos, de los compañeros de universidad con que me cruzaba a diario. Ir al supermercado, ir a clase, ir incluso a fiestas donde era inconcebible la existencia travesti. El intento de adecuarme, el esfuerzo camaleónico por parecerme a ellos, por tener sus vidas. Caer bien, ser sobria, amable, inteligente, dedicada, trabajadora, la exigencia de llevar una vida en que no fuese juzgada y condenada. Siempre alerta, siempre en vigilancia conmigo misma.

Los viajes de vuelta a casa de mis padres convertida en ese hijo discreto y obediente. Sin maquillaje, con el pelo recogido, un buzo holgado y pantalones de gimnasia, la mochila al hombro y unos lentes oscuros para evitar las miradas ajenas. El hijo pródigo retornando a casa, a esa madre y a

ese padre que querían verme vivir la vida de ese hombrecito al que le había usurpado el cuerpo sin permiso. Ellos habían borrado de su memoria esa aberración, la habían desconectado de su sistema y, a cambio, yo debía cumplir mi parte en ese pacto, esa obligación, ese castigo: no podía vestirme de mujer.

Así era mi doble vida. El camino a casa de mis padres cruzando las sierras justo por su columna vertebral, la náusea, las continuas ganas de abandonarlo todo, el revoltijo de sentimientos, no terminar de entender si los amaba o si los odiaba, si me era posible seguir viviendo con aquella imposición de ellos, a cambio de su protección y su afecto, o si iba a terminar ahogándome en el rencor y el sufrimiento.

Las comparaciones constantes. Ver cada día a mis compañeros de la facultad, a mis profesores, intentar cada día habitar esa farsa donde me era permitido existir. Envidiar los peinados de mis compañeras, sus cuerpos, sus vaginas, sus novios, sus relaciones familiares. Desear hombres que me rechazaban por ser como era. No poder admitir que me prostituía porque ser puta travesti era la peor aberración que podía concebirse.

Escribir de madrugada, cuando volvía de mi ronda prostibularia, escuchando siempre en la radio a La Negra Vernaci como apoyo y compañía en mi solitaria pieza de pensión. Un café, un porro. La visita clandestina de un amante. Los apuntes de la universidad sobre la mesa, que trataba de leer, de entender, pero me era imposible, como me era imposible asistir a todas las clases si quería tener plata suficiente para comer todos los días. La derrota cotidiana del optimismo y los propósitos, una batalla que siempre se perdía, y la obligación de regresar cada tanto a casa de mis padres.

Mis amigas, las travestis con que armaba familia, no entendían cómo soportaba la exposición, la luz diurna, la mirada heterosexual sobre mí, cómo era capaz de ir a cursar y de ir a rendir materias, ante profesores que ignoraban por completo mi existencia nocturna.

Aquella vida donde siempre fui extranjera, donde no era dueña de nada, la visita al mundo de los normales, de los correctos, mis compañeros y compañeras de clase media en la universidad, esa montaña de secretos y mentiras que siempre tuve para con todos ellos. Una mierda de vida, con el

deseo perpetuamente reprimido. Pero era lo que hacía posible la otra vida: la de la

noche, la del sexo por dinero, la de la desesperación por los hombres.

Así aprendí a mentir, a ocultar mi secreto, a preservarme de los ojos de los demás, de mis padres, de mis amigos, de mis profesores, de los señores de la verdad, los exigentes que pretendían la pureza de la carne y la sumisión del espíritu. Sí, era capaz de decirles: soy tan adaptada como ustedes, soy mejor que ustedes puesto que puedo ser como ustedes y como yo quiero al mismo tiempo.

Y ellos aplaudían satisfechos, porque su modelo de mundo les parecía perfecto, y me abrían las puertas de sus casas y me invitaban a pasar, a ver bien de cerca sus hipocresías.

Y yo veía el sillón donde desplomaban sus cuerpos agotados, el cajón donde guardaban los billetes que pagarían los colegios privados de sus hijos y las vacaciones en la playa y las joyas de sus esposas. Pero también los veía llegar al Parque en sus coches último modelo, igual de dispuestos a pagar por una mujer con pene. Nada los desquiciaba más: «Me vuelve loco verte dormir con ese cuchillo entre las piernas».

Así de hipócritas son. Y así de hipócritas somos nosotras, urgentes travestis que se acaballan sobre cualquier cosa que se mueva a cambio de dinero. Por eso es tan sencillo mentir. Por eso se aprende rápido a decir lo que el otro quiere escuchar. Yo mentía a mis clientes y mentía en la universidad y mentía cuando volvía a casa de mis padres, a quienes sólo les importaba una cosa, el sueño de todos los padres: tener un hijo profesional.

A veces terminaba muy cansada después del trabajo. Sentía que se me estaba gastando el cuerpo a una velocidad tremenda. Como decía Doña Rosita la Soltera: cada año que pasaba era como una prenda íntima que me arrancaban del cuerpo. El envejecimiento prematuro se empezó a manifestar en forma de extenuación. Como si el oscuro dios que me había dado la belleza en un puñado me estuviera ahora abriendo el puño y haciendo que esa belleza se me fuera entre los dedos, como arena.

Cada madrugada de invierno, cuando me desplomaba en la cama después de una noche de ronda, sentía un agotamiento muy parecido a la muerte. Y eso que no lo hacía todas las noches. Lo confieso: no era buena prostituta. Tenía que estar muy hundida en la miseria para acostarme con un cliente que no me gustara. Tenía que estar tapada de deudas para aceptar subirme a un auto que no me convenciera del todo. No lo hacía con la regularidad de un trabajo sino con la

frecuencia de la necesidad.

No sé de quién habré heredado esta falta de ambición, esa comodidad de vivir al día, pero no me gustaba trabajar todas las noches. Lo de ser prostituta respondía a una lógica: si necesitaba dinero, ahí tenía a mi cuerpo, dispuesto a ganárselo. Si tenía para poner pan en mi mesa, entonces me quedaba en casa tranquila durmiendo, como un angelito barbudo.

Pero la pobreza se extendía con su manto cada vez más encima de mí. La amenaza permanente del dueño de la pensión para cobrar el alquiler, más lo que gastaba en champúes, maquillajes, ropa, zapatos, más los remedios en caso de enfermedad, definían la frecuencia con que salía a hacer mi ronda. También complicaba las cosas el regateo de los clientes, que eran capaces de pagar fortunas sin cuestionar por el auto que manejaban, o por la ropa que vestían, o por los teléfonos celulares que ostentaban, pero se les pasaba de moda el corte de pelo peleando con una travesti el precio de nuestro cuerpo.

Así agoté el puñado de belleza que me había sido dado: en aproximadamente dos o tres años. La hermosura fue breve. Y mientras existió fue maravillosa.

Pero la mala alimentación, las noches sin dormir, el alcohol, la cocaína, todo fue dejando en ruinas un cuerpo que había sido hermoso. Comenzó a serme imposible cobrar por esa deformidad lo mismo que cobraban mis colegas. Yo no era una travesti de la vieja escuela, no ostentaba tetas monumentales ni un rostro corregido por cirugías. No: yo era una travesti pueblerina a la que le tocó en suerte nacer en un cuerpo menudo, con unos piecitos que no alcanzaban a llenar un zapato talla 37 y una voz absolutamente femenina.

«La voz», me decían las travestis. «Lo que te envidio es la voz».

Así, cansada, después de haber cogido con uno, con dos, con tres, todavía faltaba el viaje de vuelta a casa y sacarme de encima el olor ajeno, el rastro de esa amargura que me provocaba exponerme como en un mercado de carne y tener que aguantar la disconformidad o el arrepentimiento de un cliente. «Sos un negro peludo y feo», me dijo uno, mientras arrancaba el auto a los bocinazos, como un demente.

Y la espera, después, al llegar a la pensión. Esperar al hombre con el que estaba obsesionada, el hombre que no va a leer este libro. Esperar que golpeará mi ventana a las cinco, a las seis, a las siete de la mañana, un poco borracho o totalmente perdido por el alcohol, con exigencias sexuales que nunca me atreví a

negarle.

A veces me hacía reclamos y escenas porque llegaba temprano y escuchaba desde la vereda cómo hacía feliz a algún cliente. Y yo extenuada, abandonada por la energía divina que antes me hacía levantarme como una muñeca cada día, igual corría a abrirle la puerta y hacerle el amor. A hacerlo en serio: con amor, con besos, sin maquillaje, sin el corpiño relleno de gomaespuma que usaba como tetas, sin ocultar mi pene y sin usarlo como una espada tampoco.

Éramos jóvenes, éramos capaces de amarnos dos, tres, siete veces a esas horas de la madrugada. Éramos capaces de amarnos hasta odiarnos. Él era la pasión que enfermaba mi vida. Imposible dejar de desearlo, incluso con sus agresiones, incluso con su violencia, yo era con él como quería ser. A pesar del cansancio infinito, ese tener miedo todo el tiempo que sentía desde la infancia, yo asumí con él mi papel de esclava, mi papel de objeto. Acaté esa forma de existencia a pesar del cansancio, a pesar del miedo. Por la sola razón de que había una recompensa en su cuerpo, sobre todo de su cuerpo dentro de mi cuerpo, la constatación de su deseo de mí, de mi femineidad.

Por eso acataba, sumisa, menos que puta, mucho menos que puta: asquerosamente dominada por esa idea del amor. Era insultante para mi oficio una relación como esa. Y era una vergüenza también para mis amigos de la universidad la existencia de ese amor.

Cómo iba a durarme el puñado de belleza que me dieron, si yo misma me

sumergía de cabeza en la fealdad.

Lo había atendido varias veces en la pensión. Era guapo y grosero. Me desdeñaba con esa actitud de quien ha sido bello toda su vida. A veces estaba sucio y tenía que pedirle que se duchara. Pero era guapo y eso bastaba para aceptarlo como cliente. Trabajaba para la Municipalidad como inspector de tránsito. Siempre iba vestido de beige, una pauta de su espíritu.

Un día me ofreció el triple de lo que me pagaba siempre para meterme en el culo las pilas que hacían funcionar mi radio. Era mucho dinero todo junto, y yo acepté. No puedo culpar a la pobreza por eso. No puedo alegar ninguna excusa.

Sólo puedo decir que me culpé durante muchos años por haber aceptado esa humillación.

Me robaba vida la culpa que sentía, hasta que fui una tarde a ver a La Tía Encarna hecha un mar de lágrimas. ¿Cómo iba a mirar a la cara a mis padres, a

mis amigos después de eso? La Tía Encarna, con el niño en brazos, iba de un lado a otro de su casa ignorándome por completo, mientras yo la seguía atrás como un bicho rastrero, enferma de culpa, llorando desconsolada. Hasta que de golpe detuvo su marcha, giró sobre sí misma y con la mano libre me dio vuelta la cara de un cachetazo.

—¡Estoy cansada de la miseria con la que se miran! —dijo, y se abrió la blusa para liberar un pecho casi tan grande como el niño que reposaba en su brazo, y con la punta del pulgar y del índice se apretó el pezón, y un hilo de leche se deslizó como una lágrima entre sus dedos—. Mirá. Esto es importante. —Y volvió a cerrarse la blusa y me cerró en la cara la puerta de su habitación, después de decirme—: Vos no vas a pasar la Navidad sola este año. Una de las chicas del Parque va a hacer un asado en su casa y estamos todas invitadas.

Oh, nodriza Encarna. Oh, milagro de tus pechos. Oh, Difunta Correa de tetas de aceite de avión, santa patrona de todas nosotras, que logramos encontrarte en la búsqueda sin descanso de una madre, de procurarnos una madre para esas noches de remordimiento, una madre que nos enseñara a no sufrir.

Cuando llegó el día de Navidad, tuve que quitarme las sandalias y caminar descalza por una calle de barro para llegar hasta la casa de nuestra anfitriona.

Allá nos esperaba una de las chicas con la manguera en la mano y nos lavaba los pies a carcajadas, y cada tanto se ponía el pico de la manguera en el pubis y gritaba: «¡Me destruqué!».

Conocer la casa de otra travesti era un evento muy bonito porque una podía ver sus coincidencias y sus disidencias, y con eso construíamos nuestra identidad, nuestro futuro hogar. No había otro espejo mejor.

La mesa de Navidad estaba puesta con esmero. Individuales de plástico, vasos de acero inoxidable y unas copitas antiguas a un costado, que sólo iban a usarse para el brindis de las doce de la noche. Sonaban viejos cuartetos de los años noventa, que a mí me recordaron las Navidades en casa de mi abuela, y por la ventana entraba olor a carne asada. No había más detalles navideños que una guirnalda en la puerta. En esa casa no hacían falta porque ya éramos todas como árboles de navidad, decoradas con nuestras mejores galas, un poco por vanidad y otro poco para contrarrestar la miseria. Cualquiera que nos hubiera visto jamás se habría imaginado la humildad en que vivíamos, porque estábamos todas vestidas como reinas.

El menú era pollo a las brasas con ensalada de ave. El turrón, el pan dulce, la garrapiñada, todo lo que siempre aborrecí de las Navidades, esa noche me parecieron manjares. La madre de la anfitriona nos atendía como si todas fuésemos sus hijas. En un momento me llevó de la mano hasta su cuarto y hurgó entre los cajones de su cómoda, sacó una enagua antigua, en perfecto estado, y me dijo: «Tomá, te la regalo, porque sos muy flaquita, te va a quedar bien».

En un momento de la cena, una de las chicas hizo un chiste sobre otra que se había operado y tenía una vagina perfecta. Le preguntaron a la operada si ya se había metido dos al mismo tiempo y yo pregunté dos qué y todas se me rieron en la cara y me trataron de falsa ingenua, hasta que yo confesé que nunca había visto una vagina reconstituida. Todas empezaron a cantar a coro: «¡Que la muestre! ¡Que la muestre! ¡Que la muestre!», y la propietaria de aquella vagina reluciente se subió el vestido, lo sostuvo contra su pecho con el mentón, se corrió la tanga a un costado y nos mostró su concha.



Seguimos riéndonos un buen rato, yo pensaba que era una vagina hermosa, mientras ella desplegaba bien los labios para que viéramos en todo su esplendor aquella vagina, que tanto le costó tener y que tanto orgullo le daba. Todas bailamos después. Una a quien le decíamos La Thalía, porque tenía una cintura de violín, tiró un botella llena al piso pero no nos importó nada, y nos turnamos para bailar con la madre de la anfitriona, y llegó la hora de brindar, y los petardos y fuegos artificiales del barrio nos ensordecieron, y la anfitriona nos hizo entrega de los regalos a cada una, un pañuelo con nuestras iniciales que ella misma había bordado, y todas nos sentimos miembros del club más exclusivo del mundo y nos disculpamos por no haberle llevado regalos, pero ella decía:

«No importa, no importa».

Después se pusieron a darme consejos sobre cómo resaltar mis rasgos femeninos, y me elogiaban la voz, tan de mujer. Una me pidió que cantara y yo canté la canción del toro enamorado de la luna, y una se puso a llorar y otras le hacían burla porque ella dijo: «Es que extraño a mi papá». Y cada vez estábamos más borrachas, y lavamos los platos y nos quedamos en el patiecito, comidas por los mosquitos, prendiendo espirales bajo las reposeras y brindando sin parar por cualquier cosa.

Una de las chicas dijo que le gustaría que su hermano terminara el secundario y otra dijo que quería juntar dinero para ponerse un poco más de culo, y entonces me preguntaron a mí qué me gustaría y yo dije que nada, y entonces me dijeron que pidiera algo ideal y yo no supe qué decir. Fuerza, pensé, pero me dio vergüenza confesarlo. Después hicimos silencio para escuchar coger a los

vecinos de al lado y una de las chicas gritó que invitaran, que era una linda noche para eso, y así nos sorprendieron las primeras nubes de colores que anunciaron que era hora de irse a casa.

Y salimos todas juntas por la calle embarrada con nuestros zapatos en la mano, y una se fue para el lado del aeropuerto a tomarse el colectivo, otra se fue a su casa que era por ahí cerca, y yo me subí al auto de un señor muy borracho que venía de Río Ceballos y terminamos dándonos amor a la vera del camino, mirando los aviones que salían y llegaban trayendo pasajeros de

última hora que seguramente habían brindado por la Navidad en pleno vuelo. Yo me había puesto mi enagua antigua y el cliente, después de pagarme, me invitó a desayunar en un puestito ahí cerca del aeropuerto, y yo le conté no sólo la Navidad de las travestis sino también que había visto por primera vez en mi vida una concha hecha por un cirujano, y le dije que esa noche me había separado de Dios para siempre. Y él, borracho como estaba, me dijo: «Hiciste bien».

Dos noches después, un cliente se enoja conmigo porque no puedo conseguir una erección y penetrarlo. Apenas si puedo levantar de entre los muertos este cuerpo que saco por las noches a la calle para comerciar. Apenas me mantengo en pie. Voy borracha como mi papá volvía de sus rondas de borracho. No me avergüenza ir así por ahí, oler a alcohol, transpirar alcohol y tener esa gracia egocéntrica que confiere el alcohol. Pero no logro tener una erección.

El cliente, que ha pagado por un turno de dos horas en el hotel y tiene miedo de que algún conocido lo vea conmigo, está cada vez más enojado y me insulta con violencia. Que así no se llega a ningún lado, que le robo el trabajo a las que sí pueden, tener semejante pija y no saber usarla, qué vergüenza, qué clase de puta soy, sin tetas, con bigotes, fea, qué clase de negro sidótico con pelo largo se ha llevado al hotel. Por momentos amenaza con pegarme, y yo trago saliva y escucho sin mover un músculo del rostro. Tengo miedo, pero también me causa risa verlo tan desesperado por ser penetrado, un niño caprichoso por una verga.

Tanta rabia de él y tanta borrachera mía hacían inútil todo intento, vaya a saberse las sustancias que me había metido esa noche. Él podía dejar los pulmones haciendo oír su indignación sin que mi pito reaccionara. Lo que más furia le daba era que ahora debía salir conmigo, pasar frente al conserje de aquel hotel de mierda que yo no merecía pisar, a las negras como yo se las cogía de parado en la oscuridad, yo no valía nada, y me exigió que le pagara la mitad de

los gastos.

Incapaz de entrar en razón, lleno de odio porque no ha logrado lo que quería, aunque yo le ofrecí mil alternativas, me insulta todo el camino desde la

habitación hasta su auto, pero yo voy tan borracha que ni me entero. Son muchísimas cuabras hasta mi casa, pero es posible que otro cordero inocente entre en los dominios de esta loba.

Regreso por Deán Funes, la ciudad reposa, sólo algunos cybers están abiertos. Las puertas abiertas tienen mal aliento, de adentro salen lamentos que suplican ser oídos, hay fantasmas dolientes adentro de los cybers a esa hora, las puertas abiertas por el calor, el humo de tabaco condensado como una tormenta sobre las cabezas de los cybernautas, muchos solitarios, muchas personas que sólo quieren hablar de lo que sea pero hablar con alguien, aunque sea por chat, decir cosas, ser leídos, mentir incluso, pero hablar, tener algún contacto con alguien.

En el camino me encuentro con cierta duquesa de la zona, La Vale, la misma que hasta hacía unos meses, cada vez que me veía pasar caminando frente a ella, me gritaba: «¡Marica!». Esa misma Vale hoy sale a mi encuentro envuelta en olor a whisky, vestida de rojo, campera vinílica y unos postizos fucsia en el pelo, tan inexplicable en esta ciudad, tan desconcertante, dañina y dulce como la Coca-Cola, quejándose de la malaria con una fragilidad inusitada, van dos o tres días que no levanta nada.

–¿Y a vos cómo te fue? –me pregunta, y yo le cuento la historia con el de recién, el que se fue enojado porque no pude penetrarlo. Y ella se muere de risa y me pregunta si me estoy hormonando, y yo le digo que no. Entonces me dice que ella tiene la solución: con una pastillita de Viagra se soluciona todo. Y saca de su cartera un recorte de blíster y parte una pastilla por la mitad con la uña y me dice que me tome media y vea cómo me va. Y nos reímos de la situación, ahí en la esquinita de Deán Funes y Fragueiro, porque no lo podemos creer.

–Tanto lío para ser travesti y terminar cogiendo putos –dice.

Y a cada cliente que se le acerca le pregunta: «¿Sos pasivo?». Y a los que dicen que sí les dice que se vayan. Y desde su trono, que es aquel zaguán, grita:

«¡El del auto rojo es pasivo!», y se retuerce de la risa. Hasta que llega uno en bicicleta y arreglan por una hora y se meten en su piecita con bicicleta y todo,

y yo sigo mi camino a casa, con la media pastilla de Viagra como un sapo dormido en la cartera.

Al otro día la tomo. Al principio todo va bien. La estreno con un tenista un poco beige y desabrido que, sin embargo, a la hora de ser montado corcovea como un caballo enfurecido y pide y ruega como si no fuera él, como si lo hubieran cambiado con la embestida. Cobro, nos despedimos.

El problema es que la erección continúa. Y el próximo cliente no quiere saber nada con la pasividad, a pesar del mito popular cordobés, y el que sigue tampoco, y yo estoy desesperada en el Parque, sola, todas se han ido a alguna parte y me dejaron sola con mi erección doliente. Nunca en la vida me había ocurrido semejante erección. Ahí estoy, como un macho incontinente y embrutecido, con un sufrimiento que es una vergüenza y una deshonra para la gran pasiva dominante que soy.

Cubro con la campera la evidencia de mi priapismo, vuelvo a casa pero me es imposible dormir. Cuando parece menguar el efecto, me relajo y ya estoy por dormir, pero al menor roce se reactiva la erección. Así que me masturbo, una vez, y otra, y otra, hasta el cansancio. Recorro a la memoria de todos mis amantes, los convoco con la memoria, experimento horas y horas con mi pene en la mano, ese oscuro objeto del deseo por el que los clientes se enojan tanto y patean y lloran y ruegan, hay que ver cómo ruegan esos maridos insatisfechos por este pene que tengo ahora entre mis manos y que estrujo para vaciarme del efecto de la maldita pastilla.

Hay que ver cómo ruegan todos esos hombres que forman una familia y tienen hijos y se rompen el lomo trabajando para dar de comer a los hijos y a la esposa. Hay que ver cómo ruegan en silencio por la noche cuando sueñan con este pene que yo ahora estrangulo y exprimo mientras aprieto los dientes. Hay que ver cómo ruegan por llevárselo a la boca y metérselo bien adentro del culo, y sentir que es una mujer quien los penetra, quien les provoca ese dolor, quien les provoca ese deseo. Hay que ver cómo se les estruja la escala de valores cuando tienen ese pene adentro. ¿Por qué, entonces, creemos que es nuestra culpa no poder infundirles valor para que se queden, o para que se vayan para siempre, o para que al menos no nos infecten con el miedo?

Fueron horas tortuosas hasta que pasó el efecto. Al final no quería saber nada,

hubiera sido capaz de cortármelo, de arrancármelo con los dientes para acabar con la erección. Pero también me concedió al día siguiente unas carcajadas inolvidables, hasta el ahogo y la arcada. Son una leyenda entre las travestis las noches de Viagra. Cada vez que a una de nosotras le tocaba protagonizar una, después se la contaba a sus amigas, y ellas se la contaban a cada una de sus amigas y a las amigas de sus amigas, entre similares carcajadas. La desgracia del

Viagra, la maldición de Priápo.

Estoy sentada en la farmacia. Espero mi turno rodeada de viejos que también esperan. Entre ellos y yo no hay mucha diferencia. Tal vez la única radique en la juventud de espíritu: ellos son evidentemente más joviales que yo. Toda singularidad en mí, todo grano de belleza, ha ido a morirse allá afuera, en la calle.

Uno de los ancianos vuelve de consultar algo en el mostrador y se sienta a mi lado. Al hacerlo se desinfla el olor que contenía su ropa, que entra en mi nariz y en la de la señora a mi otro costado. Las dos fruncimos el ceño: olor a amoníaco, a pis, como el de mi abuelo en sus últimos días.

De repente entra ella, larga como una espiga e igual de flaca, con unos lentes negros que le cubren no sólo la mirada sino también la índole. Decía La Tía Encarna: «A toda travesti se le da, en el reparto de dones, el poder de la transparencia y el arte del deslumbramiento». Todas nosotras estábamos acostumbradas a caminar muy rápido, casi al límite del trote. La velocidad de la caminata era consecuencia de nuestro afán por ser transparentes. Cada vez que nuestra humanidad se volvía sólida, tanto los hombres como las mujeres, los niños, los viejos y los adolescentes nos gritaban que no, que no éramos transparentes: éramos travestis, éramos todo lo que en ellos despertaba el insulto, el rechazo. Por eso, con mayor o menor arte, intentábamos la transparencia. El triunfo de volver a casa habiendo sido invisibles y llegar limpias de agresiones.

La transparencia, el camuflaje, la invisibilidad, el silencio visual eran nuestra pequeña felicidad de cada día. Los momentos de descanso.

Así entra ella ahora en la farmacia. Absorta tras el gesto con el que se declara

viva, un gesto muy tenue. Viste un jean ancho, lentes de sol, y es tan larga y flaca como es posible ser sólo en los sueños. Yo adivino su deseo de no ser vista en detalles mínimos de sus hombros, de su voz. Y lamento que no le funcione.

Detrás del mostrador están los mismos empleados de siempre, buscándose con la mirada. Ya uno le ha dicho algo a otro, que suelta una risita. Una de las chicas que atienden se acerca a averiguar el motivo de jolgorio de sus compañeros y se suma a la burla.

No se contentan con dejar su maldad detrás del mostrador, comienzan a buscar cómplices entre los clientes, que se contagian al instante: de repente todos están mirando a la travesti que acaba de entrar en la farmacia con la intención de

pasar lo más inadvertida posible. Ella nota las risitas de medio lado, los cuchicheos, y se incomoda. Agacha la cabeza, se pone los auriculares y se dispone a esperar.

Yo lo veo todo. Veo a mi hermana, mi amiga, mi familia, cansarse de las miradas burlonas e irse sin comprar lo que necesita. Yo también ando con poco tiempo y con poco fuego. No encuentro en mí la energía para montar el pollo que se merecen esa sarta de miserables esclavos de las buenas costumbres. Qué vergüenza me dan. Qué vergüenza me doy por no convertirme en justiciera y mandarlos a todos al rincón más hediondo de la Tierra. Hijos de la mierda más mierda, hermanos de la mierda más mierda, practicantes de la peor de las mierdas. Qué saben ellos de las horas perdidas intentando dominar el difícil arte de la transparencia y del deslumbramiento. «Somos como un atardecer sin lentes de sol», decía La Tía Encarna. «Nuestro fulgor enceguece, ofusca a los que nos miran y los asusta».

Es cierto, pero siempre podemos partir. Y nuestro cuerpo va con nosotras.

Nuestro cuerpo es nuestra patria.

Angie era la travesti más linda del Parque. No había visto a una travesti tan bella como ella en toda mi vida, ni volví a ver otra igual. Alta, delgada, siempre vibrante, siempre en movimiento como un tallo de bambú al viento.

No supe nunca su edad, era de esas travestis de las cuales es completamente imposible adivinar sus secretos. Su belleza joven se potenciaba con una sabiduría de alma vieja, que la precedía como un aura.

Cuando la conocí no tenía cirugías. Se depilaba mucho las cejas, las dejaba muy finas, como se usaban en los años ochenta. Tenía el pelo corto y contaba con mucha gracia que los hombres le decían Araceli, y tenían razón porque era igual de hermosa que Araceli González. Había que ser muy pero muy hermosa, si eras travesti, para andar con el pelo corto por ahí, mientras todas las demás invertían lo que no tenían en pelucas y extensiones. Ella, en cambio, llevaba el pelo a la *garçon*, no alcanzaba a cubrirle las orejas pero, lejos de afearla, eso la volvía más irresistible aun.

Andaba siempre con su primo, un maricón de dieciséis años que aprovechaba las noches de ronda de Angie para hacerse montar entre los árboles del Parque.

Tomaba como un triunfo su capacidad para hacer más dinero que nosotras sin ser travesti. Agarraba los billetes en puñado, nos los pasaba por delante de la nariz y decía: «Me voy a tomar un helado. ¿Vienen?». Su prima lo obligaba a invitarnos un cucurucho en la heladería que había enfrente de la Plaza España.

Todos nos miraban y nosotras hacíamos la comedia de lamer el heladito como si estuviéramos felando a Marlon Brando, hasta que alguien nos insultaba y la cosa se ponía turbia, porque éramos chicas de poca paciencia.

Vivían ambas en Alta Gracia. Cada noche se tomaban el colectivo para venir al Parque y cada amanecer, cuando el cielo se ponía rojo, volvían juntas a su pueblo, Angie muy apurada porque tenía que hacerle el desayuno al novio, que era albañil y entraba muy temprano a trabajar.

Nos habíamos conocido en las escalinatas del Parque, una noche en la que yo me había ido a llorar en soledad, como solía llorar por entonces. En eso estaba cuando oí una carcajada que se iba acercando cantarínamente. Eran ellas.

Bajaban las escalinatas sin mirar los escalones, igual que las modelos que desfilaban en *Donna sotto le stelle*, el programa de la RAI. Cuando me vieron sola, a esas horas de la madrugada, en aquellas escalinatas, supieron que allí había alguien que necesitaba que la divirtieran un poco.

Lo primero que le oí decir a Angie fue: «Yo me hice travesti porque ser travesti es una fiesta». Para toda enfermedad lanzaba ese antídoto, y así vivía.

Supongo que había nacido así. Como una flor en medio del desierto. «Pero no, mi vida, no llores por ese tipo que no te da nada. Ser travesti es una fiesta, disfrútalo». Y aplicaba su filosofía al pie de la letra. Siempre reía, siempre era generosa, siempre llevaba caramelos en los bolsillos. Ella me pegó la costumbre de chupar caramelitos de menta durante las horas de trabajo, no sólo porque suavizaban el aliento impregnado de marihuana, alcohol y tabaco, sino también porque decía que practicarle sexo oral a un cliente con un caramelo de menta en la boca hacía que ellos te amaran más.

Su novio albañil aceptaba sin dramatismos la profesión de su novia. Vivían juntos en Alta Gracia en una casita que había levantado él con sus propias manos y en la que Angie dejaba todo su sueldo. Angie trabajaba mucho y ahorraba mucho también. Estaba empeñada en darse todos los gustos en vida y había empezado por ponerse de novia con el minotauro más espléndido que había podido conseguir con el aleteo de sus pestañas y el veneno de su cariño.

Su chongo era el hombre más guapo que habían visto nuestros ojos. Era un moreno de ojos grises que parecía construido con ladrillos, pero no era objeto de deseo sólo por eso. Había salido con otras travestis antes y se lo habían disputado más de una vez, con navajas incluidas. Se decía que estaba dotado como un mulo y que era dulce como la miel. Yo noté al instante que estaban

verdaderamente enamorados el uno del otro. Y que Angie era una fiesta literalmente: por hermosa, por feliz, por imprevisible. Era una cosita imposible de no adorar. En el Parque había una reina. Y era ella.

Cuando le preguntábamos cómo hacía para que su chongo se tomara a bien su profesión, Angie respondía que ella se acostaba con otros hombres tal como él construía casas para otras familias. A veces él aparecía a buscarla y todas le gritábamos: «¡Chau, socia!», como si compartiéramos ese chongo entre



todas y lo nuestro fuera una sociedad anónima. Angie se reía y movía la cola orgullosa, porque en esa tierra de desahuciadas era amada por alguien que ponía el corazón sobre la mesa.

Un día, su primo y yo tuvimos que intervenir de apuro en una pelea con otra travesti. Se había enterado de que aquella mala bestia había estado mandándole mensajes a su hombre y fue a exigirle una satisfacción. No contaba con que la otra era forzada como un fenómeno de circo: al primer golpe la tumbó y le hizo golpear la cabeza contra las raíces de un árbol. Ahí en el piso la había agarrado a patadas. En cuanto nosotras oímos los gritos fuimos a separarlas. Yo apelé a todo el poder de mi retórica para calmar a la otra travesti. Cuando finalmente logré aplacar su furia, la mala bestia sentenció: «No te hagás tanto la loca, amiga, si no sabés qué clase de loca te podés cruzar en la calle».

A mí no me gustó nada ver a Angie tan golpeada y asustada, y mucho menos acompañarla al Hospital de Urgencias, porque el golpe contra las raíces había sido bravo, le sangraba un poco la sien. De todos modos, como vivíamos drogadas a whisky con clonazepam, ella se iba riendo y nos aseguraba que su chongo jamás se acostaría con una travesti que tuviera tanto bigote.

Sólo una vez la vi llorar. Ella no soportaba llorar ni ver llorar, y eso era un problema porque en ese tiempo las travestis éramos muy lloronas. Cuando alguna de nosotras estaba triste, Angie te invitaba a tomar algo caliente en algún bar abierto y te decía: «Ser travesti es una fiesta, mi amor, mirá a todas las que nos miran», y señalaba a las chicas espantadas que nos miraban desde las otras mesas como si fuéramos extraterrestres. «Ya quisieran dar lo que nosotras damos, mi vida. Porque nosotras damos amor», decía, y a mí el corazón se me encogía como una pasa de uva porque adoraba y admiraba la determinación con que vivía Angie.

Una noche, dos chicos muy bonitos, de esos de los que siempre hay que desconfiar porque nadie tan bello puede tener un corazón bueno, nos invitaron a subir a su Kangoo, a hacer una fiesta con ellos. A mí las fiestas no me gustaban, me ponía incómoda tener a otra travesti desnuda al lado pero, como lo había

arreglado Angie, sabía que habría buen dinero y que cada una haría su trabajo

por su lado. Eran como las cuatro de la mañana de un sábado, una hora peligrosa porque los muchachos empezaban a salir de los bailes y de los boliches y andaban muy borrachos y con ganas de cruzar límites, de ser los más rápidos del oeste, de hacer daño, de vengarse.

Era una hora peligrosa, pero también era la hora en que aparecían los mejores especímenes de chongos habidos y por haber: los solitarios. Y nosotras nunca queríamos perdernos a los solitarios. Con ellos siempre iba todo bien, como si existiera la buena suerte, como si aquellas palabras que decía Jesús se estuvieran por hacer realidad en ese momento y, por una vez, los últimos serían los primeros.

Madrugada. Nosotras duras como la estatua del Dante y heladas, un frío que nos hacía doler la espalda. La Kangoo frenó delante de nosotras y vi adentro a dos principitos dorados, un poco borrachos, bien vestidos y perfumados, con buenos modales y dinero en los bolsillos. Pero en cuanto se pasaron a la parte de atrás de su camioneta nos pidieron que les hiciéramos todo lo que podían hacerles dos vagabundas sodomíticas como nosotras, y después, a la hora de pagar, dijeron que ellos por travestis no pagaban.

Angie se lo tomó con calma, dijo con su voz más dulce que obvio, mis amores, que nos iban a pagar porque nosotras no les habíamos ocultado nada, pero ellos dijeron que los habíamos embaucado porque no aclaramos que éramos putos. Yo quise mediar con mi retórica pero uno de los chicos le dio una trompada en la boca a Angie y el otro me agarró del cuello y me empezó a asfixiar. Se armó un verdadero tole tole en el que Angie intentaba manotear su navajita en el bolsillo de su jean y yo gritaba como una loca porque sentía que de ahí no íbamos a salir vivas, y entre el torbellino de trompadas y rodillazos veo de pronto que la puerta de la Kangoo se abre y el cielo nocturno entra por ahí, y La Tía Encarna, subida a unos tacos de quince centímetros, arrastra fuera de la camioneta al que me estaba estrangulando y empieza a darle patadas en los huevos con sus tremendas plataformas. En ese momento de confusión Angie logró encontrar su navajita y se la clavó en la cintura al otro, y yo miré la hermosa cara ensangrentada de mi amiga y al nene de mamá lloriqueando con las dos manos agarrándose la panza, y La Tía Encarna nos gritó: «¡Salgan de una vez, pelotudas!», y vimos una horda de travestis que venían al rescate, dispuestas a descargar su larga furia

acumulada.

Angie se había hecho esa navaja ella misma. Consistía en un jaboncito de hotel unido a una hoja de Gillette con una gomita para el pelo. Se podía llevar en la manga, en la cartera o en el bolsillo. Una noche me regaló una y me dijo: «Ay, amiga, no sabés qué rico huele este jaboncito a coco». Con esa navaja le había abierto bruto tajo en la cintura a nuestro agresor, tal como El Zorro marcaba su zeta con la espada a quienes se atrevían a desafiarlo.

Esa noche, mientras nos aplicábamos sendas botellas de agua mineral helada en los golpes, Angie me miró a los ojos y me dijo: «¡Ay, amiga!», con los dientes manchados de sangre como si fuera lápiz de labios, y se tapó la boca mientras lo decía y se apoyó contra mí, y cuando se sintió mejor la acompañé a tomarse el colectivo a la terminal y ella me dijo: «Gracias, mi vida», y me prometió que el domingo me iba a invitar a comer un asado a su casa preparado por el novio.

Angie murió de sida. Algunas de nosotras la vimos morir. Fue muy rápido, se puso flaca y verde y desapareció del Parque. Su primo me contó la desgracia, con una indolencia que no me gustó nada: dijo que no la veía desde que la habían internado en el Rawson. Angie murió tomada de la mano de su novio albañil, que no se separó de ella ni un minuto. Fui un par de veces a visitarla antes de la facultad y me lo encontré en ambas ocasiones sentado en las escaleras del Rawson, llorando como un nene. Era muy joven, creo que no había cumplido los diecinueve, y ya estaba a dos pasos de convertirse en viudo. Un día me pidió plata para pagar la boleta de luz de su casa: como no podía ir a trabajar ya no tenía dinero, la enfermedad de Angie se había comido sus ahorros.

La Tía Encarna le llevó una tarde al Brillo de los Ojos, para que Angie se despidiera, pero las enfermeras no la dejaron pasar, le dijeron que no era conveniente para el niño estar en ese hospital que era una especie de hotel de emergencia para nosotras, antesala de nuestra muerte. «Ese es el único lugar al que pertenecen ustedes», me dijo una vez un policía que quiso llevarme detenida. «Ahí vas a ir a parar», me dijo señalando el Rawson, el hotel de nuestro desamparo.

Yo andaba con el ánimo por el piso en esos días. Estaba en un grupo de

estudio en la facultad y las niñas bonitas con las que me juntaba a estudiar se quejaban de unos problemas banales que yo hubiera adorado tener. A los veinte años no es justo que una amiga se te muera por el bicho.

Las malas lenguas decían que el chongo de Angie se casó después con una chica y tuvo hijos. Para entonces, las travestis de mi manada habían dejado de desearlo porque sospechaban que ella lo había contagiado. De un día para el otro dejó de ser el sex symbol que nos enloquecía, para quedar marcado como un portador indeseable. Todo aquello fue muy cruel. Lo cierto es que nunca más vi a aquel hermoso albañil, pero le agradezco, en donde esté, el amor con que trató a mi amiga. Yo vi con mis propios ojos que no le soltaba la mano un instante durante las horas de visita, y también lo vi en las escaleras, derrumbado de dolor, secándose las lágrimas con las manos cuarteadas por la cal. La había amado como merece amarse lo más sagrado del mundo. Porque para él también había sido una fiesta estar al lado de una travesti.

El Parque ya no fue lo mismo sin ella, aunque no hubiera venido todas las noches cuando estaba viva. Nuestra rutina continuó igual pero ahora era más sórdida, siempre con la petaca en la mano, peleando con los clientes, peleando entre nosotras, puteando a De la Rúa y los patacones. Así fuimos olvidando lo importante: que ser travesti era una fiesta. Porque la más hermosa de todas nosotras ya no estaba ahí para recordárnoslo.

El tumor de nuestro resentimiento. La amargura de nuestra orfandad. El lento homicidio cometido sobre las de nuestra especie, las zorras, las lobas, las pájaras, las brujas. Voy a repetirlo a pesar del pecado literario: y también las ganas de matar. Muy fuertes, provenientes de un lugar desconocido y sin nombre, la madre de nuestra violencia, allá en el fondo de nuestra memoria, todo ese registro olvidado en el proceso de desensibilización al que nos sometíamos día a día para no morir.

Cuántas veces lo habíamos oído: «Las travestis son muy quilomberas», «No metas una travesti en tu casa», «Son ladronas», «Son muy complicadas»,

«Pobrecitas, no es su culpa pero son así». El desprecio con que nos miraban. La manera en que nos insultaban. Los piedrazos. Las persecuciones. El policía que había orinado en la cara a María la Muda a punta de pistola,

diciéndole que si no podía decir bien su nombre le iba a descargar todo el cargador en la cabeza, a ella y a todas las que estábamos de testigos. Cada uno de los golpes que se sumaban a los que nos habían propinado nuestros padres para revertirnos, para llevarnos de regreso al mundo de los normales, los correctos, los que forman familias y tienen hijos y aman a Dios y cuidan su trabajo y hacen rico al patrón y

envejecen al lado de sus esposas. La furia contra el silencio y la complicidad de nuestras madres en el desprecio sistemático de nuestra existencia. Ni El Brillo de los Ojos podía sustraernos de esa rabia que seguiría arrastrando sus cadenas en nuestro interior cuando ya se nos hubiera extinguido la vida.

Desde que las vecinas empezaron a gritarle en la cara «¡Degenerado!

¡Robachicos!», La Tía Encarna empezó a salir cada vez menos a la calle. Se quedaba encerrada mirando las telenovelas brasileiras en las que sublimábamos nuestra historia. Ya no se maquillaba. Iba poniéndose pesada, lenta, como perra preñada. Se recostaba sobre su corazón y desde ahí le hablaba al niño en un idioma que era sólo de ellos. El Brillo crecía envuelto en esas palabras secretas, dichas en susurros, mientras del otro lado de la medianera nos gritaban:

«¡Sidosos! ¡Reventados!», con la intención de derribar la paz que tanto le había costado construir a Encarna.

A veces contestábamos, pero era peor. Una vez, Abigaíl Cabelo de Fogo se asomó a la ventana y se abrió el pantalón para mostrarle su pito enorme y mustio a la vecina exaltada con cara de abuela inocente que libraba aquella guerra santa contra nosotras. Al día siguiente pintaron con aerosol rojo en nuestra pared la palabra *PUTOS*, en tamaño catástrofe. No había sido la vieja, evidentemente, lo que significaba que todo el barrio estaba contra nosotras. Tapamos la pintada lo mejor que pudimos, sabiendo que era inútil, que tarde o temprano la volverían a pintar.

El mundo del deseo no es todo lo luminoso que se cree.

Era un cazador. Usaba pantalones y camisas Grafa y su corpulenta contextura anticipaba lo que llevaba entre las piernas. Era un animal amable y viril que

te dejaba agotada después de un polvo, como si te hubieras batido a duelo con un bisonte cuerpo a cuerpo. Yo sabía que había sido el garrón de varias que habían terminado enamoradas de él, porque él nunca se dejaba atrapar. Hablaba poco, se perfumaba mucho y te acariciaba con ternura. Trabajaba como guardia en el zoológico y vivía solo en un pueblito de las afueras, ya no me acuerdo cuál. Se rumoreaba que tenía un dogo y que ese perro había matado a un ladrón que se le había metido en la casa una noche en que él estaba de guardia. Cuando te tocaba como cliente sabías que sería buena noche, porque siempre pagaba el precio

convenido, era limpio, sabía cómo tratar a una chica, nos prestaba dinero, nos acariciaba, nos aconsejaba beber menos, drogarnos menos, nos daba propinas, corría con todos los gastos y dejaba toda su humanidad en aquello. Una noche con él era como la primera cita de un noviazgo feliz.

Yo sabía que con él tenías derecho a sentirte bien, realmente bien, una felicidad breve que provenía de su cuerpo. Él me llevaba al zoológico y hacíamos el amor en la guardería, entre mesitas con forma de corazones, pintadas de celeste y rosa, sobre unas colchonetas en las que seguramente después las maestras jardineras se sentaban a jugar con los niños. Después de atenderlo, siempre regresaba a mi casa, no necesitaba más. A veces él me invitaba a caminar un rato por el zoológico. Teníamos que ir callados porque los animales se ponían sensibles de noche. Él iba con su linterna y me llevaba hasta donde estaban los leones, que nos miraban con sus ojos verdes fosforescentes suplicándonos el retorno a la sabana. O me mostraba cómo dormían los camellos y cómo empezaban a cantar las grullas cuando adivinaban el alba. A veces, en medio del paseo, se le desbalanceaba la temperatura y me montaba ahí mismo, bajo las estrellas y entre los animales. Me sacaba toda la ropa, se sacaba toda su ropa y, desnudos bajo el cielo, tratando de no gemir para no molestar a los animales, rendíamos honor al pecado.

El guardia era un solitario. Escuchaba a Dolina en una radio a pilas y a veces me hacía regalos inesperados después de profanarme en la guardería del zoológico. Yo estaba enamorada, pero él me llevaba más de veinte años y las malas lenguas decían que tenía una esposa. Yo miraba en silencio la nostalgia de los camellos contra aquel desierto pintado en el fondo de su jaula. Parecía

una burla ese paisaje falso, yo no entendía cómo podían creérselo, pero ellos lo miraban con una nostalgia tan sabionda que terminaba emocionándome. El guardia a veces me decía: «Si por mí fuera, abriría todas las jaulas y a la mierda con todo». Yo le preguntaba por qué no lo hacía y él me contestaba: «Porque si me meten preso, vos no me vas a ir a visitar». Y yo me refregaba contra su cuerpo como una perra caliente. Incluso cuando estábamos delante del pobre camello.

Las constelaciones a veces pueden ser muy generosas. Mi guardia del zoológico me daba cariño, me servía café caliente en las noches de invierno, más de una vez me llevó en su auto hasta mi casa y se despedía de mí con un beso en la boca.

María la Muda estaba prohibida en todas partes. No la dejaban entrar ni en bares ni en restaurantes ni en iglesias ni en los inmundos despachos de los ministerios. Si iba a un supermercado le pedían que se retirara, si iba a la verdulería la echaban con sus burlas. La pobre María, la más golpeada de todas nosotras, la más querida por El Brillo de los Ojos, era incapaz de quejarse por su exilio, pero también era incapaz de someterse a la asimilación en ese mundo gris que había que sobrellevar antes de alcanzar la tierra prometida.

Lentamente se había convertido en una pájara de plumaje plata oscuro. Al comienzo, sus quejidos de sordomuda tenían una potencia desoladora, era posible escucharla desde la mitad de la cuadra tratando de comunicarse con alguien. Después eligió callarse para no asustar al niño, porque su idioma tenía la bravura del grito de guerra del pavo real. En las noches de luna llena iba a acompañar el encierro voluntario de Natalí, y las dos bestias se hacían compañía mutua, en un lenguaje incomprensible, suntuoso, amargo, lleno de expresividad, a escondidas del mundo.

Nosotras la apoyábamos como podíamos, con nuestros escasos conocimientos, pero dispuestas a transitar con ella el terror de su mutación, la agonía de su cambio. Ella ensayaba sus primeros vuelos en la terraza, de noche, cuando no había testigos, mientras disminuía cada día de tamaño, como presa de un hechizo inquebrantable. Pronto dejó de comer alimentos cocidos, sólo podía picotear pedacitos de carne cruda, mientras el hocico se le transformaba en un pico fino y alargado como las boquillas de oro con que

fumaban las estrellas de Hollywood. Se cubría con una colcha y andaba desnuda, porque su cuerpo se había deformado tanto que no había prenda que le sirviera.

Esperamos durante meses que se le fortalecieran las alas y pudiera desplegarlas en su totalidad en medio del patio, pero no ocurrió. Sólo le crecieron garras en los pies, cuyas uñas le pintábamos con esmalte rojo, nacarado, totalmente desentendidas del buen gusto. Finalmente quedó reducida a un pajarito de plomo que se limitaba a espiar desde su nido en el limonero del patio cómo transcurrían los días del Brillo, silbando unas canciones melancólicas que estrujaban el corazón.

Nuestra ave, nuestra hermana más libre, que sería capaz de volar adonde quisiera. María la Pájara, que comió de nuestra mano lombrices y gusanos.

Ahora que he hablado de su transformación, siento que una parte de mí muere en este relato.

Desde la transformación de María íbamos cada vez menos por la pensión de La Tía Encarna. Más de la mitad de nosotras ya tenía el bicho adentro y, por andar tan desabrigadas, casi en cueros en aquellos páramos helados, siempre estábamos resfriadas, enfermas, débiles. Pasaban los días y nos perdíamos el rastro, acéfalas como estábamos. A veces nos cruzábamos en algún boliche gay y nos saludábamos sólo al pasar, como si la cofradía fuera cosa del pasado. A veces nos contábamos todas las novedades de nuestras vidas, en un segundo, porque nuestras vidas seguían igual que siempre.

Cuando pasábamos a ver a La Tía Encarna, ella nos hostigaba con reclamos que sonaban lógicos y desquiciados a la vez. Nos acusaba de haberla abandonado, de estar viviendo una existencia suicida, decía que éramos incapaces de ver lo difícil que era todo para ella, nos tildaba de oportunistas y desagradecidas. «¡Yo que lo he dado todo por ustedes y me pagan con traición!».

Nos habíamos perdido los primeros pasos del Brillo, nos habíamos perdido sus primeras palabras, la habíamos dejado sola en una casa que había sido nuestra.



La vegetación había tomado el patio por completo, era como estar adentro de una selva, de un invernadero anárquico. Las plantas rastreras se nos enredaban en los tacos al pasar, las abejas zumbaban con total impunidad delante de nuestros ojos, los murciélagos se ocultaban entre los pliegues de las trepadoras, las ramas cubrían por completo el cuadrado de cielo que antes se veía desde el patio. Por entre la tiranía de esa fauna ingobernable se desplazaba La Tía Encarna con su hijo cada vez más obeso, como un luchador de sumo. Gordo, tirano, siempre prendido a los pechos de su madre, que ya ningún amante ni cliente podía probar.

La Tía Encarna se había enclaustrado en su pensión. Lo único que le importaba era el niño. Nos habíamos quedado sin madre. Éramos otra vez huérfanas. Nadie sabía adónde ir, dónde esconderse de lo posible.

Cuando una de nosotras enfermaba nos enterábamos de inmediato. Una noche me contaron que la silicona inyectable con que Lourdes había moldeado su cuerpo le había pasado al torrente sanguíneo. La debilidad de su cuerpo, por el sida, era la causa de ese horror. Esa silicona que le había dado pechos, le había redondeado las caderas, engrosado su boca y enaltecido sus pómulos, ahora había comenzado a correr tóxicamente por todo su cuerpo, para no dejar sitio sin tocar. De repente, los mil pesos que le había pagado a La Machi por su nuevo

cuerpo eran su mayor enemigo.

Entonces toda la hermandad travesti se puso en movimiento. La música de nuestros tacos subiendo las escaleras del hospital, el tintineo de nuestra *bijouterie* por los pasillos parecía capaz, por un momento, de rehabilitar el mundo. Pero nuestra Machi Travesti nos recibió con la noticia de que era incapaz de curar a la enferma. «La situación es irreversible», dijo. «La pena que me inunda es tal que he decidido no visitar más las regiones de los dioses. No soy digna de ese privilegio. No confíen en mí, les he mentado. Me he entregado al alcohol, al sexo sin reparo, a la promiscuidad toda, he dinamitado este cuerpo.

Pero los milagros existen. Están a la altura de la mano. Es sólo que nos cuesta distinguirlos. Quizá nuestro triunfo haya sido ese: que seamos inocentes de ignorar nuestro milagro».

A partir de ese momento, la enferma muere cada día un poco. Su madre la acompaña. Es una mujer poco comunicativa. Durante todas nuestras visitas la enferma sonríe. Nunca había imaginado que, en la hora de la muerte, su madre estaría despidiéndola así, desde el muelle, mientras ella se alejaba por el mar hasta convertirse en puro perfume. El goteo del suero acompaña las horas. Hasta último momento nos dicen que hay posibilidades. Pero nos han mentido, y en los minutos posteriores a la última exhalación de Lourdes nos encontramos destajadas a lágrima viva, con las maldiciones a flor de piel, la boca llena de espuma como perras rabiosas. Estamos cansadas de la muerte.

La música de nuestros zapatos se despeña escalones afuera, nos vamos como quien huye de un bombardeo. No podíamos decirnos nada. No podíamos hablar de nuestra tristeza ni de nuestras pérdidas.

Esa misma noche fui al Parque sola por primera vez, y por primera vez me llevó detenida la policía. Querían saber si vendía droga. Hablé, durante la noche entera les hablé, de la muerte de mi amiga, del hambre, de la amargura de la vida travesti, los manoseé sin pudor, les di todo el dinero que tenía y me fui.

Irse de todos los lugares. Eso es ser travesti. ¿Habría pensado Lourdes en sí misma como niño al final? En ese último instante en que el bicho ganó la guerra,

¿habrá estado preparada para encontrarse con su infancia? Para morir se debe preparar la casa, recibir al niño que supimos ser. Saber pedirle perdón por tanta traición cometida, por tanta mentira, por tanta sistemática decepción, por el rumbo perdido, por tanta belleza pasada por alto.

Desde el primer momento me había tratado de narigona, de fea, de negrito serrano. Me había tocado el pito con descaro y se había burlado de mi manera de hablar: «Esta es de las que te dicen hola con voz de marica y después son flor de camioneros», decía de mí. Y, a pesar de la aceptación inmediata de la manada para conmigo, ella se tomó su tiempo para dejarme entrar en su vida. Nunca me saludaba, no me dirigía la palabra más que para someterme a sus burlas. Yo me ponía roja de vergüenza y enojo. Entendía que era mejor reírme con las demás, pero una cosa no quitaba la otra, había que tener cuero de foca para que esos chistes no te dolieran, no te dieran ganas de que te

tragara la tierra.

Su particular sentido del humor era su manera de mantener a raya el dolor. Se reía de todo con una agresividad incontrolable. Nunca fue afectuosa, pero era encantadora, estaba partida como un vaso de vidrio y con los bordes de sus heridas te lastimaba. Mil veces la vi correr en busca de refugio con una cara que te encogía el espíritu, casi arrastrándose por culpa de su renguera, y mil veces la vi volver, incorregible. Siempre robaba billeteras, siempre se portaba mal, se tomaba hasta el agua de los charcos, se drogaba con todo lo que potenciara sus salvajadas. Era brutal como sólo puede serlo un amante. Era irresistible ser agredida por ella. «¡Narigona chupapijas!», «¡Moncholo miserable!», me decía, y se reía mientras fumaba un cigarrillo, despreciando todo lo que la rodeaba, odiándolo todo.

Era bizca y renga de una pierna. Aun así, la belleza no la abandonaba nunca, trascendía sus defectos. A pesar de los ríos de alcohol berreta que introducía en su organismo, no caía nunca. Pero cuando bebía se ponía amarga, el charme le soltaba la mano, era una vieja borracha mala y sola, desesperada por una caricia, suplicante de amor, de que alguien le tendiera la mano por la calle, de que alguna de nosotras se atreviera a saltar las vallas y fuera a rescatarla de ese castillo inhóspito donde se escondía.

«No conozco las palabras papá ni mamá», me dijo un día. Miró para otro lado cuando lo dijo, dramatizando el momento, para que doliera más.

Se había venido del Chaco sola, cuando todavía era menor de edad. Había comenzado a travestirse sólo por las noches, tenía un trabajo de día, hacía changas, y los viernes y sábados por la noche se montaba como una reina con todos los elementos que le proveía la pobreza: un rejunte de telas de dos pesos

anudadas de tal manera que simulaban escotes abismales y minifaldas que no se sabía si estaban a punto de rasgarse o desmaterializarse en el aire.

La lucha por la belleza nos había dejado a todas en los puros huesos, pero sabíamos que, si nos descuidábamos, no sobreviviríamos ahí en el Parque. Cada día había que tapar la barba, sacarse los bigotes con cera, pasarse horas planchándose el pelo con la plancha de la ropa, caminar sobre esos zapatos

imposibles, hay que decirlo, imposibles, cómo pudo alguien en el mundo inventar esos zapatos de acrílico, tan altos que se podía ver el mundo entero desde arriba, tan altos que no daban ganas de bajarse de ellos, tan altos que los clientes pedían por favor que no te los sacaras, y los lamían esperando saborear un poco de esa gloria travesti, esa frivolidad tan honda, esos piesotes de varón coronados por zapatos de princesa puta.

Ella se paseaba como ninguna arriba de esos tacos, con su belleza siempre al borde de desaparecer, de extinguirse, de abandonarla. Se llamaba Patricia, aunque todas le decían La Renga, La Virola o El Loco. Se llamaba Patricia por una hermanita que había tenido en el Chaco, que murió de fiebre, sola en el rancho, y que ella encontró cuando unos chanchos estaban a punto de comérsela.

Ese fue el día en que huyó de su casa para siempre. Tenía catorce años, sus padres la despreciaban por maricón, pero ella no necesitaba permiso de nadie: ni para permanecer donde quisiera ni para irse adonde le diera la gana.

Le gustaba tener el nombre de su hermana muerta, me dijo, el mismo día en que me dijo que no conocía las palabras mamá y papá. Estábamos las dos sentadas en la vereda esperando el colectivo, en un momento de rara intimidad.

Ella me hacía burla por mi voz de concha, como se decía entonces, y yo le conté que mucha gente nos confundía a mi mamá y a mí por teléfono. Ella se rio, se balanceó hacia adelante y hacia atrás sin poder controlarse, y al rato dijo:

–Me gustaría ganarme el Quini 6 y mandarme a mudar. Irme a vivir a Italia.

Tengo una amiga que vive como una reina allá. Acá, en cambio, te comés cada garrón, te subís a un auto y te voltea el olor a bolas y el olor a culo. Me quiero ir a la mierda –dijo.

Y después, como si toda la mesopotamia se le hubiera metido en la mirada, como si todos esos esteros y chamamés, esas polcas y acordeones enfermos de tristeza se le hubieran arrastrado hasta adentro, dio vuelta la cara y dijo:

–No conozco las palabras papá y mamá. No tengo padres. Estoy muerta para ellos.

Y pasó un auto, nos llamaron, nos subimos con dos preciosos ejemplares de la buena vida argentina, dos corderitos bien alimentados con ganas de ser mordidos, y nos fuimos al departamento de uno de ellos.

Ella sabía disimular su renguera caminando muy despacio y exagerando la cadera para un lado y para el otro. Al ojo extraviado lo ocultaba con unos lentes de cristal rosa en degradé, una maravilla de la moda de esa época que ella no se sacaba ni para ducharse. En el viaje había seguido agrediéndome por mi manera de hablar, pero a mí no me hacía falta hacerme la cínica, yo hablaba así naturalmente, y la dejaba hacer, y le festejaba los chistes, porque qué otra cosa se podía hacer frente a ese animal que vivía según sus propias reglas, que había decidido no aprender más nada después de cierto punto, que se había premiado y castigado según sus propios designios, como la huérfana que era, la pobre niña huérfana que nunca fue llevada a un oculista, que nunca fue atendida por su renguera, que había robado el nombre de su hermana muerta.

Los clientes nos llevaron a un departamento de la calle Crisol. Apenas el guardia de seguridad nos miró, ellos se rieron con malicia y se hacían chistes:

«Nos vieron entrar con los chicos», le decía uno al otro, y yo me sentí lastimada, pero ella se agachó ahí mismo, en el ascensor, hurgó dentro de la bragueta del más lindo de los dos y comenzó a hacerle una francesa. El otro se puso nervioso, a mí siempre me tocaban los miedosos. Les pidió que pararan, mientras el amigo trataba de sacarle los lentes rosados a mi amiga y ella le decía que no, que la habían operado de los ojos y no se los podía sacar por protección. El estúpido le creyó y cuando llegamos al departamento estábamos en ese borde impreciso de las cosas, de no saber si nos iban a tratar bien o venía con cinismo la cosa.

Yo quería irme. Ellos me parecían dos estúpidos monumentales, uno estudiaba abogacía y el otro vaya a saber qué. Pero mi amiga puso sobre la mesa todo lo que llevaba encima, y siempre andaba bien munida de cosas que te podían hacer flotar, y les ofreció a los muchachitos, y uno se puso como

loco cuando vio esa tentación sobre la mesa y el otro, el miedoso, le dijo que se calmara, que para qué, pero ese tipo de preguntas, en determinados niveles de la evolución, no tienen respuesta.

La Pato siguió insistiendo en que la vida era muy fea para estar de cara y el miedoso le gritaba que no se metiera, y yo me figuraba que si él hubiera sabido darle una respuesta a La Pato la cosa hubiera llegado hasta ahí y basta. Pero hay millones de personas en el mundo que no saben responder preguntas de esa índole, de modo que mi amiga, además de pelear conmigo, se pone a pelear con el amigo de su chongo, porque no soporta absolutamente ninguna prohibición, la ofende estar presente cuando algo se prohíbe, y el miedoso le dice que ellos no son drogadictos y yo hago el ademán de irme, pero La Pato dice: «¡Vos te

quedás acá!», y los dos chongos se ponen a pelear entre ellos. «¡Todo por culpa de este puto!», dice el estudiante de abogacía y sin querer golpea a Patricia que se indigna como un volcán y pega un salto y le araña la cara, y aprovecha para salir corriendo con la billetera de su chongo.

Él cierra con llave el departamento y me dice que no me mueva de donde estoy, y yo le digo que no tengo nada que ver, pero ellos están furiosos porque La Pato le arañó la babyface al estudiante de abogacía. Y ahí es cuando se pone verdaderamente fea la cosa porque yo quiero irme pero ellos me zamarrean duramente del brazo y me sientan y se ponen cínicos, ponen esa mirada de locos, capaces de cualquier cosa, y ahí es cuando yo pongo en alerta todo el cuerpo.

Abro las branquias, erizo la pelambre y saco las uñas como para hacer flor de escándalo en caso de ataque. Pero ellos saben que les puedo hacer pasar un mal momento. Tengo todas las de ganar, pienso chillar como una chancha, caminar por las paredes y tirar abajo lo que encuentre a mi paso, toda la cristalería berreta de este departamento de estudiantes, con esos portarretratos familiares que me retuercen las tripas.

Sé que, si verdaderamente quiero, puedo darles la batalla que se merecen, pero también es cierto que una pelea de esas siempre agota, y me pongo cobardona y empiezo con la retórica. Apelo a falaces argumentos, les digo que no sé nada de La Pato, que la conozco sólo del Parque, que no es mi

amiga en realidad, que no sé ni dónde vive, como Pedro traicionando a Jesús, pero ellos no me creen. El estudiante de abogacía está como loco porque La Pato se llevó la billetera donde él tenía todas sus tarjetas, documentos y hasta la fórmula de la Coca-Cola. Yo tengo la brillante idea de decirle que quizá la tiró en la vereda al salir y él sale corriendo, me deja sola con el miedoso y yo me aprovecho de la situación: lo empiezo a calentar, le ronroneo en la oreja, le apoyo todo el cuerpo, levanto la cola por encima de sus ojos y la meneo, hasta que él cede y cede, y cada vez cede más, y nos vamos al cuarto y ahí termino el trabajo, y él no sólo me paga sino que me acompaña hasta la puerta, y ahí siento la posibilidad de correr la frontera un poco más allá, de que la experiencia no se termine ahí, y me encanta ese momento de peligro.

Lo convengo de acompañarme en el ascensor hasta abajo, pasamos delante del guardia de seguridad, que dice: «¿Ya se va el señorito?», riéndose cómplice, y yo le veo la cara de ladino y, a plena vista, me llevo la mano de mi cliente dentro de la bombacha para dejarle el recuerdo bien fresco, y disfruto la cara de vergüenza de los dos, ya saben, una travesti es algo muy difícil de explicar, todo el mundo lo dice, es muy difícil de explicar a los padres y muy difícil de explicar

a los niños qué es una travesti.

No volví a ver a La Pato hasta mucho tiempo después, una noche en que le abrió la mejilla de un navajazo a otra travesti que le había querido robar un cliente en sus propias narices. El auto había parado en el límite entre el territorio de una y otra, Patricia vio a la otra abrir la puerta de ese Fiat Uno desconchado y se le fue al humo, cerró la puerta del auto de una patada y le agarró los dedos.

Cuando el auto arrancó, arrastró unos metros a la pobre travesti, que gritaba desesperada.

Yo estaba ahí, con mi botellita de Coca-Cola rellena de ron, dispuesta a hacer unos pesos más y dar por terminada la noche, cuando la travesti logró liberar su mano y rodar por el asfalto. Entonces La Pato le saltó encima como un gato montés y sentenció: «Te dije que no me robes más clientes», y de un navajazo le abrió la mejilla y salió corriendo hasta perderse por la pendiente del Parque, mientras las pocas que quedábamos nos llevamos a la herida al

Hospital de Urgencias, donde nos recibe un médico de guardia que pregunta: «¿Qué novedad traen las chicas hoy?», mientras cose él mismo la mejilla de la herida y la manda a la casa. «Pórtense bien», nos dice mientras nos ve partir.

No sabemos portarnos bien o mal, vamos por el mundo con toda nuestra vida encima, que cabe en una carterita de mala muerte comprada en la calle San Martín o en la Ituzaingó. Hacemos el bien y el mal sin conciencia y a veces nos encontramos todas desayunando en McDonald's, mientras la gente nos mira con el desprecio habitual, y a veces nos peleamos entre todas como una bolsa de gatos y huimos en manada cuando vemos venir el patrullero del Flaco de la Cuarta, el famoso Flaco de la Cuarta al que tanto miedo le teníamos.

En esos casos el mejor refugio es la zanja del Parque, que en realidad no es una sola. En aquellas zanjas, que tienen el mismo espacio que un ataúd, nos acostamos como momias y nos cubrimos con ramas. Ya tenemos marcados los sitios donde escondernos, hasta que ya no se vean las luces azules de los patrulleros. A veces se hace larga la espera y nos ponemos a cuchichear, acostadas en nuestros ataúdes. Así me entero de que Patricia se ha puesto de novia con un croto y que andan de pungas por la calle.

Yo cierro los ojos y me imagino la escena que me cuenta la compañera, ahí tirada en la zanja con sus pies enredados en los míos. Veo a La Pato esperando el colectivo y al linyera que pasa y le pide unos pesos. Por coquetería ella se los da

y él, para agradecerle, le muestra la serpiente muerta que le cuelga desde la bragueta hasta las rodillas, que ella toma entre sus manos y sopesa como si se tratara de un vulgar salamín de campo. Él le dice que tenga cuidado, que se puede lastimar, y ella contesta que nada puede lastimarla, y menos eso.

Y se van juntos de la parada del colectivo, en el camino compran una cerveza y terminan en la Plaza Austria, escenario de orgías de homosexuales rapaces y perfumados que andan a la caza del cadáver del amor, tierra de desdentados y marginales, de rotos y descosidos, de muertos y degollados. Pero ella no le tiene miedo a nada y él parece un perrito abandonado en el fondo de la noche. En esa tierra de nadie sellan su matrimonio.



La Pato se lo lleva a vivir a su casa y comienza a mantenerlo. Viven en su casita de ladrillos de bloque en Coronel Olmedo, fría como una mañana de invierno, con el piso de cemento cuarteado y sin terminar. Ella estrecha contra su vientre a ese croto sin pasado, sin padre y sin madre, sin lugar adonde ir, sin ambiciones y sin coraje, lo estrecha contra su vientre y se lo queda para sí.

Una noche llega al Parque con el croto. Vienen del Estadio del Centro, de meter mano en los bolsillos de la concurrencia. Ella se la pasa diciendo «mi marido» a quien quiera oírla, y casi se entrevera con una de las travestis porque cree que le está mirando al novio, que ya está muy pasado de años y desnutrición como para resultarle atractivo a nadie, así que la cosa no pasa a mayores. Igual, por las dudas, yo prefiero no mirárselo demasiado. Pero me hace recordar a una parejita de tullidos que vi en la farmacia una vez, ella con todo el cuerpo como corrido de eje, una pierna se iba para un lado y la otra para el otro, y él medio lento y bobalicón, con saliva espumosa en las comisuras de la boca, presentando la receta de la obra social, haciéndose entender como podían con el farmacéutico. Los seguí, después, por las calles del centro, a pocos pasos, pensando que a veces todo parece perfecto en el mundo, hasta los tullidos se pueden amar.

Todo puede ser tan hermoso, todo puede ser tan fértil, tan imprevisible, cuesta creer que sea obra de un dios. El lenguaje es mío. Es mi derecho, me corresponde una parte de él. Vino a mí, yo no lo busqué, por lo tanto, es mío. Me lo heredó mi madre, lo despilfarró mi padre. Voy a destruirlo, a enfermarlo, a confundirlo, a incomodarlo, voy a despedazarlo y a hacerlo renacer tantas veces como sean necesarias, un renacimiento por cada cosa bien hecha en este mundo.

Una semana después es el tercer cumpleaños del Brillo de los Ojos y le llevo una cajita de música que toca «Autumn Leaves» al girar la manivela. Es como una pianola a escala. Pensé que la música podía caberle en las manos al Brillo y me pareció un regalo bonito.

Encuentro cansada a La Tía Encarna. Dice que es más fácil criar a un niño si se es padre. Dice que los padres se comprometen menos afectivamente con los hijos. Y ella, en cambio, está atada al Brillo, porque estaba destinada a él. No podría vivir si algún día la mala suerte osa separarlos.

Mientras tanto, María la Pájara nos mira con sus ojos de granada, picoteando las miguitas que quedan en los manteles.

Calle 27 de Abril, dos de la mañana de un martes. Desfilo por el Paseo Sobremonte, la calle casi vacía. Llevo puestas unas calzas azules que le robé a mi mamá, una musculosa corta, una mochila pequeña donde apenas caben las llaves de la pensión y los preservativos, y muchas ganas de hacer dinero. Los hombres solos me miran, las parejas cuchichean. Lo hacen con descaro, no les importa que los descubra escrutándome como una oferta en la vidriera. No hay reparos a su indiscreción; en cambio sí los hay a mi indiscreción para vestirme.

No pueden mirar otra cosa. Eso logramos las travestis: atraer todas las miradas del mundo. Nadie puede sustraerse al hechizo de un hombre vestido de mujer, esos maricones que van demasiado lejos, esos degenerados que acaparan las miradas.

El insomnio me volvía temeraria en esas situaciones: me fijaba metas imposibles, como no irme a dormir hasta haber juntado el dinero para el alquiler de todo el mes, o para una peluca, o algún otro de esos gastos absurdos en que era capaz de sacrificar lo que ganaba con el sudor de mi cuerpo, esa reina caída en desgracia. Por supuesto, muchas veces no alcanzaba el objetivo y me iba a acostar sin haber cumplido una puta meta. El sabor de la frustración era una de las causas principales de mi insomnio. Pocas cosas peores que irse a dormir con los ojos abiertos, con el sabor de la miseria en la boca.

A veces me equivocaba en la negociación. Pedía mucho a señores avaros, o demasiado pobres, en todo caso a personas que definitivamente no estaban dispuestas a pagar lo que mi intuición me dictaba. Otras veces era cuestión de paladar: no podía soportar la idea de acostarme con ciertos especímenes especialmente repulsivos. Esa era mi regla sagrada: no subirme al auto de ninguno que me repugnara.

Pero aquel martes era una noche sin suerte. Regresaba a casa por 27 de Abril, cuando siento que un auto aminora su marcha, atraído por la danza de mis caderas. Miro hacia atrás, miro hacia adelante, ningún testigo indeseable a la

vista. Baja el vidrio polarizado de la ventanilla del conductor y aparece una corona calva, luego unas cejas muy pobladas y negras, luego unos bigotes, y una voz que me dice:

—¿Cómo está, preciosa?

Yo reconozco la voz y reconozco la estampa. Sé que lo conozco, es alguien que alguna vez fue muy famoso. No puedo recordar su nombre. Pero es él.

Viajo muy atrás en el tiempo, a cuando tenía siete, ocho años y pasábamos la Navidad y el Año Nuevo en casa de mi abuela, en el barrio Los Bulevares. Veo a mis primas recién entradas en la adolescencia, con los escotes implosionados por las ubres que han desarrollado desde la última Navidad, incendiadas de deseo por los muchachos y perfumadas para matar. Veo a mis primos bailando y a sus novias vigilando a quién miran, enfermas de celos por las chiruzas que quieren arrebatarles la presa. Veo a mi abuela y a mi abuelo, sentados en dos sillas de jardín, mirando con una sonrisa boba cómo baila su prole, y de pronto me acuerdo de quién es el cliente que me está abordando ahí en la 27 de Abril: es el cantante quartetero que hacía las delicias de la familia en mi niñez, el que sonaba en las fiestas de todas las casas del barrio. Mis primas cantaban a coro sus canciones con una mano en el corazón, como si estuvieran entonando el himno nacional. Aunque le hayan pasado los años y esté viejo, pelado y con un halo de fracaso desdibujando su magnífica camioneta, decido subirme en homenaje a todos esos recuerdos que me galopan en el pecho al son de su música.

Me lo llevo a la pensión y me excuso por la pobreza, por la cama pequeña, los pocos muebles que desentonan entre sí, las baratijas colgadas en las paredes.

A él le llama la atención que yo tenga juguetes de mi infancia. Usa un perfume barato, de esos que le olía a mi papá cuando salía de peregrinaje étílico por los bares del pueblo. Todos sus amigos usaban esa loción para después de afeitarse que era peor que aliento de perro: una vulgaridad viscosa que infectaba el aire.

Yo era pobre, es cierto, pero olía a Calvin Klein. Sabía la diferencia abismal entre no usar nada y ponerse aquella horrorosa loción. El abismo de las

pretensiones.

Mi cantante se desviste, la vida de giras ha deformado su cuerpo hasta dejarlo como el de una perra callejera preñada. Yo hago lo mío lo mejor que puedo, con el poco amor que tengo para dar esa noche de cansancio. A él parece gustarle

igual. Me dice: «Chiquita, ponete así», «Chiquita, subite acá», «Chiquita, no hagas eso».

En el momento en que finalmente sincronizamos movimientos, alguien golpea la ventana de mi cuarto. Él se pone nervioso cuando oye los golpes, muy nervioso. Empieza a vestirse rápido mientras dice que él es una persona conocida, que creyó que íbamos a estar tranquilos, que yo le mentí. Mientras discutimos, el otro cliente se cansa de insistir contra el vidrio de la ventana. Es mi única oportunidad de agradecerle a aquel ídolo del pasado por las noches de felicidad y bailongo de mi infancia, pero no encuentro modo de hacerlo relajar.

Intento mil trucos para que me disculpe, le juro que no me pasó nunca, y es verdad: jamás me había pasado eso de estar acaballada sobre un cantante cuartetero y ser interrumpida por otro cliente.

Pero no hubo caso. No quiso pagarme, además. Se fue ofendido, haciendo derrapar su camioneta 4x4 por la calle desierta. Antes de salir pidió que me asegurara de que no había moros en la costa, para que su raída imagen no corriera peligro. Yo quedé temblando de frustración y gozo en el cuarto de pensión impregnado de su perfume decadente. Sólo quería ir hasta un teléfono y llamar a mis primas y recordarles aquellas Navidades de besos bajo la higuera y bailes frenéticos al son de las canciones de aquel cuartetero, cuando la vida parecía una flor abriéndose paso a través de la dura piel de un cactus.

Después de que el ruido de su enorme camioneta se perdiera en la noche, me hice un té y me senté a escribir, algo que hacía a menudo al finalizar mis noches de ronda. Pero no alcancé a escribir una página. El otro cliente volvió, al ver que la camioneta ya no estaba, golpeó mi ventana y no me quedó más remedio que dejar interrumpido lo que estaba escribiendo y ponerme a

trabajar.

La temporada de caza ha comenzado. Todo el barrio nos acosa. Quieren la matanza de las travestis. Que lo anuncien los diarios, que lo filmen los noticieros, que figure después en los libros de historia: «Hoy recordamos la matanza de las travestis».

El Brillo corre peligro en la pensión de La Tía Encarna. Se han intensificado las pintadas con aerosol, los insultos son cada vez peores, cada vez más filosos.

Nosotras vamos ocultas por la calle: pañuelos, sombreros, gorros, bufandas, con el corazón a punto de decir basta mientras esperamos que alguien nos abra la puerta. ¿Dónde están mis padres en aquel momento? ¿Cómo es posible esta

vida?

Una de esas noches me subo a un auto con dos morochos bien simpáticos que me llevan a un kiosco en Barrio Yofre, frente a las vías. Son las tres de la mañana. En el camino, el que maneja elogia mi perfume. Me ofrecen cocaína de una bolsita abierta a mordiscones. Yo voy en el asiento de atrás con uno de ellos, haciendo de las mías. Ni la incomodidad de ese auto pequeño ni los vehículos que pasan a nuestro lado tocando bocina impiden que me dedique a lo mío. Me gustan los dos, en especial el que está a mi lado. El auto frena en medio del páramo y entramos en silencio al kiosco, porque es de la madre del que maneja y se despierta al menor ruido.

En el depósito, que es como un purgatorio entre el kiosco y la casa, entre bolsas de caramelos y cajones de cerveza, yo cumplo con mi obligación. De pronto el hijo de la dueña de casa nos pide que nos quedemos quietos. Se oye la voz de la mamá que lo llama, pregunta con quién está y qué está haciendo.

«Nada, mamá, vinimos a buscar unas cervezas. Andá a dormir, que es tarde», le grita él. Pero la madre insiste e insiste hasta que el chico dice que ahí no vamos a poder quedarnos.

El otro, el que me gusta, ofrece su departamento, que queda a unas cuabras de

ahí. Nos vestimos, levantamos campamento luego de sacar tres botellas de cerveza del freezer y nos vamos a la otra casa. Esta vez conduce el que me gusta.

Es lo que se dice un regalo del cielo. No tiene un milímetro de piel que no me tiente. Huele bien, viste bien, tiene ojos verdes y un cuerpo hecho de piedra. El acompañante es todo lo contrario: un alfeñique nervioso y cocainómano que huele mal, viste peor y me trata con torpeza.

Llegamos. Son casi las cuatro de la mañana. No hay nadie en la calle.

Entramos en la casa y me piden que me recueste en la cama. Es el momento clave de autopreservación: la piel toda alerta, como la lengua de una víbora que tantea el aire. Es el momento en que el cliente comienza a hacer saber lo que quiere y se cree con derecho a exigir algo. La piel de toda prostituta se eriza en ese momento. Toda prostituta debe hacer lo que quiere; no cuenta el deseo del cliente. Una puta que se precie nunca cede. Es el momento de hacer que el cliente se pliegue al deseo de la puta y crea que ese es su deseo. Y hacerlo pagar por eso.

En la mesa de luz hay un frasco grande, de esos donde guardan las aceitunas en los almacenes, pero está lleno de monedas. De las paredes cuelgan armas que yo asocio con artes marciales. Palos de todos los tamaños, fállicos por donde se mire. Los niños me convidan cocaína y éxtasis. El departamento es espantoso.

Podría morir de depresión por la fealdad que me rodea, me recuerda el gusto de mis padres para decorar su casa.

Yo estoy desnuda en la cama. Ellos se desnudan también y comienzan a jugar conmigo. Estamos ahí, tres cuerpos desnudos, uno visiblemente vulnerable a los otros dos. Hay un vértigo en entregarse así a esas situaciones. En un momento empiezo a sentirme mareada y con ganas de vomitar. Les pido que me dejen respirar y ellos se apartan. Me quedo mansamente dormida. Nunca en mi vida dormí así. Todo vira a negro y queda en pausa.

Abro los ojos cuando ya amaneció. Una luz dañina se cuela entre las cortinas.

Ellos están vestidos ya, sentados frente a la computadora. Miran pornografía y beben cerveza. Al principio no entiendo dónde estoy ni con quién. En el monitor se suceden imágenes de chicas desnudas, todas están dormidas mientras ellos las penetran con los palos que cuelgan de la pared, con botellas, con sus propios brazos. De pronto me veo a mí misma en la pantalla, con una botella de cerveza saliéndome del culo y la cara de uno de ellos apoyada en mi nalga. Lindo retrato para enviar como tarjeta de Navidad. Finjo dormir, no haber visto nada. No alcanzo a oír lo que dicen. Estoy muy débil. Me duermo otra vez.

Sueño con la costanera de un río. Es un pueblo hermoso con el río más bello del mundo. Es un atardecer rojo, yo camino por la ladera que da al agua, los sauces cubren el cielo. Yo quiero volver al pueblo, quiero volver a mi habitación. De las ramas de los sauces cuelgan murciélagos del tamaño de una persona. Están dormidos. En el suelo, desparramados como los restos de un banquete, veo osamentas de vacas, huesos de gran tamaño, y moscas, y sangre enlodando el suelo. La sensación de asco me despierta.

Logro erguirme sobre los brazos, me toco y entiendo al instante que han hecho conmigo todo lo que les ha dado la gana. En la sábana hay semen y manchas de mierda y de sangre. Ellos siguen de espaldas frente a la computadora. Me aclaro la voz. Ellos dicen: «Te dormiste». Vaya novedad. Los párpados me pesan. Hace frío, el sol ya no entra por la ventana pero la luz lastima igual. Me vuelvo a dormir.

Cuando me despierto veo a mi lado al que me gustaba, que se ha dormido también. El otro, el desagradable, sigue tomando cocaína frente a la computadora. Está desnudo y se masturba. Al verme despierta se me acerca y quiere otra vez, pero no logra mantener la erección. Lejos de desistir, vuelve a

intentarlo mientras su amigo se despierta y mira. El impotente se enoja conmigo, me dice que soy incapaz de ponerle dura la pija. Yo no tengo fuerzas para nada pero, lejos de resistirme, actúo. Actúo mejor que Jessica Lange y Anna Magnani y Annie Girardot y Marlene Dietrich, convoco a todos mis fetiches actorales y ellas vienen en mi ayuda.

Finjo atracción por mi agresor. El otro está un poco más sobrio y se ha

despertado de buen humor, el muy basura. Lo atraigo hacia mí y le digo que quiero terminar la fiesta sólo con él. Que no le voy a cobrar nada, pero que vayamos a mi casa así estamos tranquilos. En mi casa tengo todos los placeres que puedan imaginarse. Soy una chica armada hasta los dientes para la fiesta.

Él pone un velo de cordura a la situación. Pide un taxi para su amigo y me lleva a casa en su auto. En el camino comienzo a temblar y él cree que voy a morir ahí mismo. «No te me mueras en el auto, flaquita», me dice. Yo apenas puedo contestar.

Al llegar a la pensión, caigo contra la puerta en el intento de colocar la llave.

Él se asusta. Se encarga de arrastrarme hasta mi habitación y desaparece. Yo duermo un día entero. Cuando despierto y miro la hora, el día, el mes, me doy un baño a toda velocidad y salgo hacia la facultad. Un maestro me espera.

El Parque, sin Angie y sin La Tía Encarna, había ido perdiendo su espíritu, pero se terminó de arruinar cuando lo llenaron de luces, cuando se decidieron a combatir la clandestinidad de nuestro oficio, la belleza de la penumbra. No somos criaturas de luz, somos animales de sombra, de movimientos furtivos y reverberaciones tenues, como son tenues nuestras resistencias. La luz nos delata, nos expulsa. No podemos convivir con la vida nueva que comienza a poblar el Parque.

Así se inicia el éxodo de las travestis. Allá vamos, expulsadas del paraíso, como víctimas de un bombardeo. Somos refugiadas, interpretamos la ciudad de manera diferente a la de los demás, tenemos que buscarnos otra tierra prometida donde poder trabajar, ejercer nuestros encantos. El Parque queda para los deportistas, las familias, las escuelas de arte y la nueva comisaría que dice combatir el narcotráfico con sus camionetas y sirenas.

Allá van las travestis sobre sus tacos que parecen patas podridas de mesas inservibles. Se llevan a la rastra a sí mismas, abandonan el territorio de la penumbra, de la belleza, del verde. Privadas de refugio, hostigadas por la luz,

decidimos reformular nuestro comercio, nuestras esquinas, optamos por trabajar en nuestros departamentos, aprovechar cada oportunidad de business



que nos toque en suerte.

Nos han confinado otra vez a la soledad, a la desconexión. Estamos incomunicadas. Nuestro vínculo era la frecuencia con que nos veíamos, pero se debilita en ausencia de un lugar común. La sociedad no puede vernos juntas, así que nos ha echado del Parque. Estamos en la antesala de la muerte, frente al Leteo, ya nos obligan a probar el primer sorbo de esas aguas.

Yo elijo el balcón de mi cuarto de pensión como nuevo puesto de trabajo. Un balconcito bajo que enmarca mi estampa travesti. Espero hasta muy tarde para usarlo. Ni mis compañeras de pensión ni el dueño deben verme. Tengo que disimular bien el motivo por el que me paro en mi balcón como una virgen falsa que usurpa el lugar de las verdaderas vírgenes.

Así me convierto en testigo de la noche del barrio. Veo ratones del tamaño de un gato, veo peleas de perros, peleas de vecinos, oigo también cómo gimen al coger, en medio de la noche. Soy testigo silencioso e invisible de los robos, las palizas, las muchachas que pasan llorando por la calle, las caravanas que regresan de los bailes en todos los estados posibles.

El mundo de la soledad, el raro placer de la contemplación.

Sé vivir así, sin ver a mis hermanas, sin cruzarme con ellas. Mis visitas a la casa de La Tía Encarna se hacen cada vez menos frecuentes. Estoy preparada para vivir así. Soy capaz de andar sola. Fueron ellas quienes me enseñaron a sobrevivir.

Un día me decido a ir a visitarla pero no me atiende nadie en la pensión.

Espero en la puerta, atenta a la mirada de los vecinos siempre dispuestos al ataque o la agresión. La semana pasada lastimaron de una pedrada en la cabeza a Abigaíl, mientras entraba con las compras de la semana. Veo venir por la calle a un hombre que trae de la mano a un niño vestido con delantal a cuadros, de jardín de infantes. Los miro fascinada bajo la influencia de la marihuana y de mi disfraz anónimo. Son hermosos.

Cuando están muy cerca de mí el hombre me dice al oído:

–Me asustaste, casi sigo de largo. –Como no reacciono, agrega–: Soy yo, Encarna.

Yo miro sorprendida y de pronto reconozco a nuestra madre debajo de ese rostro estragado por la barba y esa ropa holgada que no alcanza a ocultarle del todo las tetas de silicona. El Brillo ha crecido a la velocidad de la luz, ya puede decir mi nombre. Encarna me hace pasar después del niño y cierra de un portazo.

Entramos al corazón selvático de su patio.

–Todas las cosas cambian –dice La Tía.

María la Pájara ha sido recluida en una jaula ubicada estratégicamente en la cocina para protegerla de los gatos.

–Ya no canta –dice La Tía Encarna mientras se deshace del disfraz de varón y prepara la merienda de su hijo.

Sí, las cosas cambian, pero no tanto. Por debajo, indomable, veo aparecer el cuerpo de mujer que extrañaba con locura, el cuerpo de nuestra madre, a la que hemos renunciado sin saber por qué. La Tía Encarna señala a María y me cuenta que fue El Brillo quien descubrió que los gatos se la querían comer. Se puso a gritar como loco mientras la señalaba diciendo: «¡La tía, la tía!». La pobre María no sabía defenderse, nunca supo.

El Brillo de los Ojos acaba de sacarla de la jaula y pica miguitas de pan sobre la mesa. Yo no sé qué decir. Encarna explica que iba vestida así para poder llevarlo al jardín, así la gente no pregunta. La madre de un compañerito había querido invitar al Brillo, dijo que los nenes se llevaban bien, pero Encarna no se decide todavía. Le ha conseguido documentos al Brillo.

–Es mi hijo. Está en el sistema, ya nadie puede sacármelo –dice.

María come las miguitas de pan. De a ratos me mira, pero sus ojos han perdido la expresión humana. Encarna dice que es culpa del miedo: después de que la atacaron los gatos perdió humanidad y dejó de volar. Hay mucha

tristeza en su voz al decirlo. Después enciende la televisión y pone al Brillo de los Ojos a mirar un programa infantil. De su mochila saca un cuaderno y me muestra los dibujos que hacía El Brillo, en crayones, con todos los colores. La había retratado a ella como varón y como mujer, y en el medio, tomado de la mano de ambos, se había dibujado a sí mismo, despidiendo rayos amarillos de su corazón, como si fuera un sol.

Con una uña cortada, sin esmalte, sin anillos en la mano desnuda, La Tía Encarna señala sus dos versiones y me dice que en el jardín de infantes había mentido que era viudo.

–Dije que la madre murió en el parto. Lo hice por él, para que tenga una vida normal. Figuro como Antonio Ruiz en el documento. Por eso me dejé crecer la

barba: para la foto del documento.

La Tía Encarna había ingresado en la vida blanca. La vida del camaleón, la de adecuarse al mundo tal y como es. Me dice que El Brillo lo sabe todo. No hay nada que ocultarle. Es muy sabio el niño. En ese momento él deja de mirar la televisión y dice: «Sí, lo sé todo. Ella es mi mamá y mi papá. No todos los niños del mundo tienen esa suerte».

Yo pensé en cómo se desintegraba el amor en toda familia, pero ellos dos no eran una familia; el título de familia les quedaba corto. Lo de ellos era un amor mucho mayor, era toda la comprensión de la que era capaz el ser humano.

–Nunca se confunde –dice La Tía–. Afuera siempre me dice papá, y acá adentro soy su mamá. Sería complicado, si él no fuera inteligente.

María la Pájara salta de la mesa intentando volar, pero cae al piso. El Brillo la toma entre las manos y forma un huevo con ellas. En susurros la va induciendo al sueño hasta que María se entrega y queda completamente inmóvil. El Brillo se levanta y se va a su cuarto.

–No me digas nada –dice Encarna.

Y yo le obedezco. No le digo nada. Nos quedamos en silencio las dos, tomando mate mientras oscurece en el patio.

La noticia me llega a través de las palomas mensajeras que se cruzan en la noche: Natalí ha muerto. La encontraron así al abrir el cuarto donde se recluía cada luna llena. La encontró Sandra, que dormía en casa de La Tía Encarna para evitar a unos dealers que la acusaban de haberles pasado billetes falsos.

Sandra había salido al patio a mirar la helada: fue ese día que casi nevó en la ciudad. Era tal el silencio y el frío que supo ahí mismo que la muerte andaba suelta por la casa. Llamó a La Tía Encarna y nadie contestó. Llamó a las demás chicas y nadie contestó. Finalmente fue hasta el cuarto donde estaba encerrada Natalí y encontró el candado abierto y a nuestra amiga echada en el piso como una perra muerta, congelada, pesada como un baúl lleno de libros. Sandra se echó sobre el cuerpo de la difunta hasta que el frío amenazó con congelarla también a ella. Entonces fue a buscar una manta, para darle, si no calor, al menos algo de dignidad en la muerte a nuestra lobizona, la única travesti que odiaba la luna llena. Así la lloró hasta que fuimos llegando, primero La Tía Encarna y El Brillo, después todas las demás, a medida que nos enteramos de la noticia.

En el callejón sin salida adonde desemboca la vida de todas las travestis, siempre estamos dándole batalla a la intemperie, tratando de trocar un cuerpo muerto por uno vivo, un cuerpo que respire y resista, que sobreviva a las mil muertes que nos pone la parca en el camino. Sandra lloró así a Natalí, con la ingenua esperanza de que nuestra lobizona despertara como solía despertar de cada uno de sus encierros, pero nada sucedió esta vez.

De a una fuimos llegando todas a consolar a Sandra y a llorar a nuestra hermana. La Tía Encarna nos recibió tratándonos de cobardes por dejar de visitarla desde que el vecindario se había puesto hostil.

—No las echo a la calle porque no quiero que mi hijo crea que su madre devuelve mierda cuando recibe mierda. Quiero que él aprenda a devolver flores aunque reciba mierda, quiero que sepa que de la mierda nacen flores. Por eso no las echo a la calle: porque comprendo el dolor de esta perra muerta, aquí entre nosotras, esta vagabunda a la que supimos considerar nuestra amiga. No será a través de su madre que este niño conozca las

miserias del ser humano. Hay una perra muerta en mi patio. Era nuestra hermana. Todas somos de su misma cepa y todas vamos a morir algún día como ella. El funeral es al fondo; pasen.

En el fondo del patio ya estaba nuestra Machi Travesti, de regreso a la magia después de la muerte de Lourdes, fumando su cigarro, echándose al garguero tragos de vino mientras recorría con la palma de su mano el aire encima del cuerpo muerto de Natalí. Todas nos sumamos a su canto triste, negro, cíclico, interminable. Cantábamos con voz estrangulada por el esfuerzo de llegar a las notas agudas, pero también nos estrangulaba el significado de ese ritual, como si presintiéramos que iba a ser el último rito que compartíamos: nuestra época de aquellarres, de intercambio de pelucas y vestidos, de secretos y lágrimas, de canciones y borracheras, estaba terminando aquella mañana helada. El cimiento de nuestra historia se disolvía, las columnas en las que se apoyaba nuestra magia, nuestra religión, cedían sin remedio.

Poco a poco llegaron nuestros deudos, los buenos clientes. Los negros macizos y sexuales traían consigo su pena de esclavos. Los pequeños y atildados amarillos traían su ancestral sabiduría ante el dolor. Los Hombres Sin Cabeza hacían cola en la vereda y dejaban pasar a todos antes que ellos, con el sombrero entre las manos y la mirada sin asombro de quien ha visto mil guerras. Incluso las colegas más veteranas del oficio, las madres de todas las travestis, a quienes todas dábamos por extinguidas, hicieron acto de presencia con sus trapos ajados y sus rostros tatuados de arrugas, porque incluso a ellas les había llegado hasta el fondo del alma el dolor de la muerte de la única travesti lobizona, nacida séptima hijo varón y apadrinada por el mismísimo presidente de la república.

El cielo de las travestis debe ser hermoso como los paisajes deslumbrantes del recuerdo, un lugar donde pasar la eternidad sin aburrirse. Las lobas travestis que mueren en invierno son acogidas con especial pompa y alegría, y en aquel mundo paralelo reciben toda la bondad que se les mezcó en este mundo.

Mientras tanto, las que aquí quedamos bordamos con lentejuelas nuestras mortajas de lienzo.

Después de aquel velorio, dejo definitivamente el Parque. No sé nada de nadie. Elijo no saber, ejerzo mi derecho a alejarme de la tristeza. Las he visto morir y no quiero ver morir a nadie más. Las putas que eran mis amigas han desaparecido. Nos enviamos señales de humo, bengalas en el cielo, comentarios subterráneos de tanto en tanto, pero la persecución policial no nos da respiro.

Nunca sabré del todo quién dejó a quién: si fuimos nosotras, al disgregarnos, al permitir que invadieran nuestro territorio, las que entristecimos aquel Parque con nuestra ausencia, o fue al revés. El comercio empezó a menguar, cada vez

había menos clientes, tanto ellos como nosotras temíamos que la policía nos agarrara con las manos en la masa. Los diarios y la televisión decían que, con la nueva iluminación del Parque, se iban a acabar la delincuencia y la prostitución.

A mí siempre me pareció que nos veían como cucarachas: les bastó encender la luz para que todas saliéramos corriendo.

Pero al perder el Parque perdimos esa red de protección que nos funcionaba por el mero hecho de estar ahí todas juntas, para defendernos en caso de ataque, para pasarnos clientes cuando no dábamos abasto, para corregirnos el maquillaje o compartir la petaca de ginebra o simplemente darnos conversación cuando el frío y la desolación eran insoportables. Algunas mantuvieron contacto conmigo porque yo era la más joven de la manada y todas querían atribuirse alguna matriapotestad sobre mí. Algunas me aconsejaron bien, otras como pudieron.

De a poco empecé a trabajar por las calles de mi barrio. Ya algunos taxistas y clientes me conocían como La Chica de la Calle Mendoza. Mi pensión estaba justo a mitad de cuadra, había la misma distancia hacia una esquina y la otra.

La noche de El Hombre del Paraguas Negro, llovía. Eran las tres de la mañana. Yo llevaba más de una semana comiendo sólo pan negro con mate cocido, pero no me decidía a salir a trabajar. Bajo aquella lluviecita canyengue que había espantado a todos los transeúntes, vi desde mi balcón una figura en sobretodo que venía caminando lánguidamente, toda vestida de

negro, con un paraguas negro en la mano que debía ser muy costoso porque incluso desde mi ventana se veía el mango de madera lustrosa. Creo que era el paraguas más elegante que había visto en toda mi vida.

Al acercarse más, me di cuenta de que estaba borracho, pero yo no tenía problema con eso. Nunca había tenido problemas con eso: el alcoholismo de los clientes es tan frecuente, y yo ya estaba curtida por el alcoholismo de mi padre.

Había algunas que no querían trabajar con borrachos, no podían resistir esa violencia que despierta el alcohol en los hombres. A eso había que sumarle que los borrachos no tienen buenas erecciones y era un problema el tiempo que les llevaba hacerlos acabar. Pero El Hombre del Paraguas Negro era tan guapo que no me importó que estuviera borracho. Cuando una está cansada de darle amor a la fealdad, toparse con un cliente de sonrisa de marfil, que te dice lo linda que estás bajo la lluvia en tu balcón, y tiene el buen tino de no hacer cursis referencias a Julieta esperando a Romeo, es todo un golpe de suerte.

El precio del amor era treinta pesos, sin límite de tiempo. Al Hombre del Paraguas Negro le pareció bien, así que entró y se desnudó. Era pálido y flaco.

Un lagarto albino, muy educado. El borracho por lo general hace el ridículo intentando todas esas cabriolas que hacen para parecer educados, pero él no.

Hicimos lo que pudimos con lo poco que había y luego dejé que se quedara a dormir.

No está bien dormir con un cliente. A muchas les había pasado despertarse después y encontrar que les habían vaciado la casa. Otras menos afortunadas nunca se despertaron: su cadáver fue noticia anónima, como esos sapos aplastados en la ruta. Pero yo estaba muy cansada y me dormí a su lado, en aquella cama que tenía desde los diez años y que lastimaba como morderse la lengua cuando debía usarla profesionalmente.

Me despertaron sus ruidos. El borracho estaba vomitando a un costado de la cama, sobre mi vestido y mis zapatos. Me incorporé y quise sobarle la

espalda, para ayudarlo o confortarlo, pero él me empujó y siguió vomitando un poco más.

Entre las arcadas murmuraba: *Perdoname, Perdoname, Perdoname*, pero estaba tan borracho que apenas podía vocalizar. Cuando terminó de vomitar se enderezó como pudo, se bajó el slip y comenzó a orinar contra la pared. No le importaba, o no se daba cuenta de que estaba salpicando la cama. Sólo murmuraba rojo de vergüenza: *Perdoname, Perdoname, Perdoname*.

Cuando terminó quiso ponerse a limpiar, pero le dije que mejor se fuera de una vez, que me pagara y que se fuera. Él hurgó en sus pantalones, colgados en el espaldar de la silla, sacó la billetera, tiró treinta pesos sobre la mesa y comenzó a vestirse. Siempre me ha gustado cómo se visten los borrachos, la falta de lógica, los raros momentos de súbito equilibrio. Cuando por fin terminó de cerrarse el pantalón, volvió a hurgar en su billetera, mientras yo seguía mirándolo, desnuda en un rincón de la cama, tratando de no pensar en mi vestido y mis zapatos vomitados, y de pronto dijo:

–Me faltan cien pesos.

Le respondí que los debía haber perdido en el camino, que había llegado muy borracho. Pero él seguía acusándome de que le faltaban cien pesos, y agarró los tres billetes de diez que había dejado en la mesa y se los guardó en el bolsillo.

–A mí nadie me roba cien pesos –dijo, mientras trataba de prenderse los botones de la camisa con toda la lentitud que la borrachera y el vómito le permitían, hasta que se cansó de los botones y sacó del bolsillo del pantalón una navaja que abrió en un movimiento eficaz y me apuntó directo a la garganta–: Dame mis cien pesos.

Y me tiró en la cama, apretándome el cuello con una mano y poniéndome el filo de la navaja contra la piel mientras repetía que le devolviera los cien pesos.

Asfixiada por la presión logré decir que revisara toda la casa, si quería, pero que no los iba a encontrar. Él me soltó para hacerlo pero en la maniobra pisó su propio vómito, dio un patinazo y cayó en cuatro patas.



Tal vez se vio a sí mismo en ese momento, chapoteando en su propio vómito y pis, amenazando con una navaja a una travesti de veinte años, por cien pesos que seguramente se había gastado en alcohol horas antes. Entonces empezó a repetir de vuelta su cantinela anterior: *Perdoname, Perdoname, Perdoname*, mientras yo agarraba un fierro que tenía debajo de la cama para defenderme en esas situaciones, y le dije que dejara los treinta pesos que me correspondían y se fuera. Él dejó la billetera, ni siquiera se tomó el trabajo de abrirla para sacar los billetes. Manoteó su sobretodo negro y se fue con los ojos llenos de lágrimas. Lo oí murmurar su letanía por el pasillo y esperé a dejar de oírlo para levantarme y ponerme a limpiar ese desastre.

Recién cuando cerró la puerta de la pensión me di cuenta de que se había olvidado su paraguas de mango tan fino. Lo usé durante años, hasta que lo perdí no me acuerdo cómo. La gente siempre me decía que era un paraguas muy distinguido y valioso, y yo pensaba lo mismo. De hecho, eso fue lo que me repetí a mí misma mientras limpiaba el piso, la pared, cambiaba las sábanas, ponía a secar el colchón, lavaba mi vestido y pasaba algodón con alcohol a mis zapatos.

Cuando me desperté, pasado el mediodía, invité a unas amigas a merendar con aquellos treinta pesos y todas coincidieron en que estuvo bien gastar la plata de ese modo, mientras se turnaban para admirar mi nuevo paraguas.

Saco un turno con La Machi Travesti y voy a su casa, que queda en un complejo de monoblocks, al final de un pasillo largo y húmedo que desalienta cualquier inquietud espiritual. Me espera en el umbral fumando uno de sus cigarros, en bata y ojotas. De su casa salen como una exhalación dos gatos negros que pasan entre mis piernas y desaparecen.

—No te preocupes —dice ella—. Son hembras, no pasa nada.

Me hace entrar a su departamento lleno de alfombras y carpetitas al croché.

Hay una película porno en su televisor. Se quita la toalla de la cabeza y se seca el pelo delante de mí, sentada con las piernas abiertas y la cabeza colgando.

—Qué te trae por acá —me dice.

Yo comienzo a hablar, sin saber muy bien de qué, y de pronto, lloro. Ella no me mira, parece que sólo le importara su pelo. Yo digo que estoy cansada. Que vine por el cansancio. Desde hace un tiempo se me ha empezado a caer el pelo.

Una noche en especial fue terrible: empezaron a caérseme briznas de pelo encima del cuerpo de un cliente, como copos de nieve. Cuando él se levantó de la cama, quedó dibujada su silueta sobre la sábana y, alrededor, mechones de mi pelo.

–No quiero quedarme pelada –le digo entre sollozos.

La Machi dice que no necesito ninguna medicina. Sigue agachada con la cabeza entre las piernas, ahora cepilla su larga cabellera roja que toca el suelo.

Desde ahí, sin mirarme, dice que el cuerpo del hombre siempre reclama. Nunca va a dejarnos tranquilas, está resentido por lo que hacemos. Qué es lo que hacemos, pregunto yo, y ella responde:

–¿No lo sabés todavía?

Al rato agrega que existen tratamientos, ciertas hormonas que estimulan el crecimiento del pelo. Y que no podía estar triste por eso, hay cosas mucho peores. Cuando termina con el pelo se va a la cocina y vuelve con una bandeja de masas secas y dos jarritos de café.

–Lo que te pasa es que te habita un duende triste y oscuro –dice.

Había que cuidarse de ese duende. No era yo la triste ni la oscura: era el duende que a veces permanecía dormido y a veces se despertaba y quería apoderarse de todo. Las gatas se colaron por la ventana y se acomodaron una contra la otra en el sillón forrado en cuerina anaranjada.

–Ellas también pierden el pelo. A montones. No sé qué hacer con tanto pelo que pierden –dijo La Machi mientras las acariciaba. Las gatas se dejaban hacer, parecían capaces de pasarse el día ahí echadas sin dignarse a mirarnos –. Yo encuentro muy sabio eso de echarse a dormir –dijo La Machi–. A

veces todo es cuestión de sueño.

Me fui sin confesarle lo que más temía: que, a medida que se me caía el pelo, mis rasgos se iban pareciendo más y más a los de mi padre. Sabía que era por el cansancio, que todo era cuestión de sueño. Pero mi frente seguía ensanchándose día a día y mi rostro de hombre ahí agazapado me resultaba cada vez más amenazante.

Para justificar el suicidio de Sandra inventaron varias historias. Dijeron que la buscaban unos dealers de Bella Vista a quienes les había dado billetes falsos, por ejemplo. Pero uno de esos dealers era el novio de Sandra. Un tipo al que le decían El Pacú, porque era de Entre Ríos y porque tenía la picha del tamaño de un pacú, hasta parecía un poco deforme de tan grande que la tenía. Pero eso no bastaba para hacer feliz a Sandra. A pesar de tener semejante animal para tratar los asuntos de la carne, Sandra andaba siempre con cara larga y ojos tristes como perra vieja.

Y después de encontrar el cadáver de Natalí empeoró. Era una época difícil, para todas: cada día podíamos enterarnos de la muerte de alguna de la manada.

Pero Sandra era insegura de nacimiento: le costaba enfrentar cualquier problema, la menor dificultad cotidiana era para ella el fin del mundo. Y había venido a encontrarse con este muñeco que tomaba todas las decisiones por ella, manejaba su dinero, decidía sus horarios de trabajo.

Sandra se encargaba de venderle un par de cositas al novio, que era el típico groncho capitalista que la obligaba a vender lo que debería haber traficado él, porque era cobarde, miserable, artero, y no dejaba culo sin tocar. Pero al César lo que es del César: hay que decir también que hacía unos panqueques con dulce de leche bañados en chocolate que no le demandaban ni dos minutos y le salían perfectos, era la única manifestación de belleza de la que era capaz. Lo cierto es que El Pacú fue metiéndola de a poco en el narcotráfico, a Sandra y a otras incautas como ella, y al poco tiempo la zona roja se había puesto así de jovencitas que vendían hasta lo que no tenían con tal de satisfacerlo. Sandra se había cansado un poco de todo eso y empezó a trabajar a desgano y le colaron unos billetes falsos. Para castigarla, El Pacú le

había pateado la boca del estómago hasta que unas que andábamos por ahí intervinimos.

Pero no es cierto, como querían hacer creer, que Sandra se suicidó por miedo al Pacú y a sus socios. Y tampoco es cierto que fue por un brote psicótico. Brotes había tenido más de uno, como aquella vez que se quedó en tetas y a los gritos frente a Plaza España, en medio de los autos que tocaban bocinazos y la insultaban mientras ella les gritaba en la cara, con las tetas al aire: «¡Loca como tu madre!», y nosotras esperábamos que el semáforo se pusiera en rojo para correr a rescatarla. Esa vez nos arañó y pateó y mordió, hasta que logramos arrastrarla a la vereda y vestirla y tratar de calmarla, pero fue inútil. Terminamos en el Neuropsiquiátrico, adonde supo ser la paciente más popular de la institución cada vez que la internaron.

Como tenía esos antecedentes, era muy cómodo adjudicar cada cosa que hacía Sandra a su locura. Pero las que teníamos más cercanía con el suicidio

supimos al instante, por la discreción con que ella se dejó caer en los brazos de la muerte, que fue consecuencia de la pura tristeza. Para no sufrir se había tomado un puñado de pastillas de todos los colores y se había acostado en su cama perfectamente peinada y maquillada, con un discreto vestido primaveral de señorita de otro tiempo. A su perrita Cocó le dejó agua y comida y la puertita del cuarto entreabierta para que pudiese irse cuando ya no tuviera ni comida ni agua ni dueña.

Sandra confiaba que esa puerta entreabierta serviría también para que encontraran su cadáver en el primoroso estado en que lo dejó. Pero tuvo, como siempre, mala suerte: cuando la encontraron su cuerpo estaba hinchado, descolorido y hediondo. No había carta de despedida pero en la heladera, pegada con un imán, dejó una notita en la que pedía que todos sus muebles fuesen para La Tía Nené, que se había animado finalmente a vivir como travesti ya muy vieja y no tenía donde caerse muerta.

Así fue el triste final de nuestra hermana Sandra la loca, la suicida, la narcotraficante de poca monta, la más indecisa, la más puta, la que se manchaba siempre la piel con cera depilatoria, la que no se despedía nunca, la que raparon en la cárcel, la que nos proveía de Rohipnol, la que se jactaba de haberle hecho un servicio al gobernador de la provincia, la dulce y triste

Sandra.

Después de aquel suicidio, intentamos tratarnos mejor entre nosotras. Nos evitábamos el humor hiriente y hasta nos atrevíamos a un abrazo.

Yo buscaba otros nidos. Pedía ayuda. Pero había algunas entre nosotras que no conocían más que esa vida. Desde que el mundo era mundo para ellas, no existía otra realidad que esta. Miren, si no, a esas dos travestis feas que cruzan de vereda cuando las insultan desde el interior de un taller mecánico. Con el adorno que sobresale de su anillo, la más vieja raya uno a uno hasta la esquina todos los autos que están estacionados, esperando su turno de entrar al taller.

No sé exactamente en qué orden se fueron dando las amenazas.

Aparentemente, el padre de alguno de los compañeritos de jardín del Brillo había sido alguna vez cliente de La Tía Encarna y sabía su secreto. Empezaron a aparecer sobres debajo de la puerta de calle, pintadas en aerosol en la fachada de la casa, llamadas telefónicas anónimas. Poco a poco, aquellas amenazas pudieron con la paciencia de Encarna: hubo un día en que le pareció inútil pintar encima de las pintadas y dejó que se fueran superponiendo, con sus invariables faltas de ortografía.

Se sospechaba también de las hermanas Cuervas, aquellas niñas ricas eran capaces de algo así. Un día que fuimos a visitar a La Tía Encarna la encontramos fuera de sí. Nos recibió bañada en lágrimas. El Brillo, encerrado en su cuarto, lloraba también. Preguntamos qué había pasado y ella dijo que le había pegado a su hijo. Que la puso tan nerviosa que le pegó y ahora se quería morir, quería que sus manos se convirtieran en piedra. Su desesperación era tan palpable que abrumaba. Yo opté por dirigirme al cuarto del niño, golpeé la puerta y el espeso temblor de su clarividencia me corrió como un escalofrío por la espalda. El cuarto exhalaba la angustia de quien puede ver el futuro y no sabe qué hacer con eso.

El Brillo se escondió bajo las sábanas, me pidió que me fuera y, cuando estaba por dejarlo solo, me dijo: «No va a venir. Te puede parecer que sí, que algún día va a venir, pero no. No va a venir nunca». Yo lo miré y supe de qué me estaba hablando. Supe que esa criatura me acababa de decir algo que no

quería escuchar ni siquiera de mí misma. Me pregunté, y quise preguntarle, por qué me decía eso, pero el niño ya había vuelto a ser la criatura asustada que acababa de ser golpeado por la persona que más amaba. El oráculo se había cerrado, se había ido. Me acerqué, lo abracé, traté de consolarlo. He ahí el más puro ejercicio de la maternidad, eso que comparten todas las hembras del mundo: abrazar algo pequeño, darle afecto, aplacar el temor.

La Tía Encarna, del otro lado de la puerta, le pedía perdón aullando. No la veíamos, pero sabíamos que estaba de rodillas, la cara cruzada de surcos de rímel y lágrimas, las manos crispadas contra su pecho y el duende de la desesperación quemándole adentro.

Yo abrí la puerta. El Brillo le dijo que la perdonaba si dejaba de gritar.

Cuando me fui de la casa un rato después me dije a mí misma que sería incapaz de hacer lo que hacía La Tía Encarna: darlo todo por alguien. Renunciar a todo por alguien. No entendía qué clase de amor era, sólo sabía que no era capaz de darlo. Es decir que no merecía recibirlo tampoco. El niño tenía razón: el amor no iba a venir, porque sabía que yo no podría responder con bondad.

La noche es pesada y tiñe todos los rincones con su sombra azul; ni siquiera esos focos amarillos tan ochentosos de las calles de Alberdi la alteran. En Paso de los Andes y 27 de Abril hay una funeraria que no cierra nunca. Un auto aminora la velocidad a mi paso y el conductor me pregunta cómo estoy. Jamás contesto honestamente a esa pregunta: por lo general respondo con una cifra y luego me entrego al regateo, como en un mercado persa. Porque los hombres no sólo mezquinan su ternura sino también el dinero que gastan en el placer. Pero esta vez contesto para mi propia sorpresa:

—Me ha ido mejor, me ha ido peor, pero no me quejo.

—¿Adónde querés que te lleve? —dice él entonces y algo en su forma de hablar me hace detener la marcha.

Los deudos que salieron a fumar a la puerta de la funeraria nos miran y yo me avergüenzo un poco. Lo miro mejor y es muy guapo, verdaderamente guapo, los ojos son tan claros como su amabilidad, tiene canas a lo Richard Gere y

me abre la puerta del auto con una sonrisa. Sabe que ha venido al mundo a eso, a sonreír, con esa boca que Dios le dio.

No está desesperado, ni apurado, no intenta manosearme apenas me siento a su lado. Me habla como si fuera alguien especial, un amigo muy querido o una primera cita, algo fuera de lo común. Me dice que es su última noche en Córdoba, que está en el hotel NH sobre la Cañada, que la vista es hermosa, y pregunta si quiero ir con él. Le digo que sí, si acepta mi tarifa. Él sonríe:

–No es necesario que seas descortés –dice.

Nos ponemos de acuerdo enseguida respecto a la tarifa y él pregunta si me gusta la música. Le respondo que sí, mucho, pero no la que está escuchando. Le digo que hay una radio que a esa hora siempre pasa jazz. Me pide que la sintonice yo misma y el saxo de Lester Young nos somete a su tristeza. Un par de cuadras más adelante pregunta si me molesta que fume adentro del auto. Yo digo que sí y él guarda el cigarrillo que estaba a punto de encender y me pide disculpas.

Es la primera vez que entro en un hotel lujoso. El recepcionista parece conocerme, de verme yirar por la Cañada seguramente. Alguna vez podrías saludarme, camarada. Subimos. Él me deja pasar primero al abrir la puerta y después saca de la heladerita de la habitación dos cervezas negras que inauguran para siempre mi debilidad por ellas. Abre las cortinas y aparece la ciudad a nuestros pies. La misma ciudad hostil y sucia que camino por las noches, la misma ciudad ahora resplandeciente desde estas alturas. Desde algunos lugares privilegiados, pienso, Córdoba parece digna.

Él me pregunta si tengo tiempo y yo le respondo que el tiempo depende del dinero, que me perdone pero la vida es así. Él se ríe y yo también me río, pero no sé cómo disimular mi torpeza. En el claro que deja ese silencio entre los dos, él me mira y dice:

–Estás enojada. Estás muy enojada vos.

Y me invita con delicadeza a quitarme la ropa, y me acuesta boca abajo en la alfombra, y se sienta sobre mi grupa y empieza a masajearme la espalda. Los ojos se me llenan de lágrimas. Es cierto, es tan cierto que estoy enojada: con

el mundo, con mis padres, con el amor de turno, con la profesión, con la vida, con el barrio donde vivo, con los políticos, con el cielo, con el infierno. Pero su revelación me destruye. No es muy difícil adivinar que una travesti de veintidós años, prostituyéndose una noche de verano a metros de una funeraria, pueda estar enojada o muy enojada con su destino. Pero es la primera vez que un cliente me hace masajes. Y es la primera vez también que le pone palabras a mi dolor. Lo que más me duele es mi propio rencor. Me enfurece tanto que todo lo transmuta: el alivio en tensión, la cortesía en maltrato, la franqueza en falsedad, el dolor en enojo.

Cuando él da por terminado el masaje se acuesta a mi lado y me dice que vino contratado a Córdoba, que está trabajando para la provincia y que mañana se va a Buenos Aires porque tiene que hacerse estudios. Hace cinco meses que se hace estudios, pero los médicos no encuentran nada.

Yo no pregunto, lo dejo hablar. Como si mi silencio fuera una incitación a la confidencia, él me cuenta que le detectaron unas manchas en el pulmón y que está seguro de que es un cáncer. Cuando lo dice no se entristece, incluso sonríe levemente.

—He fumado mucho, desde los catorce. Así que no puedo decir que me parece injusto.

No sé qué contestar a su confesión. Soy joven todavía, no comprendo. Soy incapaz de concebir la muerte. A duras penas sé vivir al día y siempre en riesgo.

No sé todavía que la muerte ha estado siempre a mi lado desde que nací, que lleva mi nombre tatuado en su frente, que me da la mano por las noches, que se sienta conmigo a la mesa y respira a mi compás.

Mientras una parte de mí escucha sus palabras, hay otra que se siente inmortal y lo contempla sin empatía. Da la impresión de que él siente cierto morbo en saber que tiene las horas contadas, como si jugara a hacer las cosas por última vez. Y al mismo tiempo me parece que confía en mí. Le pregunto si alguna vez ha estado con una travesti y me dice que no. Le digo que es como si te mordiera un vampiro: algo irreversible.



Unos minutos después estamos cogiendo, un poco torpes, yo pensando: «Se va a morir, se va a morir», cogiéndolo con miedo a que se rompa. Pero minutos más tarde le doy la bienvenida a mi cuerpo, como si recibiera a un extranjero con ganas de conocer mi tierra.

Después del orgasmo, él se desploma respirando con dificultad. Al rato me dice que tiene esposa. Deja pasar otro rato y dice que es una mujer joven y que le da bronca involucrarla en el camino de su propia muerte. No tienen hijos. Yo me ofendo un poco con toda la confesión. Es un arranque de celos, lo sé, porque en algún momento de la noche lo tuve sólo para mí. Pero en el fondo de las cosas, en el sótano de esta historia, no hay nada que sea para mí. Apenas mi cuerpo, que vendo para poder vivir como mujer. Miro la hora y falta mucho para amanecer, pero quiero volver a mi pensión, quiero estar en este mismo momento en mi cuarto de paredes mal pintadas, con fotos de familia pegadas con Poxylan en la pared.

Nos despedimos como si no nos hubiéramos dicho lo dicho ni sentido lo sentido. Le pregunto si tengo que salir sin dar explicaciones; él se ríe y me dice que sí, que salga como si nada. Al pasar delante del recepcionista lo saludo. Al llegar a la esquina miro hacia arriba e intento ubicar su ventana, pero todas las luces de su piso están apagadas.

La Tía Encarna espía a través de las persianas los movimientos de la calle.

Desde hace unos días un automóvil de color blanco estaciona lo más cerca que puede de su casa y permanece horas ahí, con dos hombres adentro que miran cada tanto hacia sus ventanas. La vegetación ha avanzado de tal manera que, del patio, subió a los techos y ahora se derrama por el frente de la casa con un manto espeso de hojas que casi no deja pasar la luz, apenas la suficiente para escribir

poesía.

La Tía Encarna enfrenta la persecución prácticamente sola. Ninguna de nosotras está ahí para ayudarla. Es que no entendemos qué pasa. El Brillo ha dejado de hablar y su madre apenas nos dice qué necesita del supermercado: esa es toda la ayuda que acepta, que vayamos a hacerle las compras. Cuando logramos entrar vemos al niño tallando en madera los animales que hemos

sido: mujeres pájaros, mujeres lobos, mujeres tristes, mujeres valientes, toda nuestra mitología tallada en esas estatuillas que el niño crea en su reclusión. En el cuarto de La Tía Encarna se alcanzan a ver sobre la cómoda el cofre abierto y las joyas a la vista.

Todas nosotras conocemos la historia real o ficticia de cada una de esas piezas, regaladas a La Tía por coroneles y monseñores: anillos que estuvieron en los dedos de un papa, diamantes engarzados en serpientes de oro blanco, esmeraldas, rubíes. Todas las hemos visto. Y todas hemos visto también a los vecinos, hablando entre ellos y señalando la casa del pecado.

Encarna sabe que vienen por ellos. Por ella y el niño. El Brillo trajo, junto con tantas bienaventuranzas, el sabor metálico del miedo. Desde que el niño entró en su vida, La Tía Encarna sabe lo que es el miedo: lo siente en el paladar.

A La Tía Mara la conocí justo en ese momento en que, como Mamma Roma, yo había dicho adiós, me voy, y no había vuelto más a los sitios que solía frecuentar, luego de ver tajearse feo a dos travestis en un entrevero que me había salpicado de sangre la cara. Después de verlas casi matarse por un auto que se había acercado de levante, decidí no pisar más el Parque.

La Tía Mara vivía a dos cuadras de mi casa. Me la cruzaba seguido en el supermercado, en la verdulería, a veces en las cabinas telefónicas de Colón y Mendoza. Nos mirábamos y nos reconocíamos. A veces ella me sonreía. A veces, inexplicablemente, iba vestida de varón, con una camisa a cuadros y su melena de bailaora recogida en una colita, y los jeans sin forma que todas usamos alguna vez, como pasajeras en tránsito. Cuando andaba así, travestida de varón, no me sonreía. Cuando era La Tía Mara, me miraba cómplice y llena de amor.

Una noche en que el comercio andaba flojo, salí a levantar clientes por el barrio y la vi en acción por primera vez. La Tía Mara subida a unos tacos de acrílico que parecían mantenerla flotando en el aire, tal como esas vírgenes que

levitan por efecto de su propia hermosura. Se estaba acomodando la ropa después de bajar de un auto que ya arrancaba y al que ella despedía con un

chau de su mano grandota y pulida como mármol blanco. Cuando me vio, convirtió el gesto de despedir al cliente en un llamado fraternal, que condimentó con un

«¡Vení, marica!» que me hizo correr hacia ella como mariposa a la flama, con todo el miedo del mundo porque no quería terminar con la cara tajeada por andar en la zona de otra.

Pero ella era diferente a todas, empezando por su perfume. Todas creíamos que demarcábamos zona con nuestro perfume, y a las travestis de aquel entonces nos gustaban los perfumes dulces y un poco cítricos. Pero ninguna olía como La Tía Mara. Cuando llegué a su lado me preguntó si quería tomar un café con ella y le contesté que no tenía plata.

—¡Ay, una marica pobre! A mi casa te digo que vengas a tomar un café.

¿Viste ese del auto que arrancó recién? ¿Estuviste alguna vez con él? Paga por acariciar. Yo reclino el asiento, me recuesto y él me mete mano por debajo de la ropa. Después me paga y se va. Me hace sentir como una reina.

Me convenció sin esfuerzo de que diera por terminada la jornada de trabajo y nos fuimos caminado hasta su casa. En el camino me dijo que lo sabía todo de mí. Que me veía a veces en El Ojo Bizarro, ese bar único que extrañaremos para siempre. Que conocía mi zona de operaciones, de qué pueblo venía, qué nombre tenía en el documento y qué estudiaba en la facultad. Es que en aquellos tiempos, entre las travestis, nuestros amantes pasaban de mano en mano, y así corrían los chismes: eran ellos los que llevaban y traían nuestros secretos, antes de abandonarnos.

El departamento de La Tía Mara es rosa, como la casa de La Tía Encarna.

Contra la pared hay una pecera con dos bichos enormes que mueven sus largas aletas y exhiben sus colores imposibles. Ella entra y les habla como si fueran a contestarle. Estamos en la habitación donde atiende a sus clientes, que tiene aire acondicionado y una lámpara de lava. Mara dice que nunca hay que dormir en la misma cama donde se coge con los clientes. Ese detalle se me hace delicadísimo, digno de una dama que habla con los peces. Sobre una de las paredes ha colgado un espejo, para que los clientes puedan verse

abrazándola y sepan que no es una alucinación. Luego me muestra el cuarto donde duerme. Y en ese momento La Tía Mara cobra su entera dimensión para siempre: al fondo está la cocina, sobre la heladera el potus, sobre la repisa unos espantos de porcelana, sobre la mesa el mantel de hule, en su centro flores artificiales, la pava está envuelta en una funda de croché.

La Tía Mara me da a elegir: café batido o té saborizado. Elijo café. Ella se pone a batir, lo sirve y, mientras lo deja enfriar un poco, se pone a anotar en un cuadernito algo que no distingo. Me mira y dice que es su registro de clientes.

Los anota por nombre o apodo y, si no sabe ni lo uno ni lo otro, los describe por alguna característica fisonómica o por la marca y el color del auto. Al lado escribe cuánto le pagaron, y los regalos de los que no pagan: un vino, una baratija, un adorno, hasta un reloj de pared le dieron una vez.

Eso figura en otro cuaderno donde anota a los amantes: un registro demencial de todos los hombres con los que se ha acostado gratis y que la han hecho sufrir.

Ese cuaderno no me lo muestra, pero el otro sí. Al final de cada mes, suma el dinero y anota el monto total. Las cifras son de no creer. Es casi rica. Pero no le es fácil ahorrar a La Tía Mara, porque tiene tres hijos, de una vida pasada.

Todo en ella era hospitalidad. Estoy segura de que todos sus clientes y todos sus amantes sentían exactamente eso. La Tía Mara era una mujer que había inventado un protocolo propio, unas reglas hechas de pequeños gestos completamente auténticos para hacer sentir a gusto al otro. Lo practicaba como un arte, se había consagrado a ese arte. Los peces flotantes, las lámparas de lava, los almohadones de leopardo, la cama para los clientes y el camastro para los amantes. Y además esa otra vida como hombre, esa vida que todas las travestis tratamos de archivar, congelar o destruir una vez que la hemos abandonado.

Nunca logré entender cómo hacía para vivir con un pie en cada patria.

La Tía Mara era una porción de historia de nuestro país, la pornográfica y feliz historia de este país en que los hombres de bien trabajaron la tierra y los

nietos de inmigrantes poblaron la patria, y todos ellos juntos, los gringos, los negros, los indios y los mestizos, todos esos hombres hubieran ardido en la hoguera pública por acostarse con una travesti. La Tía Mara llevaba ordenada cuenta de todos esos hombres que una vez, dos veces o más, por desesperación, por curiosidad, por secreto anhelo, no importa, se habían entregado a aquel cuerpo travesti. La Tía Mara llevaba registro completo de aquellas ocasiones y los esperaba a todos de nuevo en su pagoda travesti, con la tranquilidad de quien sabe que, para ciertas personas, es más difícil cambiar que morir.

Estoy cerca de la pensión de La Tía Encarna y me aventuro a tocar el timbre.

Han pasado casi siete meses desde la última vez que vine. Tuve problemas, esa es la verdad: mi mamá se enfermó y necesitaba una operación. Dos clientes me

robaron con la vieja jugada de hacerse pasar por necesitados de sexo. Me habían asfixiado hasta desmayarme, hicieron lo que querían con mi cuerpo medio muerto y después se robaron todo lo que les pareció de valor, las chucherías que podía acumular una mujer como yo.

No: en el fondo es por despecho que no he aparecido en estos siete meses.

Porque Encarna nunca me llamó, ni siquiera para saber si me había recuperado.

Los chismes que me llegan aseguran que los patrulleros le aparecen a cualquier hora en la puerta y que los vecinos le arrojan todo tipo de cosas al patio. Que las paredes están cubiertas de pintadas y la puerta chamuscada por dos intentos de incendio. Las demás travestis que se hospedaban en la casa han huido presas del pánico, luego de ser sistemáticamente hostigadas cada vez que introducían la llave en la cerradura para entrar.

Pero la situación de La Tía Encarna ha pasado a segundo plano para todas nosotras desde que empezó la temporada de las travestis asesinadas. Cada vez que los diarios anuncian un nuevo crimen, los muy miserables dan el nombre de varón de la víctima. Dicen «los travestis», «el travesti», todo es parte de la condena. El propósito es hacernos pagar hasta el último gramo de vida en

nuestro cuerpo. No quieren que sobreviva ninguna de nosotras. A una la asesinaron a pedrazos. A otra la quemaron viva, como a una bruja: la rociaron con nafta y la prendieron fuego, al costado de la ruta. Hay cada vez más desapariciones. Hay un monstruo ahí afuera, un monstruo que se alimenta de travestis.

De un día para el otro ya no estamos, simplemente. Mientras menos lazos tenemos entre nosotras, más fácil es hacernos desaparecer. Las noticias vuelan de boca en boca. Casi al instante nos enteramos de la última violación, de la última víctima. Es peligroso el mundo.

Yo estoy frente a la puerta de la pensión de La Tía Encarna porque me enteré de que ha dejado de llevar al niño a la escuela, después de que él fuera víctima de todas las violencias posibles. El Brillo guardó silencio frente a cada una de esas injusticias. Da terror el maltrato al que se lo sometió. Y el pobre santo no contó nada, nunca le dijo a su madre lo que sufría en la escuela. Un día llegó a casa con los dedos hinchados y de color violáceo, no tenía fuerza ni para sostener el peso de la taza en las manos. Unos compañeros le habían apretado los dedos con una puerta hasta dejárselos así.

—¿Por qué? —preguntó La Tía Encarna.

—Porque soy hijo tuyo —contestó El Brillo.

La Tía Encarna le preguntó si quería seguir yendo a la escuela o prefería que una maestra fuese a darle clases a domicilio. El Brillo no contestó así que decidió ella. Pegó carteles en los postes de luz del barrio: *Se busca maestra particular que sea amorosa y comprensiva*. Pero las pocas que llegaban a tocar el timbre se espantaban al ver la barba y las tetas fajadas de La Tía Encarna.

La única que comprende, la única testigo es María, la pajarita enjaulada, olvidada dentro de esa cárcel de plata, dependiente absoluta del niño, el único que recuerda alimentarla. A veces pueden pasar semanas sin incidentes pero entonces es un botellazo contra la puerta, o una maceta rellena de mierda que cae en el patio, o una llamada anónima por teléfono a las cuatro de la mañana.

Nuestra madre permanece encerrada en su casa como si estuviera en un monasterio de clausura. Y nosotras nos hemos olvidado de ella, porque tenemos toda nuestra atención puesta en seguir vivas y esperar que las cosas cambien.

Sólo las que lograron escapar al exterior se acuerdan de ella, envían postales contando la vida «normal» que llevan, cobrando en euros a pacíficos camioneros al costado del camino, en desconocidas ciudades de la periferia. Aquí, en cambio, el pánico nos hace tomar decisiones equivocadas, irnos siempre con el cliente indebido.

«Vas a terminar tirada en una zanja», me decía mi papá desde la punta de la mesa. «Tenés derecho a ser feliz», nos decía La Tía Encarna desde su sillón en el patio. «La posibilidad de ser feliz también existe».

En nombre de ese recuerdo cruzo avenidas y llego hasta esas calles que alguna vez sentí como propias. Bajo por Obispo Salguero, el barrio ya no parece abandonado, sobre todo cuando se convierte en calle Salta. Se ven más negocios abiertos, personas que pasean perros por la calle. Desde lejos veo que, frente a la casa de La Tía Encarna, han levantado un edificio de cristal negro. En sus ventanas alcanzo a ver reflejada la selva que se ha formado sobre el techo de la pensión travesti.

Es una incongruencia en el barrio: parece una fortaleza hecha de trenzas de ramas y hojas por donde se filtran pájaros y mariposas. Sobre las paredes que dan a la calle, un musgo verde y resistente, imposible de arrancar con las manos.

Feroces perras de la calle, crías de las perras de nuestra hermana linyera, rondan por la entrada en silencio o están echadas contra la puerta. Dicen que es imposible sacarlas de ahí. A veces mandan empleados municipales disfrazados de astronautas amarillos a intentar capturarlas o espantarlas. Los vecinos han

tratado de envenenarlas y electrocutarlas, pero no hay manera de engañar a estas perras. Por donde sea que las atacan, ellas ya lo esperan y saben cómo defenderse.

Debajo de su deterioro, la casa sigue siendo rosa. Rosa ilusión, rosa obvio, rosa nuestro, rosa imposible, rosa irreal. Falta una cuadra y media para llegar cuando veo unas luces rojas y azules que titilan con brutalidad delante de la puerta de La Tía Encarna. Gente amontonada, la calle cortada al tránsito, sirenas.

Apuro el paso. En la cartera llevo una estatuita de la Difunta Correa y unas galletitas dulces, las más caras que encontré en la góndola del supermercado. Me abro camino entre el gentío, hay vecinos asomados a las puertas y ventanas de sus casas, hay quienes espían a través de las persianas, hay espectadores de balcón.

Es efectivamente en la casa de nuestra madre el problema. Las perras están enloquecidas, mantienen a raya a los curiosos y a la policía, ladran hacia las ventanas desde donde las insultan los vecinos. Están enfurecidas, con el lomo encrespado, es posible que sean unas treinta perras, de todos los tamaños y colores. Me abro paso a los codazos y me topo con La Pequeña, que llora como una magdalena. Me abraza sin poder hablar, desconsolada. Yo trato de desprenderme de ella cuando veo una ambulancia y un carro de bomberos.

«¡Putos! ¡Asesinos!», gritan desde las ventanas y los balcones. Los policías se llevan detenida a una travesti que no conozco. Va desnuda bajo la bata. Les grito que al menos le den tiempo a vestirse, por favor, que hace frío, pero nadie me hace caso, la meten dentro del patrullero, al hacerla entrar le golpean la cabeza contra el techo.

Alcanzo a distinguir a Los Hombres Sin Cabeza vigilando a una prudente distancia, uno de ellos habla con dos mujeres policías cuya función concreta no se alcanza a entender. De a poco logro abrirme paso hasta llegar adentro de la casa. Un bombero me frena con una mano en el pecho, mi pecho de gomaespuma, mi pecho que presiente que todo está mal en este maldito país.

«No puede estar acá, señor», me dice. Yo dejo pasar el agravio y le pregunto qué pasó, le explico que soy amiga de la dueña de casa. El bombero me dice que La Tía Encarna había dejado la llave del gas abierta y se había dejado morir junto con El Brillo.

Desde donde estoy alcanzo a ver los pies enormes de nuestra madre en su



cuarto. Parece dormida boca abajo en la cama. Ni siquiera en la muerte tienen respeto por nuestra madre, nuestra puta madre a quien no supimos salvar. El bombero me dice que el cuarto estaba sellado desde adentro, con trapos debajo

de la puerta y las ventanas. Van a caratularlo como suicidio y asesinato. «Que se matara ella, vaya y pase. Pero arrastrar a la criatura es imperdonable», dice el bombero. Yo le digo que había joyas en el cuarto de Encarna y pregunto quién supervisa el operativo. El bombero se pone tenso, después se ríe nervioso y dice que no había ninguna joya en el cuarto.

Miro hacia la cocina y veo a María la Pájara dentro de su jaula, dándose con todo el cuerpo contra los barrotes, completamente loca. Intento ir a rescatarla pero el bombero se pone violento conmigo. Entonces nos paraliza un grito terrible, ensordecedor, y veo unas uñas esculpidas de leopardo y luego un brazo cubierto de pulseras de escamas de pescado. «¿Qué es eso?», alcanza a murmurar el bombero.

Es nuestra hechicera, La Machi Travesti, que paraliza a policías, bomberos, enfermeros y curiosos. La Machi avanza entre ellos con la mano en alto sin que nadie la detenga, abre la jaula de María, que sale volando torpemente, como un murciélago, y se posa en las ramas más altas, encima del techo. Por detrás de la hechicera entran todas las travestis en silencio. La Machi hace pasar al cuarto a las más cercanas y nos quedamos ahí, contemplando la escena: el niño echado de perfil junto a su madre. Murieron cara a cara, mirándose a los ojos. Murieron sabiamente, para no tener que soportar más humillaciones. Nuestra madre y su hijo adorado. Qué más decir.

La Machi se arrodilla encima de la cama y canta en lenguas, pita su cigarro, echa el humo sobre los cuerpos, los cubre en una nube. Afuera no se oye un solo sonido. Cuando termina el ritual levanta la cabeza y huele el aire. «Las joyas están en la casa todavía», dice. «Busquen». En silencio y todavía desoladas por la ceremonia, las travestis nos ponemos a revisar en los rincones y entre las plantas. El movimiento parece despertar de su estupor a policías y bomberos, que intentan moverse, hacer algo para detenernos, pero no pueden. Una desde el fondo grita que encontró las joyas. La Machi da la orden: «Nos vamos», dice, y salimos de la casa en silencio. María, la Pájara, vuela hasta mi cartera y la dejo meterse dentro.

Afuera todo el mundo llora: los curiosos, los que antes insultaban, los pocos que nos conocían y nos tenían aprecio, todos parecen embrujados de dolor.

Cuando nos alejamos, vemos que nos siguen a la distancia Los Hombres Sin Cabeza. Las perras cierran el cortejo, custodiando la retaguardia. Vamos camino al Parque. La Machi chasquea los dedos y recita frases, y nosotras contestamos a su letanía, pero la ciudad no nos escucha, no nos recuerda ya. Ha caído la noche mientras nos despedíamos de nuestra madre y hace mucho frío. Un par de

cartoneros frenan su carro para cedernos el paso y nos dicen adiós con la mano.

Al llegar al Parque asoman las petacas y se encienden los cigarrillos, y empezamos a contarnos unas a otras cómo fuimos conociendo a nuestra madre, las cosas que hizo por cada una de nosotras aquella diosa de pies de barro y manos de boxeador. Una de las más jóvenes pone música en su teléfono celular y todas bailamos, para acompañar el ascenso de La Tía Encarna y El Brillo de los Ojos hacia el cielo de las travestis, para que nos escuchen si se desorientan.

Las perras corretean entre nuestras piernas y amenazan con hacernos perder el equilibrio. Anónimas, transparentes, madrinas de un niño encontrado en una zanja y criado por travestis, únicas conocedoras del secreto del hijo de la Difunta Correa. Nosotras, las olvidadas, ya no tenemos nombre. Es como si nunca hubiéramos estado ahí.

# Document Outline

- [Portadilla](#)
- [Prólogo](#)
- [Las malas](#)